

¿Te perdiste una edición previa?

IMPERIALISMOS

FIESTA

FAMILIAS

MAGIA

COMIDA

DESIERTO

PLANTAS

COREA

VIOLENCIA

MENOPAUSIA Y

ANDROPAUSIA

FUTBOL

POPULISMOS

ROBOTS

HONGOS

LA CALLE

EXTRACTIVISMO

ESCUELA

Desde una lectura geoliteraria, considero que Chiapas y parte de México son étnica, cultural, lingüística e históricamente centroamericanas.

BALAM RODRIGO

La primera vez que visité el Darién fue en 2003. Tenía 27 años y acababa de mudarme a Panamá desde Argentina. Preparé el viaje como si fuese a la guerra.

GUIDO BILBAO

La Bestia pasó a ser para los primeros mareros sinónimo de la pandilla misma, pero también era donde habitaban los pandilleros caídos en combate y aquellos que eran asesinados por la pandilla. Como el Valhalla de los antiguos vikingos, La Bestia es una especie de morada para almas guerreras. Y, como el Huitzilopochtli de los mexicas, es un ente que pide sangre.

JUAN JOSÉ MARTÍNEZ Y ÓSCAR MARTÍNEZ

Nunca dejaron de seducirme aquellas artimañas usadas para indicar el retroceso en el tiempo, con una lluvia de hojas de otoño, o el vuelo apresurado de las páginas del calendario; o los titulares de los periódicos que saltan al primer plano, alternando con la imagen de un tren en marcha para ilustrar una gira artística triunfal.

SERGIO RAMÍREZ

Esa relación apasionada y fructífera entre lo centroamericano y lo caribeño es un detalle que la ficción le copia a la realidad. Tan solo hay que volver los ojos —o mejor dicho, los oídos— a la música popular.

FRANK BÁEZ

*Arranco de tu pelo a los que te venden
[te roban y te abusan
te cuento cuentos en la esquina
[de mi almohada
te arropo y te tapo los ojos
para que no veas los verdugos que
llegan a cortarte la cabeza.*

GIOCONDA BELLI

CENTROAMÉRICA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚMS. 898/899, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

CENTROAMÉRICA

¿Dónde empieza y termina Centroamérica? ¿Qué tienen en común los pueblos del istmo? ¿Qué lazos tienen con el Caribe? ¿Cuál es la relación de Estados Unidos con la violencia en la región?

Gemma Argüello Manresa

Articulación Centroamericanista

O Istmo • **Frank Báez** • **Laura Baeza**

Balam Rodrigo • **Gioconda Belli**

Marilyn Boror Bor • **Diana**

Coronado • **Elisa Díaz Castelo**

Gabriela Fenner • **Claudia**

Hernández • **Lev Jardón Barbolla**

Carmina de la Luz • **Juan José**

Martínez • **Óscar Martínez** • **Wilfredo**

Miranda Aburto • **Lucía Pi Cholula**

Paula Piedra • **Sergio Ramírez**

Aïda Ramirez Romero • **Rodrigo**

Rey Rosa • **Mir Rodríguez Lombardo**

Ernesto Saade • **Carlos Salinas**

Maldonado • **Alhelí de Vicente**

García • **Carlos Wynter Melo**

ENTREVISTA
CON XIMENA
SANTAOLALLA
SARA CASANOVAS

EL PURGATORIO
GUIDO BILBAO

PAPELES
SUSANA GABRIELA NUEVO SILVA

RÉQUIEM
POR LA
ANARQUÍA
CLAUDINA DOMINGO

¡Te la enviamos!

suscripciones@revistadelauniversidad.mx



Visita nuestra plataforma digital:
www.revistadelauniversidad.mx

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM





CENTROAMÉRICA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



NÚMS. 898/899, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330



culturaUNAM



UNAM
la Universidad
de la Nación

00898/899

RECTOR

Dr. Enrique Graue Wiechers

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Lic. Anel Pérez

Dr. William H. Lee Alardín

Dra. Mary Frances Teresa Rodríguez

Mtra. Socorro Venegas

Dra. Guadalupe Valencia García

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre

Magali Arriola

Nadia Baram

Roger Bartra

Jorge Comensal

Abraham Cruzvillegas

José Luis Díaz

Julietta Fierro

Luzelena Gutiérrez de Velasco

Hernán Lara Zavala

Regina Lira

Pura López Colomé

Frida López Rodríguez

Malena Mijares

Carlos Mondragón

Emiliano Monge

Paola Morán

Mariana Ozuna

Herminia Pasantes

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Papús von Saenger

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani

Martín Caparrós

Alejandra Costamagna

Philippe Descola

David Dumoulin

Santiago Gamboa

Jorge Herralde

Fernando Iwasaki

Edmundo Paz Soldán

Juliette Ponce

Philippe Roger

Iván Thays

Eloy Urroz

Enrique Vila-Matas

NÚMS. 898/899, NUEVA ÉPOCA
JULIO-AGOSTO DE 2023

DIRECTORA

Dra. Guadalupe Nettel

COORDINADORA EDITORIAL

Dra. Nayeli García Sánchez

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Yael Weiss

JEFE DE REDACCIÓN

Dario Alemán

CUIDADO EDITORIAL

Francisco Carrillo y Mariana Ortiz

EDITOR DE ARTE

Vania Macias Osorno

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

DERECHOS DE AUTOR

Blanca Estela Díaz

INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

DISTRIBUCIÓN

América Sánchez

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Abril Peña

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

EDICIÓN WEB Y DISEÑO DIGITAL

Andrés Villalobos

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



IMAGEN DE PORTADA. FRENTE: ©OSWALDO DE LEÓN KANTULE, *DAGU DUBBU ISLA MEDUSA*, 2022. VUELTA: ©OSWALDO DE LEÓN KANTULE, *DP CONTRA LA CONTAMINACIÓN*, 2011. CORTESÍA DEL ARTISTA

Viñetas del número por Kitzia Sámano Valencia

Consulta nuestro Aviso de privacidad en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. *Revista de la Universidad de México* es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.

*La justicia es igual a las serpientes.
Solo muerden a los que están
descalzos.*

MONSEÑOR ROMERO

ÍNDICE

4 EDITORIAL

Guadalupe Nettel

DOSSIER

6 ENTRE PUENTE Y ESTRECHO: EL ISTMO CENTROAMERICANO

Articulación Centroamericanista
O Istmo

14 UN PASITO AQUÍ Y UN PASITO ALLÁ

Frank Báez

20 CENTROAMÉRICA SE MUEVE

Mir Rodríguez Lombardo y
Gabriela Fenner

22 EL CUADRÁNGULO NORTE DE CENTROAMÉRICA

Balam Rodrigo

30 EL NIÑO DE HOLLYWOOD

SELECCIÓN

Juan José Martínez y Óscar Martínez

38 CANCIÓN DE CUNA PARA UN PAÍS SUELTO EN LLANTO

Gioconda Belli

41 EL PURGATORIO

Guido Bilbao

48 RETRATO DE NIÑO CON ÁNGEL

Sergio Ramírez

53 EL PUENTE DE LAS LUCIÉRNAGAS

Ernesto Saade

62 DERECHO A LA RESISTENCIA

Rodrigo Rey Rosa

69 LOS NOMBRES DEL CANAL DE PANAMÁ

Carlos Wynter Melo

76 ERIN Y LA HISTORIA DE BELICE

Aída Ramírez Romero

82 SAQUEO, DESTRUCCIÓN, MUERTE Y OLVIDO EN LOS TERRITORIOS INDÍGENAS DE CENTROAMÉRICA

Wilfredo Miranda Aburto

88 SOBRE UNA VIEJA CABRA

Paula Piedra

94 EL AZOTE DEL CAMBIO CLIMÁTICO AHOGA HONDURAS

Carlos Salinas Maldonado

101 ROZA TUMBA QUEMA

FRAGMENTO

Claudia Hernández

ARTE

108 MARILYN BOROR BOR: RESISTENCIAS A LOS LENGUAJES DE LA OPRESIÓN

Gemma Argüello Manresa
y Alhelí de Vicente García

PANÓPTICO

EL OFICIO

118 “EN LAS ENTRAÑAS DE QUIENES DAÑAN”

ENTREVISTA CON XIMENA
SANTAOLALLA
Sara Casanovas

EN CAMINO

123 PAPELES

Susana Gabriela Nuevo Silva

AL AMBIQUE

131 AUTOFAGIA EN PRIMERA PERSONA

Carmina de la Luz

ÁGORA

135 EL FUTBOL FEMENIL, EL ACECHO DEL CAPITAL Y LA SUBVERSIÓN DE LAS SONRISAS

Lev Jardón Barbolla

PERSONAJES SECUNDARIOS

139 ADA LOVELACE HABLA DESDE LOS MÁRGENES

Elisa Díaz Castelo

OTROS MUNDOS

143 TRES ESCENAS DE LA TAXIDERMIA EN MÉXICO

Lucía Pi Cholula

CRÍTICA

148 METÁFORAS BIDIMENSIONALES

Diana Coronado

152 PORNOGRAFÍA PARA PIROMANÍACOS

WENCESLAO BRUCIAGA
Claudina Domingo

156 GUERRA

LOUIS-FERDINAND CÉLINE
Laura Baeza

160 NUESTROS AUTORES

EDITORIAL

Rebelde, fiestera, dueña de una impresionante riqueza cultural y hogar de algunos de los bosques más biodiversos del mundo, Centroamérica es muy joven, no solo en espíritu sino geológicamente. Emergió del océano mucho tiempo después que las dos masas continentales que la delimitan.

Los centroamericanos comparten rasgos comunes, lingüísticos, étnicos y sociales, entre ellos la importancia del maíz en su vida cotidiana y el uso casi generalizado del voseo. En su texto “El cuadrángulo norte de Centroamérica”, el escritor chiapaneco Balam Rodrigo nos explica de cuántas maneras los mexicanos del sur son centroamericanos, y lo arbitraria y forzada que resulta muchas veces la pertenencia a un Estado-nación.

Durante la Guerra Fría, Centroamérica fue un territorio estratégico para Estados Unidos, quien libró ahí varias de sus guerras subsidiarias contra la Unión Soviética. Para ello, abrió escuelas de entrenamiento, introdujo una cantidad masiva de armas y popularizó la tortura. La violencia, sin embargo, no ha terminado aún: las poblaciones que migraron al sur de Estados Unidos para escapar del infierno fueron deportadas años después, y al llegar a Centroamérica muchos jóvenes se incorporaron a las pandillas y al crimen organizado que, hoy en día, sigue diezmado ese territorio. Tal es el tema de *El niño de Hollywood*, el texto de los hermanos salvadoreños Juan José y Óscar Martínez.

Históricamente, las riquezas y la situación geográfica de Centroamérica han despertado ambiciones económicas y políticas, primero de las potencias europeas y actualmente de Estados Unidos, adquiriendo así un papel importante en el origen de la configuración política del mundo actual. Un ejemplo de ello es la apertura del Canal de Panamá, que marcó el inicio de EE.UU. como potencia mundial. ¿Cuál es la historia de esa obra monumental de ingeniería? ¿Cómo se originó y cuál fue su

precio? El texto de Carlos Wynter Melo, "Los nombres del Canal de Panamá", tiene las respuestas.

A pesar de la relativa independencia que estos países han conquistado, el saqueo continúa con prácticas extractivistas como la minería, las hidroeléctricas, la industria petrolera, y un turismo tan descontrolado que pone en riesgo sus hermosos humedales, sus arrecifes de coral y sus selvas. Los textos de Wilfredo Miranda Aburto y Carlos Salinas Maldonado hablan de ello, y también de las nuevas migraciones ocasionadas por las emergencias climáticas que azotan a algunas regiones como la Mosquitia.

Y es que al constituir un puente o un corredor —tanto entre el norte y el sur de América como entre los dos océanos que la delimitan—, Centroamérica se ve transitada todos los días por cientos de migrantes. En "El purgatorio" Guido Bilbao explica el caso tan particular del Darién, que constituye una frontera de la modernidad capitalista, de más en más permeable, escenario de todo tipo de abusos y situaciones dantescas. En esta edición encontrarás también un mapa con el sugerente título de "Centroamérica se mueve" que muestra la distribución demográfica, así como los flujos de humanos y animales.

¿Cuál es la relación entre Centroamérica y el Caribe? Frank Báez aborda este interesante asunto desde el universo de la música. Desde la nostalgia, Sergio Ramírez evoca la Nicaragua de su niñez, mientras que Gioconda Belli le canta a su país una canción de cuna para serenarlo.

Esperamos, querido lector, que nuestro número te haga descubrir este bellissimo territorio y comprender que, más allá de la suma de los pequeños países que conforman la franja territorial entre el norte y el sur de nuestro continente, Centroamérica es una unidad heterogénea, configurada a través de fronteras culturales, ambientales, sociales y lingüísticas muy porosas en constante transformación.

Guadalupe Nettel



ENTRE PUENTE Y ESTRECHO: EL ISTMO CENTROAMERICANO

SELECCIÓN

Articulación Centroamericanista O Istmo

“La dulce cintura de América”,¹ “el marginal de la marginalidad”,² “la cola de Quetzalcóatl”.³ Son tan variadas como interesantes las analogías que podemos encontrar en referencias geográficas, poéticas o políticas a los territorios que, de manera accidentada y sinuosa, cubren la extensión que abarca desde el istmo de Tehuantepec —al sur de lo que hoy es México— hasta el valle del Atrato-San Juan —al noroeste de lo que hoy es Colombia—. Un conjunto territorial ístmico, que se encuentra en medio de dos masas continentales y de dos océanos, marcado por volcanes y lagos, bosques y tierras geológicamente jóvenes; lugares y pueblos de una alta complejidad étnica, histórica, sociopolítica y económica.

La constitución de los cinco Estados-nación ístmicos (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica), luego de la independencia de España en 1821, en los territorios que históricamente formaron una sola unidad político-administrativa en el periodo colonial —la llamada “Capitanía General de Guatemala”— es ciertamente un criterio válido para el nombramiento de una “Centroamérica histórica”. Este nombre se cristalizó en la II Cumbre de Jefes de Estado en Tuxtla-Gutiérrez (México), en 1991, como definición metodológica, y luego fue aceptada

¹ Pablo Neruda, “La United Fruit Co.”, *Canto general*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1955.

² Arturo Arias, “Descolonizando el conocimiento, reformulando la textualidad: repensando el papel de la narrativa centroamericana”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 1995, vol. 21, núm. 42, pp. 73-86.

³ Jean Pierre Bergoeing, “La integración centroamericana en el nuevo milenio”, *Revista de Geografía Norte Grande*, 2001, núm. 28, pp. 105-112.

como un hecho político. Sin embargo, otra denominación recurrente es la expresión “América Central”, la cual no se refiere a una entidad regional unívoca y unitaria, por el contrario, es una conceptualización que incorpora otros territorios más allá del propio istmo.

DISTINTOS NOMBRES DEL TERRITORIO

Sistema de la Integración Centroamericana (SICA): además de los cinco Estados “históricos”, incluye a Panamá y Belice, y, más recientemente, también a la República Dominicana, aunque esta no se encuentra en territorio ístmico.

Triángulo Norte: se refiere a El Salvador, Guatemala y Honduras, países que comparten patrones de desarrollo similares con problemas estructurales semejantes, especialmente en términos de seguridad regional.

CA-4: además de los tres Estados que integran el llamado Triángulo Norte, incluye a Nicaragua para efectos de políticas fronterizas con base en acuerdos entre ellos, aun sin contar con un marco legal formal.

Mesoamérica: ha dejado de ser únicamente un concepto histórico-antropológico —tal como fue pensado por Paul Kirchhoff—⁴ y ha tomado también un significado geopolítico en el que los países ubicados entre Panamá y México —incluidos estos dos— comparten condiciones socioeconómicas, especificidades identitarias y una relación estructural con la potencia del norte, Estados Unidos.

⁴ Paul Kirchhoff, “Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales”, *Dimensión Antropológica*, mayo-agosto, 2000, vol. 7, núm. 19, pp. 15-32 [1943].



Lienzo de Quauhquechollan, s. XVI ©



Mapa del Curato de Cuiiotenango en Pedro Cortés y Larraz, *Descripción Geográfico-Moral de la Diócesis de Goathemala*, 1768-1770. Archivo General de Indias ©

Cuenca del Gran Caribe: en los marcos geopolíticos ampliados puede incluir también al conjunto de las islas del mar de las Antillas como parte del istmo del centro de las Américas.

Dentro de este amplio abanico de posibilidades de nominación de la región cobra pertinencia una aún no mencionada: la de "istmo centroamericano", que desde nuestra perspectiva es capaz de transgredir los límites de los siete Estados-nación tradicionalmente asociados a ese conjunto de territorios (Guatemala, Belice, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Panamá). Este istmo, en sus fronteras tradicionales, tiene más de 500 mil kilómetros cuadrados que albergan casi 50 millones de habitantes, de los cuales cerca de 9 millones son indígenas y 3 millones son afrocentroamericanos. En América Central habitan veintinueve pueblos indígenas, incluyendo al pueblo maya, conformado por más de veinte lenguas vivas. Esta diversidad étnica está vinculada a dos tradiciones culturales origi-

narias que atraviesan el istmo, la mesoamericana al norte y la chibchense al sur, lo que evidencia la profundidad histórica de la presencia humana que, desde hace más de 15 mil años, puebla la región. Estas sociedades se han reconfigurado a partir de largos y complejos procesos internos en el pasado y continúan haciéndolo en la dinámica sociocultural contemporánea.

HISTORIA BREVE DE LA REGIÓN

La invasión colonial en Abya Yala en el siglo XVI instauró violentamente nuevas formas de organizar la sociedad y el territorio, la política, la economía, la sexualidad, el pensamiento, el campo religioso y cosmológico. Mestizó culturas y poblaciones, racializó la vida social y las comunidades. En su momento, lo que fue llamado "Capitanía General de Guatemala" tuvo una gran importancia para los intereses españoles, no tanto por la poca riqueza minera (eje económico del periodo imperial-colonial) encontrada en su territorio, sino por su

La invasión colonial en Abya Yala en el siglo XVI instauró violentamente nuevas formas de organizar la sociedad y el territorio.

privilegiada posición geográfica. Al percatarse los invasores de la existencia del océano Pacífico, emprendieron la tarea de encontrar un paso que conectara los dos mares.

La obtención de la independencia de España en 1821 dio paso a la efímera conformación de las "Provincias Unidas del Centro de América" que, tras la emisión de una Constitución Federal, en noviembre de 1824, establecieron la "República Federal de Centroamérica". Sin embargo, en 1841-1842 se fracturó esa recién nacida federación y se impusieron los pequeños Estados-nación republicanos centroamericanos, con base en el modelo estatal europeo de impronta colonial, avanzando hacia precarios procesos de modernización, con economías ambientalmente depredadoras, vulnerables y desiguales, así como sistemas políticos excluyentes de pueblos originarios, afrodescendientes y los amplios sectores campesinos y mestizos.

Inglaterra, en cuanto potencia imperialista con presencia histórica desde la segunda mitad del siglo XVI en el Caribe centroamericano —especialmente en lo que se llamó la Honduras Británica (hoy Belice)—, en el siglo XIX ingresó con mayor vigor al juego geopolítico de estos territorios ístmicos. Puso en movimiento sus intereses comerciales en la región y buscó la hegemonía en el flujo del comercio global a través de la conexión entre los océanos Atlántico y Pacífico. Para ello recuperó la figura del protectorado en un amplio territorio de lo que hoy es la vertiente Caribe de Nicaragua y Honduras: la Mosquitia. Sustentada en relaciones comerciales y alianzas con la población nativa que perduraron por más de dos siglos, la dominación de este territorio le permitía a Gran Bretaña tener control estratégico del paso interoceánico.

A finales del siglo XIX se observaba el ascenso de una potencia que encaraba al territorio centroamericano como su área natural de influencia: los Estados Unidos. La particularidad geoestratégica del istmo marcó su devenir, convirtiendo a los gobiernos estadounidenses y a consorcios económicos poderosos, como la United Fruit Company, en actores de primera importancia en la definición de "región centroamericana" a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI. El conocimiento y la comprensión de Centroamérica desde la geopolítica y el ámbito socioeconómico implica considerar el papel que ha jugado Estados Unidos en los territorios ístmicos en las diversas coyunturas históricas de los últimos 120 años.

Aún hoy, estas configuraciones de imposición y poder son avaladas por procesos de injerencia externa, pero retadas por procesos organizativos propios y de resistencia, cuya confrontación conlleva a la caracterización de una "región de convulsión social constante".⁵

GUATEMALA, HONDURAS Y EL SALVADOR

Guatemala, Honduras y El Salvador comparten en la actualidad la triste condición de contarse entre los lugares más violentos del mundo, con tasas de homicidio superiores a las de países en conflicto. La cantidad de muertes violentas hoy en día supera, incluso, la de la década de 1980, cuando el istmo atravesó por cruentas guerras civiles. La violencia, que pasó de ser

⁵ Jorge G. Castañeda y Rubén Aguilar Valenzuela, "Grandes cambios en la pequeña cintura de América", *Nexos*, 1 de octubre de 2015. Disponible en <https://www.nexos.com.mx/?p=26486>

política a convertirse en un problema endémico y social durante el posconflicto, vinculada íntimamente a la migración masiva, hace de ese Triángulo Norte un foco rojo de atención.

Honduras se destacó, en noviembre de 2018, como país expulsor de población que se organizó para dejar el país en masa, formando "caravanas migrantes" en las que cientos de familias, incluidos niños y ancianos, iniciaron travesías por México intentando llegar a Estados Unidos. En Guatemala, una crisis política de gran envergadura terminó con la disolución, en septiembre de 2019, de la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (CICIG), inaugurada en diciembre de 2006. Creada como un mecanismo para contrarrestar la corrupción y el crimen organizado en el contexto de la consolidación de una democracia endeble y asediada por estos males en el pos-

conflicto, la CICIG enfrentó a poderes fácticos que finalmente consiguieron su disolución. Y en El Salvador, en junio de 2019, asumió como presidente el controvertido empresario Nayib Bukele, que, pese a sus rasgos autoritarios, ostenta hasta hoy el primer lugar en popularidad, tanto a nivel nacional, como entre los presidentes de América Latina.

Cabe señalar que los países del Triángulo Norte también comparten como rasgo importante en su historia política del siglo XX la inexistencia de una democracia liberal sólida. En Guatemala y El Salvador se sucedieron gobiernos militares hasta la década de 1980, cuando se iniciaron procesos de transición democrática en el contexto de las guerras civiles en ambos países. En Honduras sobresale la longevidad de dos partidos políticos que se fueron alternando en el poder guber-



Mapa del Curato de Guazacapán, Guatemala en Pedro Cortés y Larraz, *Descripción Geográfico-Moral de la Diócesis de Goathemala*, 1768-1770. Archivo General de Indias ©

La actual Belice, también conocida como la “Honduras Británica”, formaba parte del territorio maya histórico.

namental, dando lugar al bipartidismo más poderoso del istmo. Este bipartidismo fue quebrantado en 2009, tras la crisis política fruto del golpe de Estado contra el presidente electo Manuel Zelaya.⁶ Xiomara Castro, esposa de “Mel” Zelaya, es quien preside Honduras en la actualidad.

BELICE

Belice, considerado por los demás países de Centroamérica como un “extraño vecino orientado hacia el Caribe”,⁷ cuya singularidad lo dota de una posición cuasi insular, se caracteriza por haber sido objeto de la dominación británica hasta la tardía obtención de su independencia, en 1981. La actual Belice, también conocida como la “Honduras Británica”, formaba parte del territorio maya histórico. Con la llegada de los españoles, quedó bajo la Capitanía General de Guatemala durante el siglo XVI. Desde entonces, y como el resto de las costas caribeñas del istmo, fue continuamente asediada por piratas y comerciantes ingleses, ávidos de diferentes especies madereras fundamentales en la producción de lana británica. A fines del siglo XVII, España cedió el territorio beliceño a Gran Bretaña, a cambio de poner fin a los continuos ataques. En manos de esta potencia se inició la explotación de caoba y, en función de dicha actividad, las poblaciones indígena, afrodescendiente, garífuna y mestiza fueron sometidas a trato esclavo y semiesclavo. Hoy en día Belice se encuentra entre los países más pequeños del continente americano, y cuenta con una baja densidad poblacio-

nal y una economía centrada principalmente en la agricultura, la industria agroalimentaria (especialmente la producción de azúcar y banano), la comercialización y el turismo.⁸

NICARAGUA

Nicaragua es un país centroamericano de historia singular, marcado por dinastías familiares, revoluciones, contrarrevoluciones y grandes proyectos sociopolíticos inconclusos. Presenta algunos rasgos característicos del Triángulo Norte, algunos del Caribe Ístmico y otros de la Centroamérica del Sur. Luego de la independencia, enfrentó conflictos internos que se fueron diluyendo con la consolidación de una institucionalidad estatal y la alternancia en el poder de conservadores y liberales. En la primera mitad del siglo XX, la hegemonía estatal y la estabilidad política se fragilaron ante el intervencionismo neocolonialis-

⁶ Teniendo presente América Central como una región enmarcada también por la compleja relación istmo-caribe, cabe destacar que, entre mediados del siglo XVII y mediados del siglo XIX, parte de lo que hoy se considera el Caribe hondureño y el Caribe nicaragüense estableció una organización político-territorial muy particular denominada Reino de la Mosquitia. Como Belice, estos territorios comparten un vínculo colonial con Inglaterra, con la particularidad de que, a pesar de ser oficialmente españoles, mantuvieron un dominio territorial indígena y afroindígena, basado en relaciones militares y político-comerciales desiguales con los ingleses. Aunque poseen características culturales propias y un proto-nacionalismo, fueron reprimidos con la anexión impositiva al Estado nicaragüense en 1894. Dicha anexión duplicó el territorio de Nicaragua, ya que la Mosquitia representa el 50.4 por ciento del mismo, lo que convirtió a este en el más extenso de Centroamérica y el de menor densidad poblacional. Este Caribe se instituye como una región aislada, boscosa y con una fuerte alteridad sociopolítica, cultural y lingüística reconocida desde el establecimiento de las regiones autónomas en 1987, durante el periodo de gobierno revolucionario sandinista, producto de las luchas contrarrevolucionarias de carácter étnico afroindígena.

⁶ Se trató del primero de los llamados “golpes blandos” latinoamericanos en el siglo XXI.

⁷ Carlos Correa Angulo y Aída Ramírez Romero, “La pertenencia centroamericana: Belice entre países vecinos”, *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 2020, vol. 46. Disponible en <https://n9.cl/awgc5>

ta de los Estados Unidos, que encontró el apoyo de la dictadura somocista (1937 a 1979). Ante este injerencismo emergió el movimiento nacionalista liderado por el revolucionario Augusto César Sandino, a finales de la década de 1920. Inspirado en su nombre se creó durante la década de 1960 el Frente Sandinista de Liberación Nacional, guerrilla que derrotó a la dinastía Somoza, tras una larga y cruenta lucha, en 1979. El triunfo de la Revolución sandinista trajo la esperanza de reconstruir el país y una emblemática solidaridad internacional. Asediada por los Estados Unidos a través de un

ejército contrarrevolucionario, e incapaz de sortear la crítica situación económica, la revolución fue derrotada en las urnas en 1990. Le siguió una etapa neoliberal, de incipiente democratización atravesada por pactos liberales y casos de corrupción. A partir de 2006, Daniel Ortega volvió a gobernar el país, transformando paulatina y sostenidamente su mandato en un régimen autoritario y violento. En la sublevación de abril de 2018, en oposición a los gobiernos de la pareja Ortega-Murillo, fueron asesinadas más de cuatrocientas personas.⁹ Actualmente, hay más de doscientas personas presas y juzgadas de manera arbitraria, según diferentes organizaciones de derechos humanos.¹⁰

COSTA RICA

Costa Rica es considerada la excepción de Centroamérica, debido a su particularidad histórica, su desarrollo social y un consolidado sistema democrático a nivel latinoamericano que algunos historiadores explican como resultado de la pobreza colonial, así como del estado de bienestar instaurado en la década de 1950. En la historia reciente, Costa Rica comparte con el resto de Centroamérica la implementación de los programas de ajuste estructural de los noventa, lo cual acentuó la desigualdad, el deterioro de las políticas públicas, los indicadores sociales y ambientales. Debido a su estabilidad política, ha sido y es un país receptor de población centroamericana expul-



©Susana del Rosario, *Fronteras*, de la serie *Reflexiones sobre América*, 2017. Cortesía de la artista

⁹ VV. AA., *Nicaragua en crisis: entre la revolución y la sublevación*, Aleksander Aguilar Antunes, Esteban de Gori y Carmen Elena Villacorta (comps.), Sans Soleil Ediciones Argentina, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2018.

¹⁰ El 9 de febrero de 2023 el régimen Ortega-Murillo liberó y desterró a Estados Unidos a 222 de los 245 presos políticos nicaragüenses. De manera arbitraria, los desterrados fueron privados de su nacionalidad [N. de los E.].

sada por los conflictos armados, políticos y sociales, así como receptor histórico de migrantes económicos desde la mitad del siglo XX, especialmente nicaragüenses. Mantiene un importante estatus internacional en defensa de los derechos humanos, que se expresa en su condición de sede de la Corte Interamericana de Derechos Humanos (y de varias otras organizaciones internacionales del sistema ONU) desde 1979, luego de que el país formalizara su ofrecimiento ante la Organización de los Estados Americanos. Entre 1986 y 2014, la política costarricense se caracterizó por el bipartidismo entre Liberación Nacional y Unidad Social Cristiana, partidos hegemónicos de centro que han perdido fuerza en la última década, dando paso a la emergencia de partidos de un espectro político más diverso. Luego de dos gobiernos consecutivos del Partido Acción Ciudadana que no lograron cumplir con las promesas de revertir la desigualdad, la corrupción y mejorar la economía nacional, en 2022 llegó a la presidencia Rodrigo Chaves Robles, un economista con carrera en el Banco Mundial y de un partido conformado apenas en 2018.

PANAMÁ

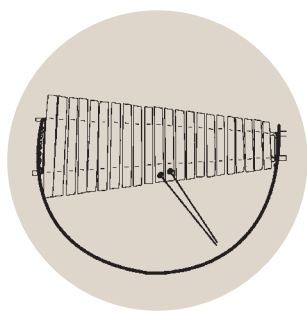
Panamá ha tenido élites criollas que, en alianza con los intereses imperialistas, consolidaron su “economía de paso” de mercancías. El llamado “transitismo” (sociedad organizada en torno al tránsito)¹¹ terminó por concretarse, tras siglos de tensiones y deliberaciones entre los diversos actores implicados, en la construcción del canal interoceánico de Panamá, que fue el más grande proyecto geopolítico y de infraestructura de las Américas, inaugurado

oficialmente en 1914. Estados Unidos, cuyo gobierno compró a Francia el derecho de continuar la obra y desarrolló una intensa labor diplomática —previa ocupación militar— para conseguir el usufructo de ella, instigó la separación de Panamá de Colombia y su advenimiento en Estado-nación en 1903. No fue sino hasta 1977 cuando la gestión del canal pasó a manos del Estado panameño, en virtud de los tratados Torrijos-Carter. Así, el presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter, y su homólogo de Panamá, Omar Torrijos, pusieron fin a 45 años de presencia imperialista directa en el país centroamericano. No obstante, en 1989, la política injerencista estadounidense se hizo sentir bélicamente por medio de una invasión militar para capturar al entonces presidente panameño Manuel Antonio Noriega, acusado de nexos con el narcotráfico. Como en el resto de la región, férreas transformaciones neoliberales se llevaron a cabo durante la década de 1990, con altos costos sociales en materia de desigualdad y acceso a servicios básicos. Panamá se ha convertido en un paraíso fiscal *offshore*, blanco de la especulación financiera a nivel internacional.

Son estos los países ístmicos —los Estados-nación de la “Centroamérica histórica” (en alusión a las mencionadas exprovincias de la Capitanía General de Guatemala), a los cuales se han sumado Belice, Panamá e incluso República Dominicana (este último en el marco del SICA)— que conforman el conjunto de territorios que se ha dado a llamar “región centroamericana”. **U**

¹¹ Olmedo Beluche, “A veinte años del 20 de diciembre”, *Observatorio Social de América Latina*, abril de 2010, vol. XI, núm. 27, pp. 144-146.

Selección de Aleksander Aguilar-Antunes, Amaral Arévalo, Carmen Elena Villacorta y Denia Román Solano, “Introducción”, *Historia, actualidad y cuestionamientos sobre la región centroamericana en su Bicentenario*, vol. I, Edições EACH, São Paulo, 2022, pp. 4-13. Se reproduce bajo licencia CC-BY NC.



UN PASITO AQUÍ Y UN PASITO ALLÁ

RELACIÓN MUSICAL ENTRE CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE

Frank Báez

A pesar de que nací en una isla ubicada en medio del Caribe, muchos europeos y sudamericanos suelen catalogarme como "centroamericano". No es algo particular, a varios caribeños que conozco les pasa, y de igual forma hay centroamericanos que han sido confundidos con caribeños. ¿A qué se debe esta confusión regional? ¿Dónde empieza Centroamérica y acaba el Caribe? O al revés, ¿dónde empieza el Caribe y termina Centroamérica?

Preguntas como estas surgieron a propósito de la celebración en Santo Domingo de la décima edición del festival Centroamérica Cuenta, un punto neurálgico para la proyección y la difusión del pensamiento y la creatividad en la región. Ya que por causas políticas no pudo realizarse en Nicaragua y ha tenido que recorrer itinerantemente otros países centroamericanos (y celebrarse incluso en España de forma virtual), surgió la propuesta de traerlo al Caribe y se eligió a la República Dominicana como el primer país de acogida.

En el discurso de inauguración, el escritor nicaragüense Sergio Ramírez, ideólogo y director del festival, se refirió a la condición de apátrida que le impuso la dictadura de Daniel Ortega tras arrebatarle su nacionalidad:

Vivo porque escribo, vivo en mi lengua, que es mi patria, y vivo en la memoria de mi pueblo. Ninguna tiranía puede quitarme la lengua en la que escribo,

ni puede quitarme la pertenencia de la gente que desde mi infancia da vida a mi escritura.¹

A la mañana siguiente tuvimos un encuentro en el hostel Nicolás de Ovando. Además de contar con una larga trayectoria como cuentista y novelista, que incluye títulos como *Castigo divino* (1988) y *Margarita, está linda la mar* —Premio Alfaguara de Novela en 1998—, y de haber estado involucrado en la política nicaragüense —fue vicepresidente de Nicaragua de 1985 a 1990 y candidato presidencial en 1996—, Sergio Ramírez es un connotado melómano.

—Estoy escribiendo un texto sobre la relación musical entre el Caribe y Centroamérica —le dije.

—Es un romance que lleva varios siglos —me respondió—. Lo primero que debemos tener claro es que el Caribe es una región que siempre termina saliéndose del mapa.

—¿Cómo así?

—Que es difícil de contener. Es como la música. El Caribe es un sentimiento cultural que va más allá de la geografía.

Me puso de ejemplo a Guayaquil (Ecuador) y Bahía (Brasil), ciudades que, a pesar de estar a miles de kilómetros de la región, parecen urbes caribeñas. Centroamérica resulta un poquito más fácil de abarcar y definir: se trata de un istmo de 522762 kilómetros cuadrados que une a la América del Norte con la del Sur y comprende siete naciones: Belice, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. Excepto El Salvador, cada una cuenta con costas que el mar Caribe baña, y es en esos pueblos del litoral donde se siente el in-



Portada de *Sopa de caracol... con el nuevo ritmo "punta"*, de Banda Blanca, 1990

flujo de la música y la cultura de las islas. Un ejemplo es el de la exitosa canción "Sopa de caracol" que interpretó la orquesta hondureña Banda Blanca, sirviéndose de elementos de la punta, un estilo de música garífuna. De hecho, el estribillo de la canción, "*Watanegui consup Iupipati Iupipati Wuli Wani Wanaga*",² está en la lengua de los garífunas, descendientes de esclavos africanos mezclados con la población amerindia de las islas caribeñas.

En el caso de Nicaragua, me contó Sergio Ramírez, hay una influencia del calipso y el reggae jamaicano que no es una producción original, sino trasplantada. Algo similar podría agregar respecto a la salsa, el bullerengue y otros ritmos caribeños.

—La marimba es tal vez el instrumento propio de la región —dijo pensativo, luego de que le trajeran un café.

Contó que la marimba fue un instrumento adoptado por los indios mestizos al grado de

¹ El discurso completo puede leerse y escucharse aquí: <https://n9.cl/uj519>

² En español: "Quiero tomar sopa, quiero seguir disfrutándola. Un poco para ti, un poco para mí" [N. de los E.].



Portada de *Cosa nuestra*, de Willie Colón, 1969

que, por mucho tiempo, se pensó que era parte de su legado. Pero es originaria de África, específicamente de una región en Angola llamada Marimba. A diferencia de Guatemala y de Yucatán, donde se llega a desarrollar la marimba melódica, que se sienta sobre patas, tiene tres corridas de teclado y es capaz de ejecutar composiciones complejas, en Nicaragua se toca la original, la marimba de arco, en do menor, que se carga al hombro.

—Tenemos el son nica, un género musical nicaragüense que utiliza la marimba, la guitarra y el requinto, y al que después se le incorporaron las maracas, los timbales, los platillos y el cencerro.

Dicho ritmo lo popularizó Camilo Zapata y luego lo desarrollaron los hermanos (Luis Enrique y Carlos) Mejía Godoy, tíos del popular salsero Luis Enrique. Sin embargo, es un fenómeno que no trasciende lo local.

—Pero le falta el ritmo sincopado —se quejó Sergio Ramírez—. Es gracias a la síncopa que la música caribeña ha sacudido más cuerpos que cualquier terremoto.

En su libro *Tambor olvidado* (2008), Sergio Ramírez expone cómo la música nicaragüen-

se y otras similares de Centroamérica carecen de los elementos percusivos provenientes de África, tales como los tambores *ngomas* de los congos, que en el Caribe recibieron diferentes nombres: *tambor yuka* en Cuba, y en República Dominicana, *atabales* o *palos*.

Mientras los tambores aborígenes se quedaron en el rito, más cercanos a la tristeza monótona, los africanos desbordaron hacia la calle y entraron en los salones para embullar todo el Caribe marcando en los bongós, las timbas y las tumbadoras, los ritmos de todas las variedades musicales, hijas de los tambores cimarrones y de la contradanza francesa, que se fusionaron primero en el danzón. [Élie] Fauré afirma “que una sola gota de sangre de negro en un lago de sangre de blancos basta para darle el germen de las cadencias decisivas”.

—Yo creo que lo de la síncopa es importante —me dijo el escritor y músico panameño Emiliano Pardo-Tristán, con quien participé en una mesa que tenía el sugerente título de “El pasado por delante”—. La música centroamericana de influencia indígena está mucho más cerca del downbeat. Por ejemplo, los indígenas cunas tocan una flauta de pan y se apoyan en los tiempos fuertes, pero nunca en la síncopa, que nos viene de la herencia africana.

Aunque, señala, a estas alturas es muy difícil reconocer los orígenes y deconstruir los estilos y los ritmos, ya que todo está muy fusionado.

—En Panamá tenemos la mejorana. Y mucha gente dice que viene de la guitarra, pero realmente no, porque en los tiempos de la conquista el instrumento en boga en España era la vihuela, que es más pequeña que una gita-

rra. La mejorana es un instrumento muy rústico que a duras penas afina bien. Cuando hice una investigación, los instrumentos estaban tan desafinados, que tenía que imaginar cómo realmente sonaban.

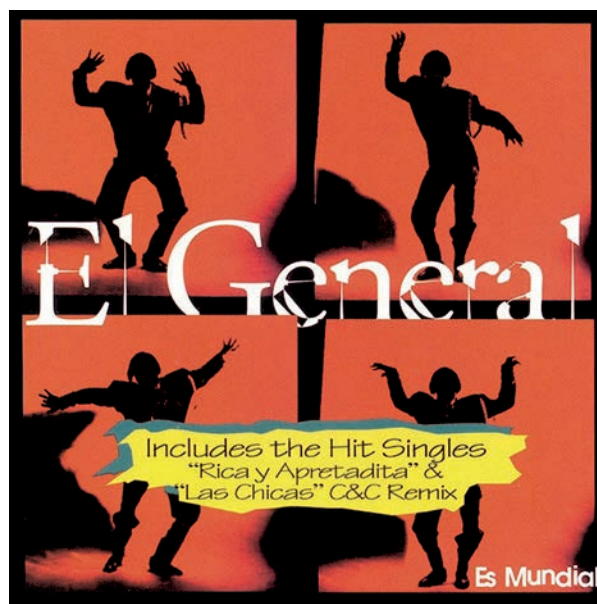
En 2020 Emiliano Pardo-Tristán ganó el Concurso Nacional de Literatura Ricardo Miró con su novela *Lo blanco y lo negro*, que cuenta la historia de Cocoyé, una ficticia orquesta cubana que viaja con tambores y cueros autóctonos de Santiago de Cuba para tocar en los clubes que proliferaban en el Panamá de los años treinta del siglo pasado. En sus intentos por seducir a la clientela compuesta de marineros estadounidenses, bardos errantes caribeños, empleados del Canal de Panamá y prostitutas sudamericanas, inventan un nuevo género musical llamado “guajirón”, una mezcla entre el charlestón y la guajira que causó furor no solo entre las *flappers* colonenses, sino entre todos los personajes estrafalarios de la noche panameña.

Resulta sugerente que sea la colaboración de un trompetista panameño que entra en la orquesta —en sustitución de un cubano que deserta— lo que impulsa la creación del nuevo ritmo. De una manera divertida y llena de esplendor, Pardo-Tristán nos hace partícipes del proceso en que surgen las fusiones musicales y la relación que mantienen con las pasiones humanas, con el viaje, con el arrebato y con la poesía. Tal como lo indica el título, se trata de un canto al mestizaje, a la mezcla de géneros musicales, razas, preferencias sexuales, acentos, idiomas, idiosincrasias, y por supuesto, todo esto como un laboratorio ambulante donde se va descubriendo el nuevo ritmo, el contoneo original.

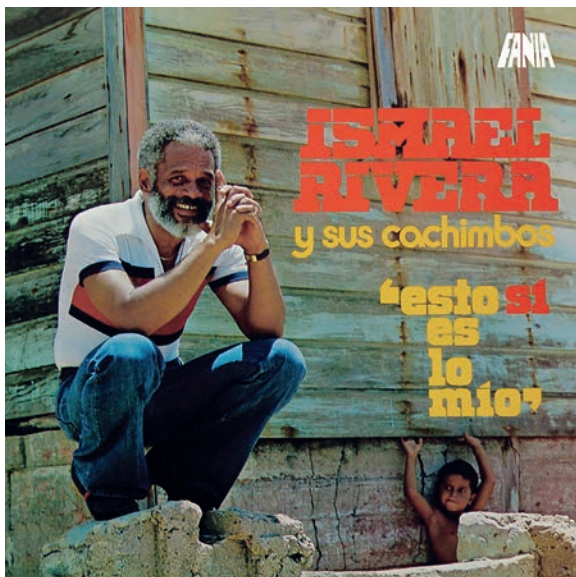
Esa relación apasionada y fructífera entre lo centroamericano y lo caribeño es un detalle

que la ficción le copia a la realidad. Tan solo hay que volver los ojos —o mejor dicho, los oídos— a la música popular. ¿Qué sería del merengue “El Jardinero”, que ha hecho bailar a toda la humanidad, si Wilfrido Vargas no hubiera dado con el cantante hondureño Jorge Gómez, quien le imprimió su estilo y, sobre todo, su falsete? También recordemos la relación de los músicos caribeños con Panamá. Varios éxitos de la salsa, como “El Gran Varón” (interpretado por Willie Colón) y “Conciencia” (interpretado por Gilberto Santa Rosa), fueron escritos por el compositor panameño Omar Alfanno. De igual modo, el súper éxito “Despacito”, de los puertorriqueños Luis Fonsi y Daddy Yankee, fue escrito en colaboración con la cantautora panameña Erika Ender.

A principios de los años ochenta, un niño panameño de nombre Edgardo Armando Franco tenía sueños de convertirse en un gran músico. Solía vender refrescos en los conciertos para



Portada de *Es mundial*, de El General, 1994



Portada de *Esto sí es lo mío*, de Ismael Rivera y sus Cachimbos, 1979

ver a sus artistas favoritos. Una noche en que se presentaba la cantante cubana Celia Cruz, notó que no había vigilancia en los camerinos y se coló. Al tener en frente a la estrella cubana le contó su sueño y le pidió que lo aconsejara, pero Celia reaccionó dándole un pescozón. A duras penas, le dio dos consejos: que nunca entrase en un camerino sin permiso y que, si quería convertirse en artista, debía crear un ritmo original.

El niño hizo caso a estas palabras y creció para convertirse en El General, intérprete de himnos de discotecas como "Tu pun pun", "Muévelo", "Te ves buena", entre otros, que han llevado a muchos historiadores de la música a considerarlo como el padre del reguetón. Lo que hicieron El General y otros raperos panameños fue mezclar el reggae, el dancehall y el raggamuffin de Jamaica y otras islas caribeñas, e introducir letras en español. Muchas de estas experimentaciones pasaron a Puerto Rico y se convirtieron en el reguetón que pereamos en la actualidad, que ha seguido evolucionando con el dembow dominicano y otros nuevos ritmos.

El cantautor cubano Benny Moré llamaba al puertorriqueño Ismael Rivera "el Sonero Mayor". Maelo, como lo conocían sus amigos, fue uno de los músicos más dotados de su generación. Durante gran parte de los sesenta tuvo una severa adicción a la heroína que amenazó con destruir su carrera musical. En 1962, en un viaje de regreso a Puerto Rico con el Combo de Cortijo, le incautaron un cargamento de droga y acabó pasando los siguientes tres años en una prisión federal. Al cumplir su sentencia, regresó a los escenarios musicales y a la heroína.

En 1969 Maelo estaba en un concierto en la Ciudad de Panamá cuando le hablaron del Cristo Negro de Portobelo, una estatua milagrosa entre cuyas hazañas, se creía, estaba la de haber detenido una epidemia de cólera. Probablemente Maelo pensó que, si había sanado a toda una ciudad, de seguro podría limpiarlo a él. Además, tuvo la dicha de tocar al día siguiente en la ciudad caribeña de Colón, a unos cuantos kilómetros de Portobelo. Se fue a visitar la estatua y cuentan que, cuando la vio, cayó inmediatamente de bruces, como Saulo en el camino de Damasco, y arrancó a llorar y a gritar que estaba curado.

Le recordé la historia al periodista y crítico panameño Daniel Domínguez, otro de los invitados al Centroamérica Cuenta, mientras nos dirigíamos bajo el sol del mediodía por El Conde a comprar un chip para su celular.

—[Maelo] Sacaría tres canciones dándole las gracias al Cristo Negro de Portobelo: "San Miguel Arcángel", "El Nazareno" y "El Mesías". De esta última se tomarían unos versos que se grabarían en la estatua en Portobelo en honor suyo y de los cantantes de salsa.

Además de cantautor, Blades ha participado como actor en varias películas y series de televisión.

Pero la devoción al Cristo Negro de Portobelo y a Panamá no quedó ahí: Maelo apoyó y fue mentor de uno de los salseros más importantes de todos los tiempos: “el poeta de la salsa”, el panameño Rubén Blades. Hijo de una colombiana y un cubano, Blades emigró joven a Nueva York y se decantó por la salsa que estaba causando furor entonces. Empezó a trabajar con Fania Records, uno de los sellos discográficos más populares y trascendentes de la época. En 1977 se asoció con el trombonista neoyorquino de origen boricua Willie Colón, con quien sacó más de seis discos, entre los que es necesario mencionar *Siembra*, considerado por muchos el disco de salsa más importante de todos los tiempos. A partir de 1983 empezó su exitosa carrera de solista, que lo ha llevado por todos los escenarios del mundo. Además de cantautor, Blades ha participado como actor en varias películas y series de televisión, es abogado graduado por Harvard, activista por los derechos humanos y político.

Daniel Domínguez me recordó que también fue ministro de turismo de Panamá (2004-2009) y que en los últimos años ha mostrado cierto interés en lanzarse nuevamente como candidato a la presidencia. Añadió que, a pesar de su posición de fulgurante astro de la música mundial, Rubén Blades siempre ha mantenido los pies en la tierra: sencillo, sin complicaciones, se preocupa por su pueblo y sus amigos. Y, por supuesto, no ha olvidado a Maelo. En la canción “La Perla” (2008), de la agrupación puertorriqueña Calle 13, Blades, casi al final, interviene con una especie de soneo y recuerda a su mentor de una manera cariñosa y hermosa:

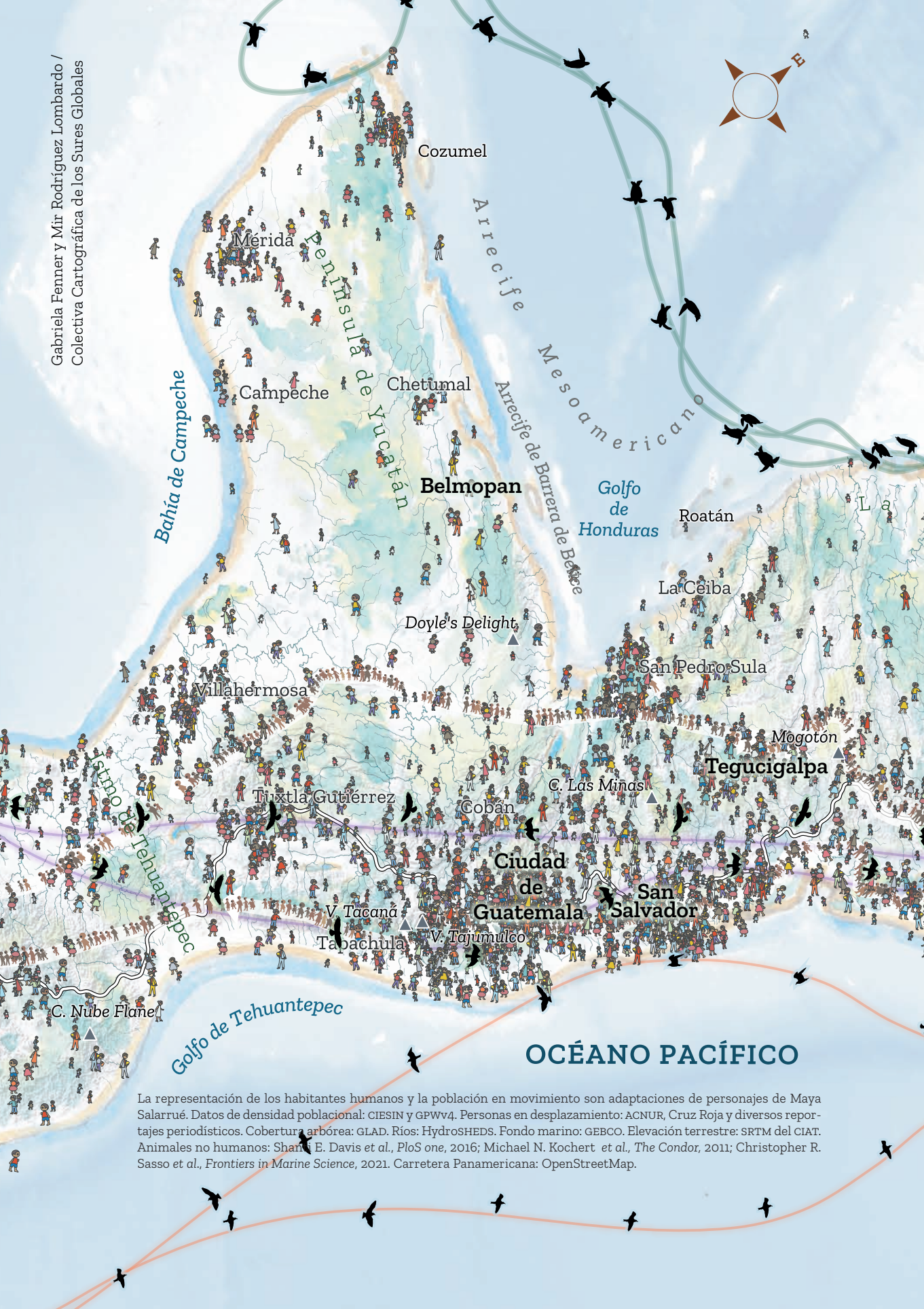
Nacimos de muchas madres pero aquí solo hay
[hermanos.

Y ese mar frente a mi casa, te juro que es verdad,
como el de La Perla, aunque yo esté en Panamá.
Y sobre el horizonte veo una nube viajera
dibujando la cara del gran Maelo Rivera
Celebra esta reunión, compay.
¿Qué te parece esta combinación de Rubencito
[y Calle 13?

Aquí de nuevo está la camaradería, la unión, la fraternidad y la fiesta. No hay duda de que la música es la moneda de intercambio entre estas dos regiones. Por esa razón, le recomendé a Daniel Domínguez que fuese a ver la puesta de sol en el malecón de Santo Domingo. Le dije que, si tenía suerte, al anochecer vería las luces de Panamá parpadeando en el horizonte. Esto, claro, es absurdo, pero la música nos ha hecho sentir tan cerca que puede ser posible. **U**



Portada de *Los de atrás vienen conmigo*, de Calle 13, 2008



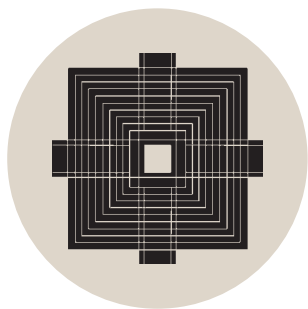
La representación de los habitantes humanos y la población en movimiento son adaptaciones de personajes de Maya Salarrué. Datos de densidad poblacional: CIESIN y GPWv4. Personas en desplazamiento: ACNUR, Cruz Roja y diversos reportajes periodísticos. Cobertura arbórea: GLAD. Ríos: HydrosHEDS. Fondo marino: GEBCO. Elevación terrestre: SRTM del CIAT. Animales no humanos: Shattuck et al., *PloS one*, 2016; Michael N. Kochert et al., *The Condor*, 2011; Christopher R. Sasso et al., *Frontiers in Marine Science*, 2021. Carretera Panamericana: OpenStreetMap.

CENTROAMÉRICA SE MUEVE

Disputada franja de tierra, codiciada por su posibilidad de comunicar océanos y subcontinentes, Centroamérica no es solo un estrecho puente entre extremos, sino continuidad geológica, biológica e histórica, hogar temporal, posibilidad de encuentro entre diferentes personas, tejido de historias y de memoria. Es un territorio marcado por la movilidad, el tránsito y el fluir. A pesar de las barreras (físicas y antrópicas) y guiados por un impulso de vida, seres humanos y no humanos llegan a ella o la atraviesan en busca de mejores tierras, aguas y vientos para resistir, para seguir existiendo.

Mar Caribe





EL CUADRÁNGULO NORTE DE CENTROAMÉRICA

Balam Rodrigo

Ubicado en el extremo sur de México, el estado de Chiapas debería formar parte —junto con Guatemala, El Salvador y Honduras— del “cuadrángulo norte” de Centroamérica. Me parece natural que estas entidades conformen una cartografía geopolítica cuadrangular, en consonancia con la noción de los cuatro rumbos cardinales concebida por los antiguos mesoamericanos, en vez de estar limitadas por el trillado “triángulo norte” de Centroamérica (Guatemala, El Salvador y Honduras) que excluye, de hecho, a las demás entidades centroamericanas (Belize, Nicaragua, Costa Rica y Panamá).

El mapa cuadrangular incluiría también a la península de Yucatán, a Tabasco, así como a partes de Oaxaca y Guerrero, principalmente de la región del Pacífico. Con esta suerte de contranarrativa podría discutirse la idea de una sola identidad mexicana emanada desde el centro, occidente y norte de México. Agresivas políticas nacionalistas —desde la conformación histórica de nuestro país como Estado-nación— han procurado excluir, discriminar, invisibilizar y erradicar la identidad centroamericana, así como la de los pueblos originarios binacionales fronterizos del sur del país (compartidos con Belize y Guatemala), e incluso la caribeña. Desde una lectura geoliteraria, considero que Chiapas y parte de México son étnica, cultural, lingüística e históricamente centroamericanas.

¿CHIAPAS MEXICANA Y/O CENTROAMERICANA?

Chiapas no participó de la llamada “Independencia de México” que tuvo lugar en septiembre de 1810 porque en esa fecha la provincia aún estaba sujeta políticamente a la Capitanía General de Guatemala. Una década más tarde, el 28 de agosto de 1821, la ciudad de Comitán fue la primera entidad de toda Centroamérica en proclamar su independencia de la Corona española y de Guatemala (dato marginado de los libros de Historia tanto de Centroamérica como de México). Tres años después de la proclama independentista comiteca, el 14 de septiembre de 1824, Chiapas federalizó parcialmente su territorio a México, ya que el Partido de Soconusco (en ese entonces una entidad centroamericana independiente de Chiapas) decidió anexarse a las Provincias Unidas de Centroamérica como parte del Estado de Los Altos, y su federación a México debió esperar hasta el 14 de septiembre de 1842. La firma del Tratado Herrera-Mariscal sobre los límites territoriales entre México y Guatemala tuvo lugar en 1882, aunque la medición y delimitación culminaron en 1902 —pocos años antes del inicio de la Revolución mexicana—, de manera que Chiapas se incorporó compleja y tardíamente al proyecto de Estado-nación mexicano.

El anterior corolario histórico sirve para recordar que las profundas relaciones e identidades culturales, étnicas, lingüísticas e históricas que Chiapas ha compartido con Centroamérica durante casi cuatro siglos de estrecha cercanía no pueden borrarse con poco más de un siglo de mexicanidad:

En la realidad, la sociedad chiapaneca permanece desde 1824 en buena parte desligada del

resto del país. Ciertamente, los gobiernos locales mantienen contacto con el gobierno nacional. Pero fuera de tal relación, los acontecimientos exteriores no repercuten dentro de la provincia. La sociedad se mantiene inalterada y el contacto con Centroamérica no experimenta variación.¹

Escrita en 1991 por el investigador Sergio Gutiérrez, la anterior aseveración brinda lu-

¹ Sergio Nicolás Gutiérrez Cruz, “La identidad chiapaneca. Algunas apreciaciones”, *Anuario Instituto Chiapaneco de Cultura. Departamento de Patrimonio Cultural e Investigación*, Gobierno del Estado de Chiapas / Instituto Chiapaneco de Cultura, Tuxtla Gutiérrez, 1991. Disponible en <https://lc.cx/9VcUeN>



©Lorena Ancona, *Ventre y flor*, 2022. Cortesía de la artista

Los mexicanos que no conocen Chiapas ni sus distintas regiones y sociedades, las más de las veces critican y rechazan el voseo y dicen que ningún mexicano habla así.

ces sobre lo que sucedía en Chiapas en vísperas del levantamiento indígena armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994, al que considero la última guerrilla centroamericana del siglo XX. Pero ni el neozapatismo, ni la firma del TLCAN, ni el neoliberalismo transnacional del siglo XXI, ni la paulatina militarización y paramilitarización del territorio chiapaneco han anulado su filiación centroamericana. De acuerdo con la académica costarricense Anabelle Contreras:



©Lorena Ancona, *Itzam Cab Ain*, 2018. Cortesía de la artista

Tanto geográfica como culturalmente, Chiapas está muy cerca de Centroamérica y muy lejos de ese México lindo y querido que flota en el imaginario internacional y que hace a miles de turistas por año peregrinar hacia sus ruinas [...]. Chiapas es culturalmente centroamericano antes que mexicano, aunque en Centroamérica no se vea así y México insista en que aquello es México y punto.²

EN CHIAPAS SE HABLA (Y SE ESCRIBE) DE VOS

El español que se habla en Chiapas pertenece al dialecto del español que incluye voseo y se emplea en toda Centroamérica desde la época colonial.³ Los mexicanos que no conocen Chiapas ni sus distintas regiones y sociedades, las más de las veces critican y rechazan el voseo y dicen que ningún mexicano habla así. No obstante, más del 90 por ciento de la población de Chiapas utiliza el dialecto centroamericano del español para comunicarse, ya que el voseo forma parte de su lengua materna y es empleado para la comunicación cotidiana, familiar, verbal, popular y literaria.⁴

A nivel mundial, somos más los chiapanecos voseantes (5 millones) que los uruguayos que vosean (3.5 millones), lo cual significa que en México hay más personas voseantes que en

² Anabelle Contreras, "Chiapas, tan cerca y tan lejos de Centroamérica: escenarios, conflictos sociales y una dramaturgia posible en femenino", *ISTMICA. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, 2010, núm. 13, pp. 29-40. Disponible en https://lc.cx/RWD_Le

³ El uso del voseo centroamericano no es común en algunas regiones de Panamá como la Ciudad de Panamá y Chiriquí. Ver Miguel Ángel Quesada Pacheco, "El voseo panameño: situación actual y actitudes ante su uso", *Revista de Filología y Lingüística*, 2019, vol.1, núm. 45, pp.227-245 [N. de los E.].

⁴ Nicole Goestenkers, "Desarrollo y uso del voseo en Centroamérica", *Research Papers*, 2012, núm. 213. Disponible en <https://lc.cx/GB2eQh>

Uruguay, donde esta variante tiene considerable prestigio identitario. Lamentablemente, es mucho más fácil encontrar a un mexicano no chiapaneco que utilice e incorpore anglicismos, pochismos, chicanismos e incluso *spanish* en su vocabulario, a uno que acepte el natural voseo centroamericano de Chiapas. Cuando un chiapaneco dice: "ideay vos", "míralo", "andá con Dios", "sos chucho", etcétera, en el centro, occidente y norte del país identifican esa forma de hablar como típicamente centroamericana o sudamericana. Muchos ponen en duda su origen, sin saber que el voseo y el español de Chiapas —y el de casi toda Centroamérica— es el más antiguo de la América continental y, por ende, anterior (por medio siglo) al voseo empleado en Sudamérica.⁵ Y si los mexicanos que rechazan o discriminan el voseo de Chiapas son capaces de identificar y vincular el sociolecto chiapaneco con el centroamericano, ¿no es una manera —anómala y discriminatoria— de reconocer que los chiapanecos somos, también, centroamericanos?

Además de formar parte del habla común, la cultura popular y la literatura, el voseo de Chiapas puede hallarse hasta en el cine nacional: *Al son de la marimba* (1941), *La choca* (1974) o *Balún Canán* (1977).⁶ Entre los escritores chiapanecos más destacados que han incluido el voseo en sus libros se encuentran Rosario Castellanos, Eraclio Zepeda, Alfonso Díaz Bullard, Roberto López Moreno e incluso el mismo Subcomandante Marcos —Elías Contreras, el detective zapatista de su novela *Muertos incómodos: (falta lo que falta)* (2004), escrita a



©Yavheni de León, *Montaña 2*, de la serie *Memoria*, monotipo de hoja de plátano, 2021. Cortesía del artista

cuatro manos con Paco Ignacio Taibo II, es tan de Chiapas que vosea con naturalidad en distintos diálogos—. Ni qué decir de la literatura chiapaneca contemporánea: a la fecha he registrado más de doscientas obras de aproximadamente cien autoras y autores que incluyen voseo verbal y pronominal en sus libros, sobre todo de poesía.⁷

DESCENTROAMERICANIZACIÓN Y MEXICANIZACIÓN FORZADA EN CHIAPAS

Tan mal visto fue el voseo empleado en el español de Chiapas que se prohibió su uso poco después de la Revolución mexicana, ya que se consideraba (y se sigue considerando por los

⁵ Eva Bravo-García, "El español de América en la historia y en su contexto actual", Carmen Ferrero y Nilsa Lasso (eds.), *Variedades lingüísticas y lenguas en contacto en el mundo de habla hispana*, AuthorHouse, Bloomington, Indiana, 2005, pp. 7-24.

⁶ Las dos últimas películas están basadas en novelas homónimas.

⁷ Ver Balam Rodrigo, "Centroamérica: centroamericanidad = mexicanidad + centroamericanidad", *Otros Diálogos*, 2022, núm. 18. Disponible en https://lc.cx/rp7vL_ y Manuel de J. Jiménez, "El derecho a la palabra en *El libro centroamericano de los muertos* y *Cartas a la primavera*. Escuchar el voseo del sur", *Interpretatio: Revista de hermenéutica*, septiembre 2021-febrero 2022, vol. 2, núm. 6, pp. 105-115. Disponible en <https://lc.cx/KUjrQl>



©Yavheni de León, *Sección Caída 3*, de la serie *Gestos de documentación en tiempo*, monotipo de hoja de maxán (bijao), 2022. Cortesía del artista

puristas —mexicanos y chiapanecos— de la lengua) un rasgo centroamericano atávico, arquetípico y arcaico de las clases bajas y populares, una forma de hablar (y escribir) el idioma español que atenta contra la norma lingüística oficial implantada y aceptada, la “mexicana”.⁸ Sin embargo, quienes más sufrieron los embates del evangelio nacionalista cuando se implantó por vía de la fuerza una identidad mexicana homogeneizante y excluyente para erradicar “de raíz” la identidad centroamericana fueron los pueblos originarios fronterizos compartidos con Guatemala (binacionales) que hablan akateko, chuj, jakalteko (o popti’), kaqchikel, k’iche’ (quiché), mam (tsibon mam) y q’anjob’al. También fueron perseguidos, discriminados y reprimidos los pueblos origina-

rios mochós que hablaban (y hablan) la lengua qat’ok en sus variantes tuzanteco y motozinteco. He aquí el testimonio del erudito lingüista Otto Schumann:

Fue en Tuzantán donde comencé a tocar el tema de la desaparición de la lengua. Los adultos recordaban la época de Victorico Grajales, gobernador de Chiapas a finales de los años veinte y principios de los años treinta, como el principio del fin de sus tradiciones, pues fue durante su gobierno cuando les prohibieron el uso de la ropa regional y del idioma.⁹

Entre las ideas nacionalistas para implementar la “verdadera mexicanidad” en los indígenas de la frontera sur subyace el interminable afán por nahuatlizar o aztequizar su mundo a partir de la positivista y equivocada idea de que el “imperio azteca” y su lengua franca, el náhuatl, se hablaron en toda Mesoamérica desde la época prehispánica y durante el periodo colonial. Sin embargo, es necesario aclarar que los pueblos nahuas migraron tempranamente desde México (de la “Gran Tula”) hacia la región del Golfo de México (Veracruz y Tabasco) poco después del 500 d. C., y hacia Centroamérica (Soconusco, Chiapas, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica) entre el 800 y el 900 d. C. Estos pueblos hablaban distintas lenguas nahuas —no el náhuatl del altiplano mexicano—, entre otras, el pipil, que se habló en el Soconusco hasta 1967 y aún se habla en la actualidad, de forma relictual, en El Salvador:

⁸ Eraclio Zepeda, *La lengua del conquistador. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua*, 23 de agosto de 2012, UNAM / Academia Mexicana de la Lengua, CDMX, 2020.

⁹ Otto Schumann, “Situación lingüística en la frontera sur (1992)”, Rubén Borden y Fernando Guerrero Martínez (comps.), *Caminos culturales mesoamericanos. Obras completas de Otto Schumann Gálvez. Volumen I, Artículos y ensayos*, CIMSUR / UNAM, San Cristóbal de las Casas, 2016, p. 220.

**De esta manera, las
lenguas y la cultura
nahuas han sido siempre
tanto centroamericanas
como mexicanas.**

Todos los dialectos del sur del Golfo de México se encuentran más ligados con las variantes de esta lengua [nahua] que se empleaban en El Salvador, Guatemala y Nicaragua, que con las variantes del nahua central, del cual estaban muy alejados.¹⁰

Esto significa que tanto en el sur de México como en el istmo centroamericano ya se hablaban lenguas nahuas al menos 500 años antes del surgimiento del “imperio azteca”. Por otra parte, la fundación de México-Tenochtitlán ocurrió en 1325, así que la posterior nahuatlización o aztequización de los pueblos y lenguas nahuas de Centroamérica (como los pipiles o nicaraos) tuvo lugar varios siglos después. Podemos verlo de la siguiente manera: en la época prehispánica se habló primero náhuatl-pipil en el Soconusco, en Cotzumalguapa (Guatemala) y en Cuzcatlán (El Salvador) antes de que se hablara náhuatl-clásico en el valle de Texcoco y en México-Tenochtitlán:

[...] por razones de nacionalismo [mexicano] se ha querido ver todo lo nahua como mexicana, cuando estos fueron los últimos [nahuas] en llegar al altiplano.¹¹

De esta manera, las lenguas y la cultura nahuas han sido siempre tanto centroamericanas como mexicanas.

Para hablar de la centroamericanidad de México, de su afinidad cultural con Centroamérica, es necesario introducir en la ecuación identitaria las lenguas de los pueblos originarios de la familia lingüística maya que se

hablan actualmente en toda el área maya y compararlos con aquellas lenguas de los pueblos de la familia lingüística uto-azteca: existen aproximadamente veinte lenguas uto-aztecas habladas en México, Guatemala, Honduras y Nicaragua (además de Estados Unidos) con poco más de 2 millones de hablantes. En la actualidad se hablan 31 lenguas mayas con más de 6.5 millones de hablantes: nueve de esas lenguas son binacionales, compartidas entre México, Belice y Guatemala, aunque también se habla una lengua maya en Honduras.

México es un país con una considerable vitalidad lingüística, cultural, étnica y literaria



©Lorena Ancona, *Máscara de serpiente*, 2018.
Cortesía de la artista

¹⁰ Otto Schumann, “Consideraciones históricas acerca de las lenguas indígenas de Tabasco”, *op. cit.*, p. 165.

¹¹ *Ibid.*, p. 169.

maya (se escribe y se hace literatura en al menos trece lenguas mayas en México), lo que significa que tenemos una clara identidad centroamericana relativa a la cultura mayense, pues la mayor diversidad de lenguas de esta familia lingüística se ubican en Centroamérica, específicamente en Guatemala y Chiapas (sin olvidar las de Belice y Honduras). Las y los escritores contemporáneos en lenguas mayas de México, Guatemala y Belice comparten más elementos lingüísticos, culturales, étnicos y míticos entre sí, que con aquellos que escriben

en otras lenguas originarias del centro, occidente y norte de México. La cultura y las lenguas mayenses son, en esencia, centroamericanas, y esta consideración puede ser extendida a las literaturas y las artes mayenses contemporáneas.

CENTROAMÉRICA MEXICANA Y MÉXICO CENTROAMERICANO: *CENTROAMÉXICO*

Las relaciones étnicas, lingüísticas, culturales e históricas establecidas entre diversas regiones de México y Centroamérica son sumamente estrechas y comparten el mismo espacio geoidentitario, lo cual significa que la filiación centroamericana se circunscribe también a ciertos rasgos compartidos entre los escritores y las sociedades de toda Centroamérica, entendida y extendida desde el sur de Guerrero hasta el norte de Panamá.

En un texto publicado por la revista *Otros Diálogos* de El Colegio de México,¹² planteo ciertos temas centrales, elementos simbólicos y rasgos identitarios que configuran geoliterariamente la Centroamérica mexicana, la cual he llamado “Centroaméxico”: una larga tradición literaria de carácter testimonial; el inframundo-Xibalbá; la ceiba (y otros árboles colosales) como *axis mundi*; la omnipresente marimba y su folclor; el maíz y los mitos de origen meso-centroamericanos; la *poética del machete* (herramienta ancestral y elemento simbólico constante de gran relevancia en la literatura de Centroamérica, la cual he denominado con un constructo creado *ex profeso* para intentar definirla: “machética”); las lenguas originarias binacionales compartidas entre Guatemala y Chiapas (akateko, chuj, jakalteko/popti’, kaqchikel, k’iche’, mam, q’anjob’al) y en-



©Yavheni de León, *Asamblea*, detalle del políptico de hoja de maxán (bijao), 2022. Cortesía del artista

¹² Balam Rodrigo, art. cit.

tre Campeche y Quintana Roo con Belice (ixil, q'eqchi); y la presencia del voseo dialectal centroamericano.

A los anteriores rasgos y confluencias identitarias comunes al sur de México y Centroamérica debo sumar los propuestos por Otto Schumann: los mitos y la religión de los pueblos originarios del Pacífico de Guerrero hasta Guatemala (culto a la gran serpiente; mujeres nahuales asociadas a ceibas y amates; la relación de origen asociada a los árboles); las semejanzas de los textiles entre mayas tsotsiles, q'eqchi's, k'iche's y los mixtecos y totonacos; el consumo de la bebida conocida como pozol (masa de maíz blanco cocido sin cal, a la que se pueden agregar pasta de cacao, chile, azúcar, especias e incluso dejarse fermentar) en un área que va de Veracruz, Oaxaca (tejate), Guerrero (chilate), Chiapas, Tabasco, Quintana Roo, Yucatán y Campeche, hasta Belice y Guatemala (pozol o chilate); la similar preparación y consumo de yuca y camote entre pueblos mayas y mixtecos.¹³

En cuanto al registro de otras migraciones prehispánicas de norte (México) a sur (Centroamérica), debemos incluir el mítico viaje que realizaron los antiguos mè'phàà desde Guerrero hasta la costa del Pacífico en Nicaragua, el cual, según sus mitos, dio origen al pueblo sutiaba o sindio.¹⁴ Ambas lenguas, mè'phàà y sutiaba, pertenecen a la familia lingüística otomangueana, presente en el sur de México desde hace 4 mil años y alguna vez también en Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, aunque en estos países se extinguió en-

tre los siglos XVII y XX. Si bien no he podido abundar aquí en cuanto a la identidad caribeña mexicana-centroamericana o, mejor dicho, a las diversas identidades geoliterarias caribeñas no insulares, es pertinente reconocer la histórica y existente impronta identitaria beliceño-caribeña en la literatura y en la sociedad de Quintana Roo y, a su vez, la influencia quintanarroense en Belice.

Identitaria y culturalmente, los mexicanos que nacimos en Chiapas y en otros estados de la frontera sur del país somos tan centroamericanos como los otros centroamericanos que habitan desde Guatemala hasta Panamá (o viceversa). Espero que mi propuesta de incluir al menos a Chiapas como parte inamovible del cuadrángulo norte de Centroamérica pueda hallar eco. Finalmente, hago propia la declaración de principios e intenciones centroamericanistas del escritor qato'k Wilber Sánchez Ortiz, originario de Tuzantán, Soconusco, Centroamérica:

Nos querían bien mexicanos y nos condenaron a evadir nuestra más férrea centroamericanidad. Se nos despojó de la lengua, del vestido, del voseo, y fue hecho a fuerza de burlas, golpes, multas [...]. Por ello, en Tuzantán decir "vos" como sinónimo de "tú" es homenajear a quienes se revelaron y no desistieron de su lengua. Así, el [chiapaneco] que nos habla de vos nos invita a un acto de rebeldía.¹⁵

**Jovel, Altos de Chiapas,
Provincia de Centroamérica** 

¹³ Otto Schumann, "Camino culturales mesoamericanos", *op. cit.*, pp. 227-230.

¹⁴ Hubert Matiúwàa, *Xó nùtè jùtà xàbò mè'phàà / El cómo del filosofar de la gente piel*, Gusano de la Memoria Ediciones, Acatepec, Guerrero, 2022.

¹⁵ Wilber Sánchez Ortiz, *Los tuzantecos*, CONECULTA, Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 2022, pp. 14-16.



EL NIÑO DE HOLLYWOOD

SELECCIÓN

Juan José Martínez y Óscar Martínez

En los años setenta, los salvadoreños llegaron en masa al sur de California.

No ocurrió como una migración paulatina, uno a uno, familia por familia. Fueron montones tras montones. Los salvadoreños huían, no migraban, y eso se hace así. Con lo poco que podés coger en una noche y sin saber exactamente a dónde llegarás. No era tan importante llegar, sino dejar de estar.

Casi ninguno de los miles de salvadoreños que llegaron en el segundo lustro de los años setenta hablaba inglés. Eran pocos los que tenían familia allá. La mayoría se concentró en el sector Pico-Union, donde había apartamentos baratos. Se apretujaron hasta cuatro familias en cajas de fósforos.

Muchos de estos migrantes eran chicos muy jóvenes que ya habían conocido la guerra en persona. Los procesos de reclutamiento de El Salvador no tenían que ver con una carta que llegaba a tu casa el día que cumplías la mayoría de edad, como sucedió con los chicos norteamericanos durante la guerra de Vietnam. No. En El Salvador era una carcería. Los camiones del Ejército entraban a los barrios pobres y una jauría de soldados con lazos atrapaban a niños y adolescentes que luego eran rapados, entrenados brevemente y enviados a matar y morir en las montañas.

En esas montañas vivía la guerrilla. Una guerrilla muy entrenada que también reclutaba niños y adolescentes. Un buen número de estos jó-

venes guerreros, luego de ver la muerte de cerca, escaparon hacia California. Una red de recién llegados se fue creando en ese estado. Unos empezaban a atraer a otros. La masa convirtió a California en la tierra prometida.

Los Ángeles (LA), la ciudad a la que llegó la mayoría, era todo menos un sitio pacífico donde echar raíces tranquilamente. Otra guerra se libraba ahí, una que casualmente peleaban también los jóvenes.

Los chicos salvadoreños que entraron a las escuelas vivieron el infierno.

No hablaban inglés y fueron casi todos puestos en clases especiales que pretendían nive-

larlos. Pero no era solo el idioma el problema. Probablemente estos chicos podrían armar un M-16 sin dificultad, o diferenciar el sonido de un helicóptero de rescate del de uno de combate en la lejanía y el eco de la montaña. Pero no tenían idea de quién fue Abraham Lincoln ni qué sucedió en el Álamo en 1836. Sabían el secreto de las raíces que podés comer si se terminó tu ración y seguís en combate, pero no sabían nada de una raíz cuadrada.

Si las clases ya eran un tormento para los confundidos salvadoreños, los recreos fueron una verdadera pesadilla. Los demás chicos jugaban béisbol, fútbol americano o four corners, juegos que ellos no entendían. Otros —algunos



Leonard Nadel, *Braceros Walking in Field*, 1956. National Museum of American History ©

de migraciones anteriores, como los mexicanos— se organizaban en grupos, peleaban y tenían un complicado sistema de símbolos con las manos. Eran miembros de algo hasta ese momento desconocido para los salvadoreños: pandillas. Las había de todo género. La mayoría estaban formadas por mexicanos o descendientes, y sin embargo se agredían todo el tiempo, como una especie extraña de juego serio en donde algunos terminaban muertos. Los baños y los pasillos de las escuelas estaban tatuados con símbolos indescifrables que marcaban la presencia de tal o cual pandilla. La salida de las escuelas, el regreso a casa, era un caos. Debían saber por dónde caminar o podrían pasar por un espacio prohibido y ganarse una paliza. Estos pandilleros vieron en los recién llegados a las víctimas perfectas.

Sin duda fue la fuerza del rechazo y de la violencia la que hizo que se juntaran los recién llegados. Caminaban juntos. No entendían LA y la ciudad no los entendía a ellos. Sin embargo, la ciudad guardaba un secreto que los deslumbraría.

AC/DC, Slayer, Black Sabbath... Heavy metal. Música fuerte, dura, tan distinta a las rancheras y las baladas que sonaban en los pueblos salvadoreños. Aquellas irreverentes tonadas sonaban en los barrios bajos de los migrantes y, aunque no siempre sus letras, los jóvenes entendían la euforia que se desprendía de los bajos afinados en su más grave expresión. Por fin entendieron algo dentro del gran caos que para ellos significó Estados Unidos. En esos decibeles frenéticos y oscuros del heavy metal encontraron una forma de desahogo. En-



Rastro de sangre tras el asesinato de un policía a manos de miembros de la Mara Salvatrucha en el barrio de Soyapango. San Salvador, El Salvador, 2017. Fotografía de ©Heriberto Paredes. Cortesía del artista

Para diferenciarse de una vez por todas de cualquier otro grupo, confeccionaron un nombre: La Mara Salvatrucha Stoner o MSS.

tendieron, al fin, uno de los lenguajes que la ciudad hablaba.

Todo vale madres cuando frente a un escenario o a un radio viejo, en un callejón de Pico-Union, te podés entregar a la pasión y reventarte en un torbellino de patadas y pescozones. El movimiento metalero, sobre todo ese con letras oscuras, con narrativas satanistas, fue arrasador entre la comunidad de salvadoreños jóvenes. Por fin empezaron a identificarse con algo. Los pelos largos, las cadenas de metal, las botas negras se volvieron signos de identificación.

Para 1979 entre los salvadoreños se había consolidado una gran cantidad de grupos que giraban en torno al heavy metal y el satanismo. Se les conocía como "stoners". En realidad era todo un movimiento. Muchos grupos se hacían llamar "stoners".

Los salvadoreños, para diferenciarse de una vez por todas de cualquier otro grupo, confeccionaron un nombre: La Mara Salvatrucha Stoner o MSS.

El nombre nos remite de nuevo a la gran farándula. En los sesenta llegó a Centroamérica una película llamada *Cuando ruge la marabunta* (Byron Haskin, 1954). El film lo protagonizó Charlton Heston. Es la adaptación de un cuento del alemán Carl Stephenson, escrito en 1938. La historia trata sobre un hacendado cuyo patrimonio en el Amazonas es devorado por millones de hormigas furiosas. El éxito de la película fue grande y caló hondo en una sociedad salvadoreña en extremo provinciana, en donde estas pequeñas ventanas al verdadero Occidente marcaban época. Caló tan fuerte que creó lenguaje. El salvadoreñismo "majada", que hacía referencia coloquial a cualquier grupo de personas, fue sustituido por "marabunta" o solamente por "la mara". Al principio, no

tenía ninguna connotación criminal. El apellido "salvatrucha" fue un gentilicio acuñado para los salvadoreños en 1855, durante la guerra de los centroamericanos contra los filibusteros del estadounidense William Walker.

La Mara Salvatrucha Stoner era todo menos un grupo organizado.

Se trataba de pequeñas células autónomas, con algún grado muy bajo de relación entre sí. Pero, a diferencia de los demás grupos juveniles stoner, nunca fueron inocentes. Se volvieron fanáticos de las letras satanistas de los grupos de heavy y black metal. El juego adolescente fue tomado en serio. Se reunían en cementerios para tener sus pactos con La Bestia. En esos años de finales de los setenta, no era descabellado encontrar a los mareros stoner partiendo gatos, haciendo pactos de sangre e invocando a Satanás sobre las tumbas de los cementerios públicos de la zona de Pico-Union.

En estos primeros años nació la idea de La Bestia. Al principio, provino de algunos títulos del heavy metal, como "The Number of the Beast" de Iron Maiden, y estaba ligada al fanatismo musical. Pero luego aquello se volvió polisémico, significó mucho más. La Bestia pasó a ser para los primeros mareros sinónimo de la pandilla misma, pero también era donde habitaban los pandilleros caídos en combate y aquellos que eran asesinados por la pandilla. Como el Valhalla de los antiguos vikingos, La Bestia es una especie de morada para almas guerreras. Y, como el Huitzilopochtli de los mexicas, es un ente que pide sangre.

Los tiempos en que los refugiados salvadoreños padecían a las pandillas mexicanas

o chicanas en las escuelas empezaban a difundirse. Los miembros de la MSS se convertían en matones y esperaban ansiosos las provocaciones. La unión los hizo fuertes.

La Mara Salvatrucha 13 contó, en los primeros años de los ochenta, con padrinos. Dos padrinos rudos. A la distancia de la historia todo parece inverosímil, extraño. Estos padrinos no saben que lo fueron y se asombrarían ahora mismo de ver el monstruo que formaron. El primero se llamó Ronald Wilson Reagan. El segundo, 18th Street Gang o Barrio 18.

En 1981, tras un año de desatada la guerra salvadoreña, llegó Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos. Era un exguapetón de Hollywood que se hizo famoso en su juventud por romper corazones y lidiar con violentos vaqueros en el cine dramático de los años treinta y cuarenta de la Warner Bros. Creció en Los Ángeles y fue gobernador del frondoso y rico estado de California. Se esperaba fuerza en su periodo presidencial. Su antecesor, el demócrata Jimmy Carter, fue acusado de tener una política exterior muy floja con respecto al avance del comunismo en América Latina. Así que Reagan planeaba comportarse como su personaje George Custer en *Santa Fe Trail* (Michael Curtiz, 1940), barriendo la escoria que amenazaba el estilo de vida del norteamericano común, tanto fuera como dentro de las fronteras del país. Con Centroamérica fue especial. Llenó de armas y asesoría militar al general Efraín Ríos Montt, el dictador guatemalteco acusado de decenas de masacres a indígenas. En El Salvador, a pesar del magnicidio de Monseñor Romero (el 24 de marzo de 1980), apoyó el régimen militar enviando armamento y financiando la creación de los cinco bata-

llones élite que pelearían contra la guerrilla. Fue como lanzarle un cigarro a una bola de heno seco. Apocalipsis. La guerra llegó a una intensidad tal en El Salvador que terminó expulsando a miles hacia fuera. La mayoría huyó hacia Los Ángeles, California, a incrementar la masa humana de salvadoreños que ya había salido del país en el último lustro de los setenta, cuando la guerra estaba en el horizonte próximo.

Carne nueva y agresiva para engordar a la Mara Salvatrucha, La Bestia.

Esta masa de nuevos refugiados y desertores se topó con el segundo pilar de la presidencia de Reagan en su política interior: "las drogas son el enemigo número uno", solía repetir en sus discursos. Esto tomaría más fuerza en California, donde gobernó durante cinco años.

Para 1982 las bandas y pandillas latinas dedicadas al narcomenudeo fueron perseguidas como prioridad. De remate, se avecinaban los Juegos Olímpicos de 1984 en Los Ángeles, una oportunidad más para lucirse en esa disputa velada entre las dos grandes potencias mundiales de la Guerra Fría. Las calles debían estar limpias de escoria, y la escoria debería permanecer en los penales.

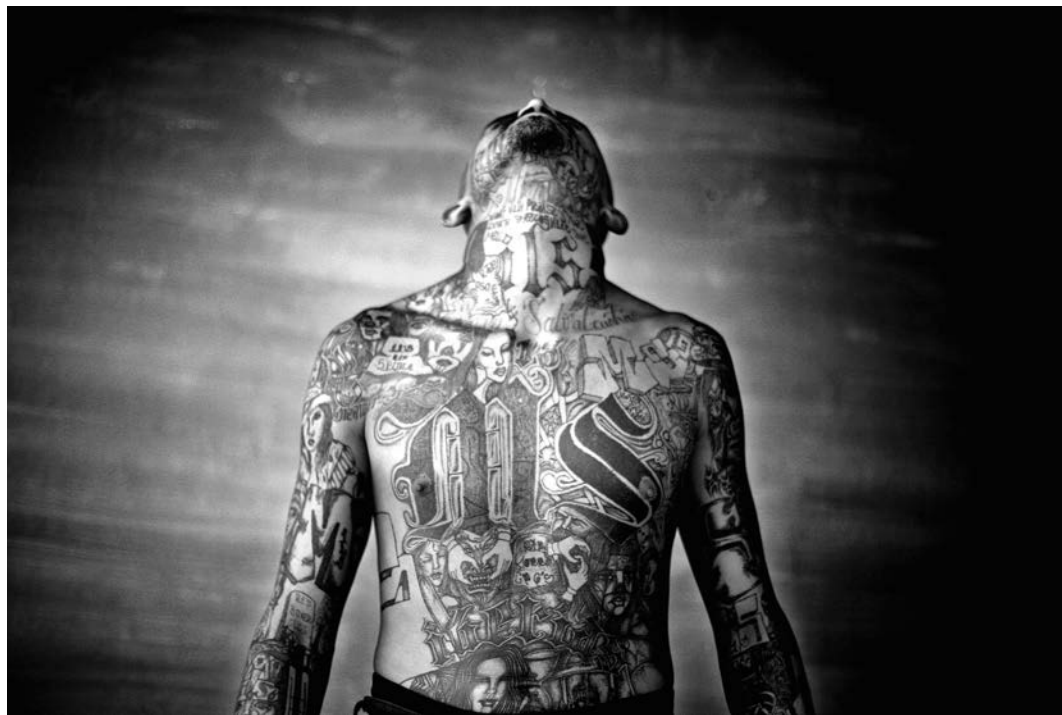
Cientos de líderes pandilleros fueron apresados. Pandillas enteras fueron desarticuladas. El ecosistema complejo de las grandes fieras pandilleras se vio trastocado por la nueva política estatal. La Mara Salvatrucha Stoner, los roqueros que se hacían pandilla, aprovechó este hueco. Reagan les abrió un espacio. Por un lado, abrió un flujo constante de miembros, cada vez más fieros y adiestrados, que llegaba desde El Salvador; por el otro, les apartó enemigos más poderosos de las calles. Con un padrino tan dadivoso, crecer fue cuestión de tiempo para La Bestia.

Pero los mareros de la MSS aún eran muy salvajes. Si bien habían entendido el sound-track, aun no entendían la trama y el argumento de la ciudad.

Eran una hueste sin ley. Tomaban lo que querían, caminaban cruzando territorio enemigo, confiando en los machetes y las hachas que llevaban debajo de los pantalones abultados. Desafiaban a quien fuera. Cada cierto tiempo llegaba huyendo de El Salvador algún joven desertor, de la guerrilla o el Ejército, y era recibido con alegría, como un héroe. Estos les enseñaban formas nuevas de pelear, de emboscar a los enemigos. Conocieron de estrategia y eran rudos como pocos hombres en el mundo, como ningún pandillero chicano podía serlo en aquellos años. El entrenamiento contrainsurgente que Reagan patrocinó a las

fuerzas militares de El Salvador terminó enriqueciendo las habilidades de la MSS.

Pero seguían sin entender la ciudad. La complejísima guerra que libraban los chicanos o mexicoamericanos entre sí era un misterio no revelado para los mareros. Hasta cierto punto, era comprensible la lucha contra las pandillas de negros, las prodigiosas confederaciones pandilleriles Bloods y Crips. Los mareros entendían por qué los chicanos peleaban con los negros. Eran diferentes, y esa era una razón suficiente en la fiesta de la violencia. Entendían por qué ellos, centroamericanos llegados a un territorio ya conquistado, eran repelidos por los chicanos, pero no comprendían por qué estos se machacaban entre sí, para luego unirse, separarse y volver a unirse en un frenesí de alianzas y enfrentamientos de apariencia caó-



Chalatenango, El Salvador, 2007. Fotografía de Moises Saman. Flickr ©

tica. Igual que el béisbol y el intrincado four corners, este juego era un profundo secreto que la ciudad aún se negaba a revelarles. Eran todavía lo que está entre una pandilla californiana y un grupo de amigos violentos.

En su obra, el antropólogo Abner Cohen retoma un proverbio de campesinos árabes para explicar el sistema de alianzas y agresiones, resumió todo en una frase que bien puede aplicarse para entender el sistema de las pandillas hispanas de un siglo después: "Yo contra mi hermano; mi hermano y yo contra mi primo; mi primo, mi hermano y yo contra el extraño".

A los mareros de la Mara Salvatrucha Stoner los conflictos con otras *party gangs* y pequeños grupos cuasi pandilleros les empezaron

a quedar pequeños. Estaban pasando a otras ligas. En una zona del este de LA, una pandilla llamada La Raza Loca quiso hacer frente a esos chicos de pelo largo y ropas negras que llegaron en manada al vecindario. Fue un error. Los que salvaron la vida fueron los que huyeron. En otra parte, cerca del Valle de San Fernando, una pandilla completa fue emboscada dentro de una fábrica abandonada. Los emeese (MS) usaron una técnica propia de los batallones contrainsurgentes creados por Reagan. Los mareros los apalearon toda la noche, y luego los obligaron a incorporárseles. Los mareros de la zona de Lafayette se llevaron a algunos; los de la zona de Veranda, a otros; los de Leeward, también; y no se quedaron atrás en la garduña humana los mareros del boulevard Hollywood. Todas estas células querían



Ver, oír y callar, la principal ley de la pandilla Mara Salvatrucha en los territorios que controla en Centroamérica. San Salvador, El Salvador, 2017. Fotografía de ©Heriberto Paredes. Cortesía del artista

engordar sus filas para ser más fuertes dentro del esquema sureño. Para ganar más batallas había que tener más soldados.

Poco a poco, los mareros fueron entrando a los penales californianos. Ahí se dieron cuenta de que, si bien en la calle eran muy bravos, en la cárcel eso no importaba. No tenían alianzas firmes con ninguna pandilla sureña, a excepción de lo que quedaba de la amistad con el Barrio 18, y no se habían incorporado formalmente al sur. O sea, no tenían protección de la Mexican Mafia. Tuvieron que soportar las vejaciones de otras pandillas sureñas, y pelearon solos, perdiendo casi siempre, contra las pandillas negras en los pasillos, patios y yardas de todo el sistema penitenciario de California, aunque ahora les cueste admitirlo.

Sin más remedio, fueron aceptando el número 13 al final de su nombre,¹ y poco a poco olvidando su pasado como roqueros satánicos. Para 1983 la pandilla estaba de lleno en el sistema sur, con el ahora celeberrimo nombre de Mara Salvatrucha 13. La MS-13, en la práctica, ya se comportaba como una pandilla sureña, a pesar de que fue oficialmente nombrada como pandilla sureña hasta una década después.

—Los que salían de la cárcel ya no venían como nosotros —dice un veterano de esos años—. Ya ellos no venían con el pelo largo y de negro. Venían saliendo ya “cholos”, cabezas rapadas, pantalones flojos y camisas blancas de centro, aretes, ya con tatuajes de cárcel. Otra cosa, pues. Ellos ya no escuchaban black o death metal. Ya era una cosa más así, chicana, cholos, sureños, pues.

Pero en la Mara Salvatrucha las cosas se cierran con sangre. El pasado extrañamente romántico de la MSS, sacando cuerpos de los cementerios, robando lápidas al son del furioso heavy metal, debía quedar sepultado.

A finales de 1985 en un callejón entre la Calle Seis y la avenida Virgil, unos *hommies* de la pandilla Craizy Riders 13 machacaron a batazos a un emeese. El chico, como un resabio del reciente pasado stoner que tanto furor causó entre los salvadoreños, llevaba un nombre oscuro: el Black Sabbath. Murió en el hospital, ante los ojos llorosos de sus *homeboys*. Fue el primer *hommie* que tuvieron que llorar. Con esto pagaron su cuota de entrada, su cuota de sangre. Los stoner habían muerto, y la Mara Salvatrucha 13 entraba sangrando al sistema sureño. Ahora ya tenían un muerto que vengar, una moneda con la cual jugar el juego sureño.

Estos relatos los cuentan hombres y mujeres que los vivieron en carne propia. En su mayoría ya no están ligados a la pandilla más que por un lazo emotivo o a través de viejas amistades. Cuentan parte de su vida en cafés populosos del centro de San Salvador o entre llantos y cervezas en una barra show en Dallas, Texas. Ya no son miembros de la Mara Salvatrucha 13, pero lo fueron, y cuando hablan de ella lo hacen como quien habla de su familia, con respeto. Algunos son maestros en escuelas primarias, otros son plomeros, hay quienes se dedican a predicar las virtudes de Dios desde sus iglesias pentecostales en los barrios olvidados de San Salvador o Ciudad de Guatemala. Solo piden que, a cambio de revelar sus secretos, no se revele el de ellos. Sus nombres no se dirán nunca en estas páginas. **U**

¹ Lo del 13 resulta del concilio todopoderoso de la Mexican Mafia. La M es la decimotercera letra del abecedario. Por tanto, las pandillas hispanas usan el número 13 en sus nombres, señalando que son parte del sistema sur.

Oscar Martínez y Juan José Martínez. *El Niño de Hollywood. Cómo Estados Unidos y El Salvador moldearon a un sicario de la Mara Salvatrucha 13*, Random House, CDMX, 2018, pp. 18-58. Se reproduce con el permiso de los autores.

POEMA

CANCIÓN DE CUNA PARA UN PAÍS SUELTO EN LLANTO

Gioconda Belli

¿DÓNDE ESCONDO ESTE PAÍS DE MI ALMA

para que nadie más me lo golpee?
Nicaragua herida sangra lodo
por las llagas abiertas de su corazón
¿Quién te sanará país pequeño?
¿Quién te protegerá?
¿Quién después de la cólera y el trueno
te cantará una canción de cuna para apaciguarte
para que volvás a tener fe
y te alcés sobre verdes montañas
a divisar el horizonte?
Mi tierra de fuego y agua
hablaste con voz ronca de país endiablado
Shhhhhh, callate ya paisito cansado de llorar.
¿Quién le canta una canción de cuna a Nicaragua?
Empecemos. Hagámoslo todos,
hagamos la claridad
en este nuestro país
suelto en llanto.
Dormite, Nicaragua
Dormite, mi amor
Dormite, paisito
de mi corazón.

NICARAGUA

Tantas veces me he propuesto olvidarte
como si fueras un amante cruel de esos que le cierran a uno
la puerta en las narices
o uno de aquellos que cuanto más se aman
más olvido prodigan
pero nada de lo que hago lo consigue
viene el verdor la lluvia el viento
el revoloteo de los papeles en las calles
el roble derramando sus flores como cáscaras de seda en las aceras
el rostro del chavalo con el trapo
su sonrisa que cruza y trasciende la pobreza
viene el atardecer sobre el perfil puntiagudo del volcán a lo lejos
las nubes derramando pintura roja y púrpura sobre el cielo
el hablar deslenguado rápido juguetón de la gente
y todo lo que maldigo y desdigo de vos se me deshace
y me irrumpe el amor como si me corrieran caballos en el pecho
y te contemplo atravesada de ceibos y cortesés
de madroños caobas y palmeras
y te amo patria de mis sueños y mis penas
y te llevo conmigo para lavarte las manchas en secreto
susurrarte esperanzas
y prometerte curas y encantos que te salven.
Palabras digo puesto que son ellas la argamasa de mi vida
y a punta de palabras te imagino una y otra vez renacida
genial, despojada de cuanta polilla te corroe día a día los
cimientos.
Arranco de tu pelo a los que te venden te roban y te abusan
te cuento cuentos en la esquina de mi almohada
te arropo y te tapo los ojos
para que no veas los verdugos que llegan a cortarte la cabeza.
Tierra
Paisaje
Yo moriré
Morirán mis angustias
pero vos seguirás
anclada en el mismo lugar
acurrucando mis memorias
y mis huesos.





EL PURGATORIO

Guido Bilbao

Al leer cualquier noticia sobre la región del Darién siempre se cae en los mismos tópicos: la frontera entre Panamá y Colombia es el único lugar entre Alaska y Ushuaia donde la carretera Panamericana se interrumpe por un bosque tropical donde se pueden encontrar siete de las diez serpientes más venenosas del planeta, un calor de muerte, árboles gigantes, mosquitos grandes como arañas y arañas grandes como monos, monos aulladores y jaguares noctámbulos; un lugar sin ley ni gobierno donde los traficantes se sienten en casa: drogas, armas, maderas preciosas, tráfico de personas, minería ilegal; en pocas palabras, una selva traicionera y maldita. Como si se tratara de un Lejano Oeste en el siglo XXI o una Siberia tropical, la idea del Darién salvaje ha crecido desde tiempos inmemoriales.

La construcción de este mito negro sobre el Darién comenzó con el explorador y conquistador Vasco Núñez de Balboa, que lo atravesó hasta llegar al mar del Sur, actualmente llamado océano Pacífico. Los españoles nunca pudieron dominarlo del todo. Los escoceses, por su parte, pretendieron establecer una colonia comercial a finales del siglo XVII, pero la iniciativa acabó en sufrimiento y muerte. Más tarde, en el siglo XIX, unos holandeses intentaron un proyecto minero, pero fueron devorados por la selva. En los años sesenta, Estados Unidos estuvo a punto de partirlo en dos con energía nuclear con la idea de construir un

Puerto Indio, región del Darién, 2019. Fotografía de ©Alexander Arosemena.

◀ Cortesía del autor

segundo Canal de Panamá que al poco tiempo abandonaron ante las dificultades que ofrecía el territorio.

Esta imagen del Darién se actualizó y se volvió viral en los últimos años debido a las historias de los migrantes que, con todos los caminos cerrados, no encuentran más opción que animarse a atravesar la selva como parte de su largo andar hacia Estados Unidos. Solo en 2022 cruzaron más de 250 mil personas. Periodistas de todos lados llegan a esta pequeña Amazonía a contar siempre lo mismo: lo terrible que es pasar por aquí.

La primera vez que visité el Darién fue en 2003. Tenía 27 años y acababa de mudarme a Panamá desde Argentina. Preparé el viaje como si fuese a la guerra. Carpas anticulebras, botiquín completo, hamacas herméticas. Al fi-

nal, no pude pasar el control policial a la entrada de la provincia. No lo sabía, pero para entrar al Darién se necesita un permiso especial si eres extranjero.

La segunda vez, en 2005, fue por casualidad: llegué a mi trabajo en el diario *La Prensa*, en la Ciudad de Panamá, y el vicedirector me dijo:

—Guido, te alquilé un helicóptero, desbordaron los ríos y Yaviza está bajo el agua. Vete de una vez.

A los cuarenta minutos volaba dentro de una pequeña cápsula de vidrio sacudida por el viento y la lluvia que no se detenían. Una semana de tormentas imposibles había hecho crecer los ríos de tal manera que algunos cauces se juntaron y pueblos enteros quedaron inundados. Desde el aire se veía un espejo de agua marrón, salpicado por árboles aquí y allá.



Puerto Lara, región del Darién, 2019. Fotografía de ©Alexander Arosemena. Cortesía del autor

**Como en un arrebatado
decolonial, había ahí un
Nobel de Literatura que
se rendía ante la potencia
narrativa de los cuentacuentos.**

Encontramos un claro para aterrizar. Bajé de la aeronave y vomité. Estaba en eso cuando una señora comenzó a gritarme:

—¡Ven para aquí, que está lleno de veinticuatro!

Me acerqué al pequeño toldo donde estaba la mujer, un poco pálido y tambaleante, sin saber de qué me hablaba.

—Son culebras, las llamamos “veinticuatro” porque si te pican, te matan en 24 horas.¹ Toma un poco de agua, te veo mal.

Hicimos entrevistas y fotos; a la hora, el piloto me dijo que debíamos regresar de inmediato porque el tiempo se estaba poniendo chungo.

Durante mi estancia me sorprendió que la gente contara las tragedias entre risas. Desde aquella ciudad, ubicada en la provincia de Darién, se narraba algo parecido al fin del mundo. Sabían que habría hambruna, que la luz no volvería en mucho tiempo, que las cosechas del año estaban arruinadas sin remedio. Sin embargo, no perdían ni la calma ni la alegría. El mito negro no habla de la gente que vive allí.

El Darién regresó a mí algunos años después, una mañana de 2008.

—¿Leíste esto? —me preguntó Cris, mi esposa, que tiene costumbres aristocráticas como leer el discurso de aceptación de un premio Nobel de Literatura (ese año el ganador fue el francés Jean-Marie Gustave Le Clézio) mientras se prepara un café a las ocho de la mañana.

—Escucha —dijo, y empezó a leer las palabras de Le Clézio:

Esto fue hace casi treinta años, en la región de Centroamérica conocida como El Tapón del Da-

rién. [...] Aterricé allí por casualidad, y quedé tan fascinado por esta gente [los emberá y los wounaans] que permanecí durante varios periodos a lo largo de tres años. [...] Como todos los bosques verdaderos, este era particularmente hostil. [...] Debo decir que los emberá fueron muy pacientes conmigo. Estaban muy divertidos con mi rareza, y creo que hasta cierto punto yo estaba dispuesto a pagarles con entretenimiento lo que ellos me compartían en sabiduría.²

—¿Y qué es? —la interrumpí— ¿Un francés payaseando en la selva?

—Ten paciencia, escucha.

Le Clézio entonces se internaba en un análisis de las costumbres indígenas, explicando cómo el arte no tiene sentido en el bosque, que se lo engulle todo. Observaba que los pueblos del Darién no tienen ninguna palabra para lo que Occidente llama “arte”, ni pintan lienzos ni venden cuadros, sino algo mucho mejor: el arte es la vida misma. Se pintan los cuerpos, elaboran canastas, herramientas de trabajo; conciben la belleza como algo concreto. Le Clézio confesaba lo que pocas veces un europeo se atreve. Como en un arrebatado decolonial, había ahí un Nobel de Literatura que se rendía ante la potencia narrativa de los cuentacuentos. Presentaba a Elvira, una mujer emberá que era conocida a lo largo de todo el bosque por sus habilidades para narrar. “Rápidamente me di cuenta de que ella era una gran artis-

¹ El nombre científico de esta especie es *Bothriechis schlegelii* [N. de los E.].

² El discurso de Le Clézio, titulado “In the forest of paradoxes” y pronunciado el 7 de diciembre de 2008, se puede leer completo en <https://n9.cl/2py7q> [N. de los E.].

ta, en el mejor sentido del término". Hablaba del timbre de su voz, del ritmo de sus manos golpeando contra su pecho, contra su collar de monedas plateadas y, encima de todo, una suerte de trance rítmico que ejercía poder en aquellos que lo presenciaban, sobre todo en él mismo.

Ella era poesía en acción, teatro antiguo, y la más contemporánea de todas las novelas al mismo tiempo. Como si en su canción cargara el auténtico poder de la naturaleza, y esto era seguramente la más grande paradoja: que este lugar aislado, este bosque, tan lejos como podía imaginarlo de la sofisticación de la literatura, era el sitio donde el arte había encontrado su más fuerte, su más auténtica expresión.

—Y presta atención a esto —me dijo Cris, al borde de las lágrimas—: "Es a ella, a Elvira, a quién dedico el premio que la Academia me ofrece".

Nos miramos y quedamos en silencio. Dijimos casi al unísono:

—Hay que encontrarla.

Pero resultó que nacieron nuestras hijas y la vida nos fue llevando en otra dirección. Sin embargo, la idea de buscar a Elvira nunca nos abandonó. En 2012 viajé un fin de semana con mi hija Leire, de 3 años, a Piriati, una comunidad emberá en la entrada del Darién, sobre la carretera, para preguntar sobre Elvira. Nadie sabía nada. Recibieron a mi hija como si fuera familia. Raquel Cunampio y sus hermanas la vistieron con una Paruma —la falda tradicional— y luego la pintaron. Leire estaba encantada. Algo de la infancia permanece latiendo aquí y nos permite a nosotros, tan fríos y modernos, recuperarla. Mientras las miraba rayar un fruto, hervirlo, conseguir la tin-

ta y luego pintar a mi hija, recordé las palabras de Le Clézio: "el sitio donde el arte había encontrado su más fuerte, su más auténtica expresión".

No fue sino hasta 2016 que logré regresar al Darién. El auge del consumo de maderas preciosas en la industria de los muebles de lujo de China había empujado la deforestación a niveles nunca vistos. El cocobolo, una especie local de caoba, apareció en el tercer puesto de un ranking sobre calidad de madera que publicó el gobierno chino y las topadoras no tardaron en llegar en tropel a la región. Las comunidades indígenas estaban en pie de lucha frente al avance de los madereros ilegales que arrasaban el territorio con la complicidad —o desidia— de los gobiernos panameños. Logré conseguir financiación del Pulitzer Center para realizar una investigación sobre la resistencia indígena al avance extractivista.

Secretamente, quería encontrar a Elvira.

Llegamos a Puerto Lara, una comunidad wounaan en la entrada del Darién. Allí las autoridades comunitarias, con el apoyo de Futuro Nativo,³ desarrollaban un novedoso programa de observación de aves, capacitando a la comunidad en su monitoreo; una forma de medir la salud del bosque. El viaje programado era largo: visitaríamos más de ocho comunidades.

No había pasado un día y el Darién volvió a mostrar sus garras. O simplemente fue mi torpeza. Lo cierto es que, jugando con unos niños en una casa mientras esperábamos el desayuno, hice una pirueta extraña buscando sus risas y resultó que conseguí sus carcaja-

³ Futuro Nativo es una organización sin fines de lucro que apoya a comunidades indígenas para que preserven y compartan sus tradiciones y prácticas culturales en países como Costa Rica, Brasil y Perú [N. de los E.].



Avisadores de aves del pueblo Wounaan. Fotografía de ©Alexander Arosemena. Cortesía del autor

das: una de las tablas del suelo de la casa elevada cedió y, como en los dibujos animados, una de mis piernas cayó en el agujero hasta que mi rodilla quedó trabada entre las maderas rotas. No me rompí nada, pero ya no podía caminar. Mientras el resto del equipo siguió el viaje como estaba previsto, yo permanecí prostrado en Puerto Lara al cuidado de los avisadores de aves. Era la tercera vez que el Darién me rechazaba.

Fue una semana larga. Una señora, la parte-
ra, cada tres horas me colocaba hojas calientes de consuelda,⁴ a la que los wounaan llaman “solda con solda”.

—Si el hueso se rompe —explicaba riendo—, la planta lo solda.

Busqué al hombre más anciano de la comunidad para preguntarle por Elvira. No sabía nada. Pero Palo Liso, así se llamaba, me con-

tó otra historia, la del kokorrdit: una pequeña ave que en la mitología wounaan fue la encargada de enseñarle la danza a los seres humanos. Me lo dijo así:

Quando el primer hombre llegó a la tierra, se encontró con el kokorrdit y con un ñeque.⁵ Mientras el kokorrdit bailaba y cantaba, el ñeque imitaba su canto con una flauta. El hombre empezó a imitar sus movimientos. El kokorrdit nos dio la danza y el ñeque la música. Y todos fueron una gran familia.

Las danzas tradicionales wounaan imitan a distintos animales y los niños las aprenden a través de la observación. Es una comunión entre el hombre y la naturaleza que se remonta a miles de años. Se danza para celebrar, para curar, como ritual y también como fiesta. Pero

⁴ El nombre científico de esta planta es *Symphytum officinale* [N. de los E.].

⁵ El ñeque o agutí centroamericano es una especie de roedor, cuyo nombre científico es *Dasyprocta punctata* [N. de los E.].



Migrantes en tránsito hacia el norte del continente atraviesan el Tapón del Darién, 2023. Fotografía de ©Pedro Anza. Cortesía del artista y Cuartoscuro.com

entonces llegó Jairo, el jefe de los avistadores, con sus largavistas colgando del cuello, y dijo:

—Lo que está sucediendo es que por la deforestación ya no vemos al kokorrdit. Y si los niños no los ven, no pueden aprender las danzas. Nuestra cultura está en peligro. Así que estamos organizado una expedición para ir a buscarlo a las montañas.

No dije nada, pero supe que allí había una película. Abandoné a Elvira y abracé al kokorrdit.

Volví al Darién al finalizar la pandemia. Tardamos cinco años, junto a Elio Barrigón y María Neyla Santamaría, en desarrollar el proyecto de un documental (*El viaje del Kokorrdit*) que se estrenará pronto y que realizamos en conjunto con el Congreso Wounaan. El día antes de viajar, entré en pánico. Un miedo profundo y antiguo se apoderó de mí. El recorrido que íbamos a hacer, atravesando el Darién de punta a punta hasta Colombia, nos llevaría un mes. Haríamos el camino inverso de los migrantes, no en busca del futuro, sino del pasado. Contaba con el apoyo de las comunidades

indígenas y con su guía. Pero siempre me había ido muy mal en el Darién. ¿Por qué me empecinaba en volver?

La película sigue los pasos de Areo, un sabio wounaan junto a su sobrina Ayned, de 16 años, que vive en la ciudad y no quería viajar. Es lo que pasa en muchas comunidades: los jóvenes rechazan su cultura. No quieren hablar su lengua, ni practicar las danzas tradicionales. Como en todos lados, solo quieren el celular.

Fue un viaje difícil. El equipo técnico no aguantaba el calor ni las caminatas. Los lentes de las cámaras se empañaban con la humedad. A los pocos días, varios de los integrantes del crew sufrieron diarreas y vómitos. El dinero de la producción se evaporaba y no sabíamos si nos alcanzaría hasta el final. Arrojado por la fiebre de sacar la película adelante, y respaldado por los avistadores de aves —que veían una importancia capital en contar esta historia—, avanzamos ciegamente.

Tenía frente a mí la bruma extraña de esas montañas imposibles, sus ríos, como arterias

de un cuerpo ancestral. El Darién es un mundo aparte y apartado en el centro del mundo. Es una burbuja ajena al tiempo. El Darién es un purgatorio, es parto, contracción. El Darién es siempre frontera entre la realidad y la fantasía, entre el mundo antiguo y la modernidad, entre la comunidad y el individualismo. Es el paso ínfimo entre la vida que queremos dejar atrás y el paraíso que nunca encontraremos. Finalmente, el Darién me había permitido acceder a su magia negra. Fue una aventura herzogiana sin el talento de Herzog. Nuestro pequeño viaje al corazón de las tinieblas.

A pesar de todos los contratiempos, logramos registrar la realidad del territorio, tan lejana hoy a las palabras de Le Clézio. En temporada seca hay topadoras ilegales por todos lados, talando árboles, abriendo caminos para sacar la producción. Ya casi no quedan cocobolos. Muchos de los traslados que pensábamos hacer por agua, finalmente, se hicieron por tierra. El tapón del Darién está abierto, de hecho solo falta hacer puentes sobre los ríos.

Atravesamos bosques destruidos, convertidos en pastizales con ganado. Encontramos inmensas plantaciones de palma aceitera —la justicia ordenó cerrar una de ellas, pero estaba en plena producción—. Llegamos a Aruza, una comunidad wounaan rodeada por proyectos extractivistas, que lucha por la legalización de las tierras colectivas que el gobierno les niega. Vimos los mapas satelitales de cobertura boscosa y entendimos por qué la legalización de las tierras colectivas es la mejor herramienta para la conservación ambiental: donde terminan las comarcas indígenas solo hay destrucción.

Cruzamos decenas de migrantes. Una noche, en otra comunidad, luego de algunas botellas de ron, un joven indígena me dijo:

—Siempre vivimos del bosque. Antes el bosque nos daba frutos. Ahora nos da migrantes —y estalló en carcajadas.

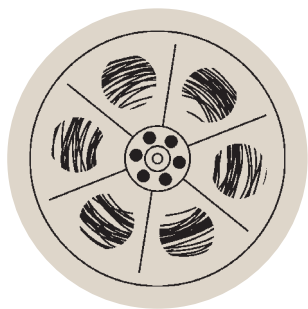
Luego dijo que él los ayudaba a cruzar un inmenso río cerca de una zona que se conoce como “la bajada de la muerte”: una inmensa ladera de barro que funciona como un tobogán, donde es imposible hacer pie. Quizá por la borrachera, nos confesó muerto de risa que le cobraba 20 dólares a cada persona y que eran tantos los que llegaban que una vez llenó su bote de más y se hundió.

Areo, el protagonista de la película, que no bebe, escuchaba espantado. Al otro día, mientras veíamos pasar lanchas de migrantes custodiados por la policía, le dijo a su sobrina algo que los camarógrafos no llegaron a registrar:

—Míralos bien: esto les pasa porque perdieron su lugar en el mundo. Si todo sigue así, nos puede pasar lo mismo. Un indígena sin tierra es un indígena muerto. Por eso es importante encontrar al kokorrdit.

Los wounaan vuelan por los mismos senderos por los que nosotros nos arrastramos. Contra viento y marea, logramos terminar el rodaje.

Volví a casa, al calor de mi familia, pensando en silencio: “sobreviví”. Pero con el Darién nada nunca es tan sencillo. A los pocos días, una fiebre demencial se apoderó de mí. Terminé internado una semana. Malaria. Tuve cinco recaídas a lo largo del año y recién ahora, después de tomar una bomba neutrónica llamada primaquina, parece que las recaídas terminaron y empiezo a recuperarme. Aún así, siento que el Darién sigue poblando mi sangre, enraizado en mis sueños. Puedo sentir su compañía. Espero algún día dar con Elvira para que me enseñe a comprender la selva que, desde entonces, vive dentro de mí. **U**



RETRATO DE NIÑO CON ÁNGEL

Sergio Ramírez

En un patio, quizás antes de los 5 años, estoy sentado en el suelo viendo una película que se proyecta en una sábana colgada entre los árboles. Un ladrón de gabán negro y sombrero, el pañuelo cubriéndole medio rostro, se acerca entre las sombras con una lámpara sorda en la mano para abrir una caja fuerte. Y otra. Una mano cortada camina sola apoyándose en los dedos, para estrangular a sus víctimas.

Cuando tengo 8 años, frente al parque y a media cuadra de mi casa está el Cine Darío. Es un cine en toda la regla, con boletería de rejilla, balcón y platea, y un escenario armado con tramoya, ideal para las veladas de beneficencia que organiza mi madre. Los muchachos indómitos, tomando provecho de la oscuridad, orinan desde el balcón a los espectadores de platea, y una noche mi primo Melico Ramírez acierta a dirigir el chorro sobre la cabeza del teniente Alberto Gutiérrez, comandante de la plaza, con lo que la proyección se detiene, se encienden las luces, y el hechor es sacado preso entre dos soldados.

Fastidiaba a los proyeccionistas para que me regalaran cuadros sobrantes de película, fascinado por las imágenes fijas que podían verse a trasluz, y también proyectarse con una lámpara de mano y un lente de anteojos. Y en ese cine empecé a aficionarme a los seriales de gánsteres que nunca botaban el sombrero por muy rudas que fueran las peleas, libradas en bodegas sórdidas y estaciones abandonadas de ferrocarril. Siempre quedaba pendiente la suerte del héroe al final de cada rollo, amarrado entre cajones de explosivos prontos a explotar, o inerte sobre los



Fotograma de la película *Flor silvestre*, de Emilio Fernández, 1943

rieles mientras un tren se acercaba trepidante, escena que se repetía entera al comienzo del rollo siguiente para mostrar cómo se salvaba al último momento. Uno de esos seriales, con Crox Alvarado, *Las calaveras del terror* (1944), inspiraba los juegos en pandilla.

Ese cine cerró. Y entonces regresó a Masatepe el menor de los hermanos de mi madre, mi tío Ángel Mercado. Una tarde de marzo de 1948 apareció en la tienda de mi padre, y extendió sobre una de las vitrinas las fotos que había tomado de las calles de León oscurecidas bajo la erupción del cerro Negro. Volvía de la mina La India, donde había sido contador jefe, para quedarse a vivir al lado de mis abuelos, ya para entonces solos porque todas mis tías se habían casado.

Desgarbado para caminar, como mi hermano Rogelio, y muy dispuesto a la risa, tomó poco en serio la fe protestante que gobernaba a la familia, y a la muerte de mi abuelo Teófilo dilapidó buena parte de la fortuna en fantasías empresariales y costosos obsequios a sus múltiples amantes y novias. Para él no era nada regalarles en un cumpleaños, o en Navidad, una

radio consola Philips, de las que él mismo distribuía en la agencia de la Casa Sengelmann instalada en la antigua sala de la casa paterna.

Adquirió el único cine que para entonces funcionaba en Masatepe. Quedaba también a media cuadra de mi casa y funcionaba al aire libre. Don Juan Sánchez, el dueño, vivía con su familia en el cuerpo principal de la casa, y de la cumbrera surgía la caseta de proyección. El corredor de mediagua era el palco y el inmenso patio, donde se ordeñaban las vacas, la luneta. Se llamaba Cine Triunfo, pero al comprarlo mi tío Ángel lo bautizó Cine Club e hizo embaldosar el patio.

Alguien llegó una mañana a la tienda de mi padre con la noticia de que don Juan había muerto mientras ordeñaba una vaca, y me escapé a la carrera para ir a verlo. Estaba todavía tendido al pie del animal, la leche derramada revuelta con la boñiga. Al fondo se alzaba la pantalla de tablas encalada. Aun antes de que recogieran el cadáver, su viuda (a la que llamaban la María Negra) iba de un lado a otro, entre gritos, poniendo de revés los cuadros en las paredes y cubriendo con toallas los espejos.



Fotograma de la película *Ben-Hur*, de William Wyler, 1959

Yo pasaba mi vida dentro de la caseta, a la que se subía por una escalera vertical. Perseguía al proyccionista para que me permitiera estar presente a la hora temprana de devanar los rollos, porque siempre llegaban corridos de Managua; ayudaba a abrir los cajones de palo donde viajaban acomodados en sus latas, y después, a la hora de la función, a instalarlos en los aparatos. Cuando el celuloide tostado de las viejas películas se trababa entre los dientes de la polea y el cuadro se quemaba en la pantalla, calcinado desde el centro como si le hubiera caído una gota de lava, los silbidos se transforman en el corral insurreccionado en una lluvia de piedras disparadas contra la caseta. Me entrené entonces en el arte de desmontar el rollo, llevarlo a la devanadora, cortar el cuadro quemado, pegar la película con acetato, instalar de nuevo el rollo metiendo la película entre los dientes de la polea, ajustar los carbones y echar a andar el motor, todo en menos de un minuto.

Aprendí a pintar los carteles que se colocaban en el parque central y en la estación del ferrocarril con letras gordas *art déco*, en colores ciclamen, azul de Prusia, verde vegetal y

rojo sangre, cuando la película no traía su afiche, uno de esos afiches de colores pastel, desvaídos como si desde entonces empezaran a apagarse en la memoria.

Por unos parlantes, instalados en lo alto del techo, se difundía música antes de cada función. Hubo veces en que, al filo de la medianoche, mi tío Ángel subía a la caseta acompañado de Sandi, el proyccionista, los dos borrachos, y se les oía cantar tangos por los altoparlantes, aunque Sandi, temeroso del escándalo, tenía que ser presionado para empezar sus interpretaciones.

—¡Cantá o te corro! —le ordenaba mi tío.

Sandi terminaba por ceder y, aferrados al micrófono, lloriqueaban juntos las letras a capela, desvelando a todo el mundo.

El aviso de que la función ya iba a comenzar se daba tocando un porro, "El alacrán". Cuando el disco se rayó de tanto uso, fue sustituido por la "Marcha de Zacatecas". También terminó por rayarse, y se pasó al simple expediente de poner la grabación del reverso. Doña Carmina, la esposa mexicana del médico del pueblo, el doctor Benicio Gutiérrez, se presentó un día delante de mi tío a protestar, muy

El aire de la noche dispersaba por los aposentos el arpegio que anunciaba un beso.

airada. Lo que se estaba utilizando para llamar a la función de cine era el Himno Nacional de México.

Tenía 12 años cuando mi tío Ángel se presentó en mi casa a proponer a mis padres que me dejaran asumir el puesto de proyccionista, porque había terminado por despedir a Sandi tras un pleito final entre los dos. Mi padre se negó. Ya me veía abandonando los estudios de secundaria que apenas empezaba. Pero al final los argumentos de mi tío Ángel lo persuadieron: podía estudiar y trabajar, así me haría responsable desde niño; además, iba a ser como una distracción, si de todos modos yo vivía metido en la caseta. Y la extraña condición de mi padre, al aceptar, fue que no podía recibir ningún sueldo.

Esa misma noche me instalé en la caseta, dueño del reino que estaba para mí. Y luego, cuando mi tío Ángel se ausentaba en paseos a los balnearios, en su jeep que cargaba de provisiones, acompañado de alguna “damisela”, como solía llamar mi madre a aquella clase de compañías de su hermano, me dejaba a cargo de la administración del cine, con lo que pasé a llamarme yo mismo, con toda pompa, “gerente general”; y como mi padre se seguía oponiendo a que me pagara ningún sueldo, al regreso de sus giras, cada vez más prolongadas, me recompensaba con regalos. Él me obsequió el primer reloj que tuve, un Novelty Sello de Oro.

En aquella caseta de tablas, con sus ventanillas que se cerraban con postigos móviles clavados a un fiel, para que el haz de luz de un aparato no estorbara al que lo reponía, la forma de narrar se emparentó desde entonces en mí con los encadenamientos, las disolvencias, los fundidos, los planos, los diálogos, las voces en *off*.

Vi rostros y escenas innumerables veces, vigilando desde la ventanilla de la caseta la proyección. Y nunca dejaron de seducirme aquellas artimañas usadas para indicar el retroceso en el tiempo, con una lluvia de hojas de otoño, o el vuelo apresurado de las páginas del calendario; o los titulares de los periódicos que saltan al primer plano, alternando con la imagen de un tren en marcha para ilustrar una gira artística triunfal.

El fulgor de la proyección iluminaba las palmeras reales, y sus penachos parecían arder en el temblor del reflejo de las imágenes. Las constelaciones brillaban, arriba, en el espacio sereno, y las voces cavernosas saltaban desde los parlantes ocultos tras la pantalla de madera, voces de gigantes sobrenaturales a los que se oía hablar y llorar aun en los linderos del pueblo. El aire de la noche dispersaba por los aposentos el arpegio que anunciaba un beso, y en la lejanía podía entenderse el llanto de una mujer, su voz doliente que reclamaba entre lágrimas, los pasos de alguien alejándose con premura por la oscuridad de una calle, un tropel de caballos, el rumor de una lluvia extranjera cayendo sobre los techos.

Mi tío Ángel escogía las películas en las agencias distribuidoras de Managua, y anotaba las fechas de presentación en una agenda de tapas negras. En el rango más amplio estaban las mexicanas, rancheras, cómicas y de cabaret, pero tampoco faltaba público a las películas de Hollywood, musicales, de vaqueros y de gánsteres, a pesar de que se presentaban con subtítulos, difíciles de seguir al tiempo que las imágenes, y que buena parte del público que sentaba al descampado en la luneta era analfabeta.

Pero también proyecté películas italianas, francesas, soviéticas, japonesas y suecas que él seleccionaba por gusto propio, porque no eran comerciales, así como compraba discos de Debussy y Berlioz en formato de 45 revoluciones, que venían en colores, para la música que se ponía en los parlantes antes de las funciones, al lado de mambos, porros y guarachas.

Lo que usted debe saber era una película de instrucción sexual. Mi tío Ángel inventó que debía verse por separado, una tanda solo para mujeres, otra solo para hombres. La sensación fue inmensa, y el cine se llenó en los dos turnos. A mí me sacó de la caseta, y él mismo la proyectó, pero yo busqué a trasluz, antes de despachar al día siguiente los rollos, las escenas escabrosas que nunca encontré; solo mujeres en traje sastre y una pluma en el sombrero frente a un médico de gabán en su consultorio, señalando el aparato genitourinario con un puntero.

Su ambición era convertir el Cine Club en una sala de primera clase para 2 mil espectadores, suficiente para acomodar a todos los habitantes del pueblo, y así cayó en manos de un usurero, hermano suyo en la fe protestante. Empezó a levantar, a los lados del patio, los muros de piedra cantera que sostendrían el techo, y a medida que los muros subían de altura, subía la deuda que las propiedades de mi abuela Luisa garantizaban.

Cuando llegó a Nicaragua el cinemascope, que solo tenían los cines de lujo en Managua, no demoró en instalarlo. Dirigió él mismo la construcción de la armazón de acero de la inmensa pantalla panorámica, que luego vino a cubrir un fino lienzo de nylon; adquirió los parlantes de sonido estereofónico y los lentes anamórficos que expandían al ancho de la pantalla las imágenes de los cuadros de la cinta,

alargadas como figuras de El Greco. Ahora los caballos de las carreras imperiales de *Ben-Hur* (1959) retumbaban dentro de todas las casas del pueblo en sonido estereofónico, como si fueran a derribarlas con sus cascos.

La exageración, como una enfermedad maligna, lo minaba. Perdió el cine, que quedó en manos del usurero protestante. Malvendió los lentes anamórficos. Tarde sentó cabeza, y se casó por fin, vestido formalmente de novio. La desposada era una morena muy guapa, Lolita, hermana protestante también, que vivía en casa de mi tía Rosita Mercado.

Se volvió lo que nunca había sido, un feligrés disciplinado de la Iglesia Bautista. Su hijo mayor, Teófilo, empezó a ser víctima de trastornos epilépticos, y al regreso de una de mis vacaciones los llevé a ambos a Costa Rica para que un especialista pudiera ver al muchacho. Sobraron entonces las oportunidades para hablar, pero ya no quedaba mucho que decirnos. Yo sentía que nos encontrábamos en un campo desolado. Ya no tenía su risa fácil de antes. Y entremetía, además, el tema religioso, con esa persistencia a muerte de los conversos.

Pero siempre será el hombre alegre y desgarbado, desprendido de todo, que hacía sonar el claxon de su jeep en la puerta de mi casa para llamarme a una nueva aventura o mostrarme alguna novedad. Las ristras de anteojos de mica, rojo y azul, para ver *Terror en el museo de cera* (1953), la película en tercera dimensión que íbamos a estrenar esa noche. Las violetas compradas en los jardines recién llovidos de Masatepe para repartirlas en manojitos a la puerta del cine, con sonrisa galante, a cada muchacha que había pagado su boleto para ver a Luis Mariano y Carmen Sevilla en *Violetas imperiales* (1952). **U**

EL PUENTE DE LAS LUCIÉRNAGAS

ERNESTO SAADE



Financiado por
la Unión Europea
Ayuda Humanitaria



UNHCR
ACNUR
La Agencia de la ONU
para los Refugiados



FUNDASAL



TE VOY A DEJAR
ELEGIR... ¿TE
MATO PRIMERO A
VOS O A DANI?

NO SÉ CÓMO SE DIO
CUENTA DE MIS PLANES,
PERO MICKEY SE LO TOMO
COMO UN INSULTO, EN
ESE MOMENTO ESTABA
SEGURA QUE NO SALDRÍA
VIVA DE ALLÍ, PERO...

VIEJO... NO
NOS CONVIENE
BORRAR A DOS
PERSONAS, LA
COSA ESTA
MOVIDA ALLÁ
AFUERA.

MEJOR SACALOS
DE AQUÍ...
IGUAL, ESTA
GENTE ESTORBO
NOS HACE.

¿CÓMO VAS A
CREEN QUE LOS
VOY A DEJAR IR
ASÍ NOMAS?

ES QUE...

...ES QUE TENEMOS QUE TENER LAS
COSAS TRANQUILAS PARA QUE NO
SE VENGA A METER "LA JURA"...

...Y NO ES POR METERTE
PRESIÓN... PERO SI NO NOS
VAMOS YA VAMOS A LLEGAR
TARDE A LA "ENTREGA"...

NO CREAS QUE TE VAS
A SALVAR DE ESTA...

VÁMONOS... MAÑANA LE
VOY A DAR SU LECCIÓN
A ESTA DESGRACIADA.

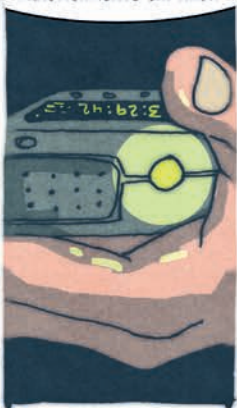
PLINK

BORRAR: ELIMINAR.
LA JURA: LA POLICÍA.



SIN LA AYUDA DE
ESE MUCHACHO
NO ESTUVIERA
CONTANDO ESTO.

PERO... IGUAL, SALIMOS
PRÁCTICAMENTE SIN NADA



SOLO LLEVABA UN
BOLSÓN PEQUEÑO
CON DOS "MUDADAS"
PARA MÍ Y DOS PARA
EL NIÑO...



NO SAQUÉ
NADA MÁS.

ANOTÉ LA
DIRECCIÓN DE MI
AMIGA CON QUIEN
HABLÉ EN UN
PAPELITO, PERO POR
LA CARRERA LO
DEJÉ EN LA CASA.



NO HALLABA QUE HACER
PORQUE NI TENIA TELÉFONO,
NO SABÍA QUÉ CAMINO
TOMAR. AL FIN DE TANTO,
ME FUI CON LO MEDIO QUE
ME ACORDABA DE LAS
INDICACIONES.

JA, JA, JA...
ESA VEZ SOLO
ANDABA 60
CENTAVOS DE
DÓLAR...

MUDADA: CAMBIO DE ROPA EXTRA.







CERRÁ LOS
OJITOS.



TÚ ME CUBRES
CON EL
ESCUDO DE TU
SALVACIÓN...

Y CON TU
DIESTRA ME
SOSTIENES.

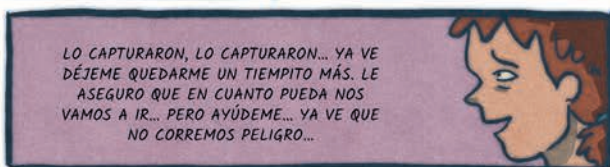


TU BONDAD
ME HA HECHO
PROSPERAR.

ME HAS
DESPEJADO
EL CAMINO...

...ASÍ QUE MIS
TOBILLOS NO
FLAQUEAN.







DERECHO A LA RESISTENCIA

Rodrigo Rey Rosa

Guatemala heredó de la época colonial (1524-1821) una estructura profundamente racista. Un decreto del Congreso Constituyente de 1824, por ejemplo, ordenaba premiar con los mejores curatos a los sacerdotes que lograran la extinción de los idiomas indígenas en los sitios donde ejercían, *considerando que debe ser uno el idioma nacional, y que mientras sean tan diversos cuanto imperfectos los que aún conservan los indígenas [...], los párrocos procurarán por los medios más eficaces extinguir el idioma de los primeros indígenas* [que hoy en día conforman más del 50 por ciento de la población guatemalteca].¹ La voracidad de los conquistadores y sus descendientes, que era mitigada hasta cierto punto por los controles de la Corona española, se desencadenó a partir de la independencia. Extensos territorios que durante la época colonial fueron “tierra de indios” —donde los españoles no tenían permitido circular libremente— fueron luego expropiados en beneficio de los terratenientes criollos y los ladinos o mestizos (“frutos de amores asimétricos”).

El informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), elaborado como parte de los acuerdos de paz firmados entre el gobierno de Guatemala y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca a finales de 1996 —después de una guerra interna que duró más de 36 años y que dejó un saldo de alrededor de 200 mil muertes violentas, 45

¹ En este texto se emplean las cursivas para señalar que se trata de citas textuales [N. de los E.].

mil desaparecidos y más de un millón de desplazados—,² cita entre las causas que llevaron a la insurrección armada la *obligatoriedad del trabajo indígena en las fincas, entre 100 y 150 días al año, bajo control de los jefes políticos departamentales [...]. El Código Penal de 1936 reconocía funciones policiales a los dueños de fincas hasta 1973 [...].* El modelo judicial configurado en tiempos de la Colonia se había mantenido casi intacto.

La tradición autoritaria que caracteriza la historia política de Guatemala se interrumpió con la Revolución de Octubre de 1944 —efectuado por militares, estudiantes y trabajadores, pero sin la participación de grupos mayas mayoritarios—, que dio lugar a las primeras elecciones libres en el país y a un periodo de diez años de modernización del Estado, conocidos como la “primavera democrática” (1944-1954).

El decreto 900 del gobierno de la Revolución establecía: *La Reforma Agraria tiene por objeto liquidar la propiedad feudal en el campo para desarrollar la forma de explotación y métodos capitalistas de producción en la agricultura, y preparar el camino para la industrialización de Guatemala.*

La influencia de la política estadounidense resultó adversa para los cambios que impulsaba el gobierno revolucionario y, sobre todo, para la reforma agraria iniciada por Jacobo Árbenz,³ que expropiaría varias plantaciones bananeras de la United Fruit Company (UFCO).

En el informe de la CEH se lee: *El papel que Estados Unidos jugó en el derrocamiento de Ja-*

cobo Árbenz y la intervención militar de 1954 ha sido descrito por numerosos autores, entre ellos Nicholas Cullather [agente de la CIA], quien describió de forma detallada cómo Estados Unidos llevó a cabo su objetivo de derrocar al gobierno de Árbenz usando tácticas de desinformación, operaciones psicológicas, y hasta la elaboración de una lista de funcionarios que debían ser asesinados.

Finalizada la “primavera democrática”, una serie de gobiernos de extrema derecha se sucedieron en el poder, y se reforzaron algunas formas de trabajo obligatorio y despojo de tierras comunitarias mayas en favor de latifundistas criollos, ladinos y extranjeros.



©Marilyn Boror Bor, *Peinar las raíces II* (detalle), de la serie *Rituales sepultados*, 2022. Cortesía de la artista

² Según el informe de la CEH, el Ejército guatemalteco fue responsable de aproximadamente el 95 por ciento de las muertes y desapariciones forzadas; la guerrilla, de menos de un 5 por ciento.

³ Presidente de Guatemala entre 1951 y 1954, derrocado por un golpe de Estado financiado por la UFCO y orquestado por la CIA.

El brutal empleo de la violencia por parte del Estado y la enorme desigualdad social justificaron la formación de varios movimientos guerrilleros que enarbolaban “el sagrado derecho de resistencia a la opresión” (un principio de John Locke).⁴ Durante los años sesenta y principios de los setenta, estos movimientos —integrados en su mayoría por mestizos de la clase media urbana— sufrieron múltiples derrotas. La Organización del Pueblo en Ar-

mas (ORPA) y el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), que surgieron en los años 1971 y 1972 respectivamente, *redefinieron el enfoque estratégico con respecto a las organizaciones de los años sesenta. Esto implicó la selección de territorios de lucha distintos y un esfuerzo consciente por ampliar su base social, buscando la participación del pueblo maya en la lucha revolucionaria*, según el informe de la CEH.

Un portavoz de Ríos Montt explicó en una controvertida entrevista:⁵ *Los guerrilleros con-*

⁴ Hoy, como hace medio siglo, menos del 10 por ciento de los guatemaltecos concentra más de la mitad de los ingresos de la población. Las remesas enviadas del extranjero a Guatemala por migrantes mayas, en su mayoría desde Estados Unidos, sumaron alrededor de 17 mil millones de dólares en 2022. Esenciales para la economía guatemalteca, estas remesas superan el valor en conjunto de todas las exportaciones del país.

⁵ El general Efraín Ríos Montt, jefe de Estado de Guatemala entre 1982 y 1983, fue juzgado y encontrado culpable por genocidio en el 2013. “El racismo constituyó la base y también la herramienta de este genocidio”, explicó la jueza al dictar la sentencia, que fue anulada posteriormente por supuestos fallos de procedimiento durante el juicio.



©Marilyn Boror Bor, *Ancestra II*, 2022. Cortesía de la artista

quistaron [a] muchos colaboradores indígenas, entonces los indígenas eran subversivos, ¿no? ¿Y cómo se lucha en contra de la insurgencia? Neta-mente, se tenía que matar a los indígenas porque ellos estaban colaborando con la subversión.

Traduzco a continuación de *The Guatemalan Military: What the U.S. Files Reveal*, un documento del National Security Archive: A mediados de febrero de 1982, el Ejército guatemalteco aumenta sus fuerzas en el departamento del Quiché y lanza una operación, cuyas unidades implicadas tienen instrucciones de destruir todos los pueblos y aldeas que estén colaborando con el EGP [...]. Desde que comenzó la operación, varias aldeas han sido totalmente quemadas, y han sido asesinados un gran número de guerrilleros y sus colaboradores. Comentario: Cuando una patrulla del Ejército encuentra resistencia y es objeto de fuego desde un pueblo o una aldea, se supone que toda la población es hostil y se la destruye [...]. Hay cientos, y posiblemente miles, de refugiados en las montañas sin casas adonde regresar. El alto mando del Ejército está sumamente complacido con los resultados iniciales de la operación de arrasamiento [...]. Hasta el momento, el Ejército no ha encontrado ninguna fuerza guerrillera importante en el área.

El oficio de escritor (*El material humano*, 2009) me condujo a investigar un archivo policiaco conocido actualmente como el Archivo Histórico de la Policía Nacional (AHPN), descubierto fortuitamente en julio de 2005 en un complejo de edificios que incluye la Academia de la Policía y un hospital en desuso que, según los investigadores de la Procuraduría de los Derechos Humanos, sirvió como centro de torturas durante la guerra interna. Allí se descubrieron —en cuartos y salas repletos de carpetas,

cajas y sacos— cerca de 80 millones de documentos oficiales.

Para visitar este sitio tuve que hacer contacto con Gustavo Meoño, director del proyecto de recuperación de este valioso archivo entre 2005 y 2018.⁶ La trayectoria vital de este protagonista de la guerra interna ayuda a ilustrar la historia contemporánea guatemalteca. Meoño (Ciudad de Guatemala, 1949) fue integrante de un grupo de reflexión y acción social de origen católico llamado CRÁTER. Algunos de sus integrantes confluían con otros militantes y activistas en la fundación del EGP. En una entrevista reciente, efectuada en Rosario, Argentina, y publicada por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral, Meoño cuenta:

Yo me incorporé a la militancia en la adolescencia, cuando tenía entre 18 y 19 años. Éramos un grupo de jóvenes cristianos, creado cuando todavía no existían el término ni el concepto de “Teología de la Liberación” [...]. El grupo estaba liderado por Sister Marian Peter, una monja estadounidense de la Orden Maryknoll. Esta congregación tuvo y tiene presencia en diferentes países de Asia, América Latina, el Caribe y África. El trabajo inicial de esta religiosa se centraba en desarrollar unos encuentros llamados “Cursillos de Capacitación Social”, en los que intervenían también algunos sacerdotes jesuitas, aunque Peter era la organizadora. El discurso de esos sacerdotes tenía un fuerte trasfondo anticomunista, pero [los cursillos] abrían el debate, la discusión; lo que tuvo como resultado la ampliación

⁶ Bajo la dirección de Gustavo Meoño, que vive actualmente en el exilio, se recuperaron, conservaron y pusieron a disposición de la ciudadanía más de 23 millones de documentos policiales, lo que ha permitido aportar pruebas ante los tribunales en la investigación de catorce casos de crímenes de lesa humanidad.

Allí se descubrieron —en cuartos y salas repletos de carpetas, cajas y sacos— cerca de 80 millones de documentos oficiales.

de horizontes. La actividad del CRÁTER también estaba dirigida al conocimiento de la realidad nacional guatemalteca, nos invitaba a decir “Bueno, leamos, conozcamos”, y a preguntarnos “¿cuál es esa realidad?”. Entonces, un amigo y yo decidimos que queríamos viajar y conocer el interior de Guatemala. Teníamos una situación económica muy parecida, y no teníamos un quinto para viajar. (Mi padre era chofer de un camión que transportaba materiales de construcción, con casi ninguna escolaridad porque quedó huérfano muy chiquito y tuvo que trabajar desde niño. Mi madre era secretaria; ella sí tuvo un poco más de escolaridad y mucho interés por la lectura.) Planeamos dirigirnos al primer pueblo, buscar al primer cura, la primera parroquia, y contarle esto, que queríamos viajar y conocer a fondo Guatemala, pero no teníamos un centavo. Decirle que necesitábamos que nos diera dónde dormir y de comer, que nos permitiera conocer su parroquia y que luego nos ayudara para pagar el boleto del siguiente tramo, junto con una cartita para que el próximo cura nos recibiera. Y, por increíble que parezca, funcionó de una manera genial. Así logramos armar un periplo que duró poco más de un mes. Recorrimos buena parte de los departamentos de Chimaltenango, Quiché, Totonicapán, Quetzaltenango, San Marcos y Retalhuleu. Cuando regresamos a la capital, nos enteramos de que se iba a realizar un cursillo especial del CRÁTER. Sería en Huehuetenango, un departamento mayoritariamente indígena que no habíamos visitado. Los jesuitas encargados de impartirlo eran personajes interesantes. Algunos ya conocían los primeros escritos de Gustavo Gutiérrez —precursor de la Teología de la Liberación— y sobre todo estaba presente el ejemplo del Padre Ca-

milo Torres [...]. CRÁTER también hacía algunas actividades asistencialistas; ya se habían realizado dos o tres cursillos de alfabetización y una campaña de vacunación en comunidades indígenas del municipio La Democracia, en Huehuetenango. El encargado de la vacunación, un estudiante de medicina, planteó el siguiente problema: el esquema de vacunación era de tres dosis y aún faltaba aplicar la tercera en esas comunidades. Las fechas críticas coincidían con la Navidad, y la cuestión era: ¿quiénes podían comprometerse a una campaña de vacunación justo para las fiestas? Yo me ofrecí de voluntario y eso abrió un periodo muy intenso para mí, que estaba por cumplir los 18 años. Uno de esos días, entre la Navidad y el Año Nuevo, en la aldea La Montaña —un lugar muy frío—, se presentó una mujer mam muy joven, casi una niña. Llevaba dos niñitos gemelos y empezó a destaparlos para que pudieran ser vacunados. Eran dos bebés absolutamente desnutridos, que yo sentía que ni llorar podían; tenían un llanto ahogado. Eso me impresionó muchísimo. Empecé a anotar, pues ese era mi trabajo. Cuando pregunté a la señora la edad de los niños, ella dijo en español, aunque su lengua era el mam: “Tres años”. Al verlos tan pequeñitos, respondí: “¿Será 3 meses, tal vez se equivocó?”. Y ella reiteró: “No, 3 años”. Tenían 3 años los niños y a mí me parecían de 3 meses por el grado de desnutrición que padecían. Y me quebré. Me alejé y lloré desconsoladamente. Creo que esa fue la gota que rebalsó el vaso. Lo ubico como el momento en el que le juré a la vida y me juré a mí mismo que algo iba a hacer. No sabía qué, pero algo muy profundo había que hacer. Para mí resultaba imposible no asumir un compromiso ante eso. Y desde entonces ya no paré.

[...] 1967 fue un año muy intenso para mí, en el que decidí posponer mi ingreso a la universidad para dedicarme por entero al trabajo en comuni-

dades indígenas de Huehuetenango. A inicios de diciembre de ese año se produjo una reunión muy importante de curas y monjas para proponer incorporarnos a un incipiente movimiento político-militar inspirado en la Teología de la Liberación, y ocurrió algo muy grave. Uno de los curas, español, con el que venían hablando desde hacía unos meses, entró en un conflicto moral, pues le pareció que aquello era una aventura muy peligrosa que podía tener consecuencias mortales. Pensó que, de alguna manera, se estaba manipulando a las comunidades mayas y que podía morir gente inocente. Como buen cura que respetaba las jerarquías, decidió hablar con su superior, que en este caso era el cardenal Mario Casariego, un grandísimo hijo de puta que durante años había sido capellán general del Ejército, con muchos vínculos con la oligarquía. Y nos denunció con nombres y apellidos ante el ministro de la Defensa, el coronel Arriaga Bosque, famoso por su vinculación a los escuadrones de la muerte.

A raíz de este incidente quienes habían participado en aquella reunión se vieron forzados a salir al exilio, la mayor parte hacia México, donde se reagruparían. Cuenta Meoño:

El lugar de contacto previsto —una de esas cosas pintorescas e ingenuas en las que incurriamos— era la cúspide de la Pirámide del Sol, en el sitio arqueológico de Teotihuacán [...]. O sea, un lugar medio exótico para realizar un contacto colectivo que se suponía clandestino. Pero fue algo muy lindo ver cómo iba llegando cada uno, porque [desde el momento de la desbandada] no habíamos sabido nada de nadie. Pero bueno, estábamos todos, nadie tuvo problemas graves. Cada quien fue contando las peripecias que tuvo que pasar [...].

Gustavo Meoño continuaría su lucha como militante del EGP hasta dos o tres años antes de

la firma de los acuerdos de paz en 1996. A partir de 1994 fue director de la Fundación Rigoberta Menchú Tum y, finalmente, jefe del Proyecto de Recuperación del Archivo Histórico de la Policía Nacional. El 3 de mayo de 2023 una corte guatemalteca —en medio de una oleada de persecuciones a jueces, fiscales y periodistas de ideología opuesta a la del gobierno y los grupos de poder— emitió una orden de arresto en su contra por las denuncias que presentó una asociación vinculada a veteranos militares. La noticia ha provocado protestas por parte de organismos que velan por el respeto a los derechos humanos. **U**



©Marilyn Boror Bor, *Peinar las raíces II* (detalle), de la serie *Rituales sepultados*, 2022. Cortesía de la artista





LOS NOMBRES DEL CANAL DE PANAMÁ

Carlos Wynter Melo

I. BREVE HISTORIA DE UN NOMBRE

Wynter (con falta ortográfica incluida) es un apellido común en el Caribe anglófono, casi tanto como *González* en Hispanoamérica.

Según la biografía de Manuel Eleuterio Melo Villar, su nombre llegó pegado a un militar venezolano de ascendencia española:

El abuelo paterno [...] había llegado al Darién con su padre, don Fernando Melo, procedente de Parita, en la provincia de Herrera. Me cuentan que don Fernando, de origen español, aunque nacido en Caracas, Venezuela, llegó al istmo en 1831.¹

El apellido de la madre de mi padre era *Spencer*. Mi abuela jamaicana era callada e irradiaba fortaleza. Esto contrastaba con los alborotados convivios familiares. Mi padre, por su parte, solía hablar inglés con sus hermanos, pero con nosotros lo hizo poco. Mis otros abuelos, disciplinados maestros, eran firmes, pero en absoluto silenciosos.

Por el costado materno de la familia, tenemos el *Estrada*, un apellido que, podría aventurarme a decir, comparten muchos centroamericanos y suramericanos, hispanoamericanos todos.

¹ Manuel Eleuterio Melo Villar, *Una vida intrascendente*, Edición de autor, Panamá, 1990, pp. 13-14.

Como el Canal de Panamá, mi familia es pura mezcla.

II. ESTADOS UNIDOS, PERO, SOBRE TODO, JULES ISIDORE DINGLER

Suele pensarse en Estados Unidos como el artífice ingenieril del Canal, y lo es. De igual forma se reconoce el ciclópeo salto tecnológico que dio porque es lo justo. La estadounidense

Dios, que no lo separe el hombre". No se sabe si el rey recibió una llamada de "lo alto" o si la sensatez enderezó su juicio; lo cierto es que el proyecto fue abortado.

Cuando los franceses tomaron el timón de la nave, la marcha no tuvo retorno. Solo el desfallo financiero y los garrafales errores administrativos (acompañados de la exclamación "Quel Panamá!", señal de que había un desor-

Una cantidad enorme de muertos se debía a fiebres tropicales, así que se llamó a William C. Gorgas.

es una cultura llameante, y sin su energía no se habría completado la magna obra. Pero el asunto es más complejo de lo que parece.

El romanticismo francés dotó de alma a la construcción canalera. Ferdinand de Lesseps se lanzó al vacío con alas de héroe y voló: la obra habría de cuajar, aunque parida por otros. Fue la fama de Lesseps, coronada con el Canal de Suez, lo que dio credibilidad a una vía interoceánica en nuestro continente. Sin el temperamento francés —la desmesura francesa—, el proyecto sería hoy un plano arquitectónico colgado en un museo, o hubiera nacido mucho después. El país del oracular Julio Verne fue decisivo en el acortamiento de la vuelta al mundo.

Estos son los hechos: el 20 de febrero de 1854, el rey Carlos I de España y V de Alemania ordenó al gobernador regional de Panamá elaborar los planos de una ruta que debía llegar al océano Pacífico por el río Chagres.² Pero el proyecto fue interrumpido por el propio monarca con una frase lapidaria: "Lo que unió

den imposible de resolver) hicieron que amiorara la velocidad. Más adelante, el gobierno estadounidense salió al quite.

Para muestra del arrojo europeo, he aquí un botón: Jules Isidore Dingler. Aún se escriben artículos sobre quien ocupó el cargo de Director General de la Compañía Universal del Canal Interoceánico de Panamá:

[Jules Isidore Dingler era] un hombre entrado en los 40, de porte menudo, calvo y portaba consigo el temple de una gran determinación, la de lograr los objetivos en los que otros habían fracasado antes que él. Su determinación temeraria lo llevó a declarar, al poco tiempo de su arribo a Panamá, que solo los borrachos y las personas de vida disipada se contagiaban de fiebre amarilla y fallecían por esa causa, palabras que lamentaría, sin duda, haber pronunciado [...]. A los pocos meses después de su llegada, su hija presentaba síntomas muy evidentes de la fiebre amarilla; una verdadera sentencia de muerte.³

² "Los primeros planos para el Canal", página web oficial del Canal de Panamá. Disponible en <https://n9.cl/3k2r5>

³ Arnulfo Arias O., "La caída de la casa Dingler", *Panamá América*, 31 de agosto de 2021. Disponible en: <https://n9.cl/baesd>

Más tarde, perdió a su hijo. Y antes de que acabara el año, al prometido de su difunta hija. Finalmente, su esposa enfermó y también murió. Dingler regresó a Francia acompañado de cuatro ataúdes.

III. ANTES DE LANZARSE AL AGUA, HAY QUE PROBAR SU TEMPERATURA

Los estadounidenses fueron más razonables: estudiaron con científica minuciosidad los fallos ajenos, las causas que desgraciaron a sus prójimos del viejo continente (más de 22 mil almas perdidas),⁴ y siguieron adelante justo donde los otros se habían detenido.

Una cantidad enorme de muertos se debía a fiebres tropicales, así que se llamó a William C. Gorgas, quien había realizado encomiables esfuerzos por erradicar la fiebre amarilla y la malaria en La Habana, Cuba. Los franceses habían aventurado hipótesis variadas: los contagios se debían a microorganismos que flotaban en el aire o a la conducta libertina de sus más descarriados compatriotas. Gorgas, por su parte, aplicó las investigaciones del cubano Carlos Juan Finlay, que había notado que quienes protegían sus camastros con tupidas mallas raras veces caían enfermos. El culpable de los contagios, de acuerdo al descubrimiento de Finlay, era un diminuto, y en apariencia insignificante, mosquito.⁵

Pero esto no es, por mucho, lo más admirable: el genio estadounidense alcanzó enormes estándares en otro renglón.

Los malos resultados del canal francés hicieron de conocimiento público los riesgos que implicaba ser mano de obra en la nueva em-

presa. Era sabido que los trabajadores “caían como moscas”, así que la escasa población del istmo panameño hizo oídos sordos a las convocatorias para sumarse a las filas de empleados. Por otro lado, se consideraba que la raza negra era ventajosa para las labores; pero como ya eran hombres y mujeres libres, había que convencerlos con el ofrecimiento de un trabajo estable.⁶

Es tentador imaginar papeletas llevadas por la brisa, entre el polvo. El mensaje seductor alentaba el sueño de cualquier inmigrante: riqueza. La meta se alcanzó con creces. En 1911

⁶ Guillermo Evers Airall, *Silver y Gold: Historias no contadas sobre los inmigrantes que construyeron el Canal de Panamá*, FUGA, Panamá, 2015, p. 27.



©Idielgo Pérez, *El amo de las aguas*, 2022.
Cortesía del artista

⁴ *Idem*.

⁵ Finlay descubrió que el agente transmisor de la fiebre amarilla es la hembra del mosquito *Aedes aegypti* [N. de los E.].

más de un cuarto de millón de ingleses antillanos había emigrado a Panamá.⁷ La incipiente república no volvería a ser la misma.

IV. BRAZOS, PERO TAMBIÉN HISTORIAS

Guillermo Evers Airall cuenta en su biografía lo siguiente:

Josiah y Rosetta Airall emigraron a la república de Panamá en 1905 con su pequeña hija, Viola. Fue un viaje desgarrador para su hija mayor, Olive, quien permaneció en Antigua con su abuela. La intención de los trabajadores antillanos era radicar en el istmo para después volver a la tierra de sus ancestros, un sueño que la mayoría no cumplió a causa del trabajo.⁸

⁷ Giselle Marín Araya, "La inmigración internacional en el Caribe panameño a través de los censos de población de 1911 a 1950", *Revista Estudios*, Universidad de Costa Rica, núm. 22, pp. 331-347.

⁸ Guillermo Evers Airall, *op. cit.*, p. 6.

En los galpones que ocupaban los empleados del Silver Roll,⁹ suerte de casta conformada por quienes tenían piel oscura y no eran estadounidenses, comenzaron a surgir las primeras leyendas antillanas de Panamá. Entre ellas, sobresale la de John Peter Williams, un personaje colgado como cuerda floja entre la fantasía y la realidad. Mientras que el historiador y musicólogo Mario García Hudson asegura haber visto el acta de nacimiento de Williams, Dagoberto Chung lo describe con tintes sobrenaturales en su cuento "Mistacaná":

⁹ Tanto Silver Roll como Gold Roll hacen referencia al modelo de pago impuesto por Estados Unidos durante el proceso de edificación del Canal. En el Silver Roll se inscribía a aquellas personas que no eran estadounidenses blancos y emigraron a Panamá para la construcción del Canal; a lo mucho, los trabajadores de Silver Roll ganaban 75 dólares mensuales; en contraposición, solo los blancos estadounidenses tenían Gold Roll y gozaban de privilegios exclusivos, como un salario que oscilaba entre los 75 y los 600 dólares mensuales [N. de los E.].



Don Juan López, *Carta marítima del Reyno de Tierra Firme ú Castilla del Oro*, 1785 ©

La rutina acompañaba la escuela de Caná, hasta el momento en que su vida se alteró por causa de su amigo, un célebre ladrón llamado John Peter Williams. Es cierto, el amigo de Caná era un ladrón, pero un ladrón muy especial. Nunca agredió a nadie, porque su única arma era una armónica. Nunca tocó nada de ningún vecino. Su arte era robarle a los ricos y repartir lo robado entre los pobres. Así era John Peter Williams. Un negro guapo, de edad indefinida, que al sonreír con los ojos parecía un niño y cuando hablaba con las muchachas era un joven. Ah, y cuando tocaba la armónica era un viejo melancólico con muchas vidas pasadas.¹⁰

De esta especie de Robin Hood panameño se pensaba que las balas rebotaban en su torso mientras sobrevolaba los tejados como murciélago, y se le atribuía poder transformarse en el animal que eligiera. Sin embargo, no era el único que gozaba de tan fantástica cualidad. Como escribió Alejo Carpentier en *El reino de este mundo* (1949), los antillanos creían que algunas personas tenían la capacidad de convertirse en animales a voluntad, y esa misma creencia se esparció por las calles de Panamá a principios del siglo XX. El siguiente es un fragmento en el que Ariel Pérez Price retrata tal fe. La escena corresponde al año 1918 y, aunque tiene un marco diferente —las plantaciones bananeras de Bocas del Toro, al norte de Panamá—, es un claro eco de la cultura afroantillana de aquella época:

Los trabajadores bananeros habían creado una sociedad a las sombras, donde una rica tradición fundamentada en su herencia africana y

su pasado de esclavitud solía aflorar en franco sincretismo con el cristianismo. En dicho contexto surgieron algunos líderes del movimiento laboral que, como Bailey (nombre ficticio que se le da a uno de los agitadores de la huelga ante la United Fruit de 1918 a 1919), sustentaban su liderazgo en un intrincado conjunto de prácticas místicas. Se dice que Busher (Bailey) era también un *obeah man*, a quien se le atribuía la facultad mística de mimetizarse en jabalí.¹¹

En fin, si los franceses fueron el corazón y los estadounidenses la racionalidad, los afroantillanos se tornaron en los brazos, pero también en la imaginación de la anatomía del proyecto.

V. CATARINO GARZA ESCAPÓ DE MÉXICO, CRUZÓ CENTROAMÉRICA Y MURIÓ EN PANAMÁ

El siglo XIX vio desfilar un sinfín de rebeliones infructuosas. Agotado el sueño de la Gran Colombia, bolivariano hasta el tuétano, Panamá quería independizarse. ¿Qué fuerza impidió la escisión? ¿Qué actor sofocó los aires de libertad? La respuesta: Estados Unidos.

El proceso que cortó Panamá por la mitad fue el mismo que campeaba por todo el continente. El llamado “Destino Manifiesto”, doctrina que reservaba América —pero también y, sobre todo, América Latina— para los estadounidenses, cubría con su sombra a las repúblicas que otrora fueron parte del Imperio español.

El 12 de diciembre de 1846 se firmó un acuerdo que le brindaba a Estados Unidos un tránsito ventajoso por Panamá y protegía el lazo que aún unía el istmo a Colombia. El siguiente fragmento lo explica de manera sucinta:

¹⁰ Dagoberto Chung, “Mistacaná”, en vv. AA., *El abuelo de mí abuela*, Fundación Casa Taller, Panamá, 2004.

¹¹ Ariel Pérez Price, *Memorias de Bocas Town: La vida y tiempo de José Antonio Price*, FUGA, Panamá, 2017.

El Tratado Mallarino-Bidlack de 1846, firmado entre los Estados Unidos y Colombia, delegó la protección del istmo de Panamá a la potencia norteña, con miras a garantizar la soberanía de Colombia, “a cambio de recíproca garantía para ciudadanos americanos, para el derecho

nos, vino a refugiarse a Costa Rica, donde, bajo la protección del presidente José Rodríguez Zeledón, logró trabar amistad con la facción radical del liberalismo colombiano en el exilio, entre ellos Belisario Porras (uno de los dirigentes de la rebelión liberal en Panamá) [...]. La ofensi-

Catarino fue abatido por una andanada de balas y murió mientras lo acariciaba el viento húmedo de Bocas del Toro.

de tránsito en iguales condiciones que los colombianos”.¹²

Es en ese marco de “poderío norteño” que un revolucionario mexicano llega a Panamá.

Catarino Garza tenía el estilo de Pancho Villa. Enfrentado al Porfiriato, se refugió al sur de la frontera mexicana, al amparo de sus copartidarios liberales. En Costa Rica coincidió con el héroe cubano José Martí, y cuando llegó a Panamá quedó inmerso en los enfrentamientos que protagonizaban liberales y conservadores. Así lo describe Pérez Price:

Catarino Erasmo Garza Rodríguez era un hombre fiel a sus principios. Acostumbrado desde su juventud a vivir en la clandestinidad, acechado por las autoridades, producto de sus convicciones políticas. Hacía algunos años había abandonado la región de Texas, desde donde lideró, frente al grupo armado Los Pronunciados, una guerra de guerrillas en contra del mandatario mexicano Porfirio Díaz. Luego de múltiples incursiones militares a través de la frontera y bajo persecución de los *rangers* norteamerica-

va militar de Garza en Bocas del Toro (al norte del istmo) era, sin embargo, parte de una estrategia nacional ideada desde Colombia que pretendió apresar al presidente [Miguel Antonio] Caro y a sus ministros, al tiempo que las fuerzas milicianas atacaban los cuarteles en Bogotá y los departamentos.¹³

Catarino fue abatido por una andanada de balas y murió mientras lo acariciaba el viento húmedo de Bocas del Toro. Tras su muerte, liberales y conservadores apresuraron la firma de la paz para dar paso a la nueva república y a la culminación exitosa del canal interoceánico. Mientras tanto, otro guerrillero, de nombre Victoriano Lorenzo, empeñado en acabar con la pobreza de las montañas de la provincia de Veraguas en consonancia con sus valores cristianos, no dejó las armas a tiempo y fue traicionado por su facción liberal y fusilado para evitar una crisis diplomática.

¿Qué fue América Latina para el cuerpo tendido como cruz del Canal? Una paradoja ideológica que todavía persiste: el anhelo de unidad.

¹² Alonso Roy, “El concepto de protección del istmo de Panamá visto a través de los tratados”, *Escritos históricos de Panamá*. Disponible en <https://n9.cl/kswfbv>

¹³ Ariel Pérez Price, *op. cit.*, pp. 8-9.

VI. LA ÚLTIMA PIEDRA

Alguna vez el Canal de Panamá existió en la imaginación de unos pocos, fue una luz mortecina hasta que nacieron fervorosos exploradores que avanzaron sin importar nada. Con el tiempo, una a una, se fueron amontonando las piedras, los escalones; así, un paso a la vez, se hizo el sendero.

Como si fuera un cuerpo humano, órganos físicos y metafísicos le dieron vida. Cada elemento cumplió una función. No había otra manera: ¿Podría el corazón reemplazar con sus latidos las conexiones neuronales del cerebro? ¿O los brazos, imprimiendo mayor fuerza, su-

plir las tareas de otro órgano? Como en cualquier sistema, ninguna parte podía fallar.

Después de los enredos que caracterizaron al canal francés y rodearon su fracaso, ¿no era lógico que el coloso del norte completara la obra en términos que le favorecieran? La geopolítica es un rompecabezas en el que ninguna pieza sobra.

Algún Wynter (con falta ortográfica incluida) dejó su huella imprescindible, minúscula o colosal, en este suelo. Algún Melo marcó de manera indeleble los linderos del cruce. Todos los nombres quedaron grabados.

Aquella fue la historia. **U**



©Idielgo Pérez, *Panamá*, 2022. Cortesía del artista



ERIN Y LA HISTORIA DE BELICE

Aïda Ramirez Romero

Eran las cinco de la tarde en Las Flores, un barrio a las afueras de Belmopán. Erin, aún vestida de colegiala, volvía cansada a su casa después de clases. Había caminado hasta el centro de la ciudad para pedir prestado a Mrs. Lisbeth un libro sobre la historia de Belice. Buscaba ideas para hacer la tarea que había pedido su *teacher*,¹ Mrs. Marleen:

—*Children, for tomorrow I want you to make a booklet that would tell the events that lead the country to its independence. First, you will explain what is celebrated on the 10th of September and then you will explain how we got our independence the 21st of September 1981.*²

En una pequeña biblioteca personal, Mrs. Lisbeth atesoraba todas las publicaciones que salían sobre el país y las ponía a disposición de cualquier mente curiosa y lectora. Sin recelos, la maestra aceptó que Erin se llevara el libro, y aprovechó la presencia de la niña, como solía hacerlo, para contar historias de su pasado.

A Mrs. Lisbeth le encantaba hablar de lo terrible que fue el huracán Hattie de 1961. Se acordaba de los muchos edificios que destruyó en Belize City, de las más de trescientas personas que murieron y de cómo

¹ Las cursivas se utilizan en este texto para introducir palabras distintas del español. La intención es representar el plurilingüismo social de Belice, que consiste en el uso de varios idiomas en los diálogos. Aquí aparecen expresiones en inglés y kriol, además del español.

² Estudiantes, para mañana quiero que hagan un folletito que cuente los eventos que llevaron el país a la independencia. Primero, explicarán lo que celebramos el 10 de septiembre y luego cómo logramos conseguir nuestra independencia el 21 de septiembre de 1981.

otras miles se vieron obligadas a desplazarse hacia el interior del país. Por otro lado, se deleitaba contando los tiempos de su niñez, cuando Belice aún era una colonia británica y algunos aspiraban a la independencia. Mrs. Lisbeth recordaba escuchar en la radio los discursos del *leader* independentista George Price, que anunciaba el proyecto de construir una nueva capital que llamarían “Belmopán”. Los medios de comunicación reportaban que varios bulldóceres arrasarían con la selva del centro del país para construir nuevas casas y oficinas de gobierno.

En aquel entonces, los padres de Mrs. Lisbeth se habían mudado de Belize City a la nueva capital, no tanto por convicción, sino más

bien para que su papá mantuviera su trabajo en el gobierno. A su mamá le había costado irse a vivir a una ciudad cuyo aspecto era más el de un pueblo aburrido que el de una capital. Erin escuchaba todas esas historias con algo de aburrimiento, pues para ella, que había nacido en Belmopán, esa ciudad siempre había existido.

—Mrs. Lisbeth, *I haffu goh, e late an I deh far from mi haus.*³

—*Al right sweety, I wah see you, don't forget fu bring back mi book when you done with yu homework.*⁴

³ Mrs. Lisbeth, tengo que irme, es tarde y estoy lejos de mi casa.

⁴ Está bien, cariño. Te veo, no te olvides de devolverme el libro cuando termines tu tarea.



©Pen Cayetano, sin título, 1986. Belizean Arts



Belize City, 1980. Fotografía de John Blower. Flickr ©

Erin se apresuró para regresar a su casa. Caminaba por las calles lodosas de Las Flores, una comunidad que se fue desarrollando desde la construcción de Belmopán, tras la llegada de familias migrantes provenientes de otros países centroamericanos. Había llovido toda la noche anterior y, a pesar del fuerte sol que quemaba las pieles, la tierra no se había secado aún. Erin trataba de evitar los charcos, rodeándolos uno por uno. Con la cabeza metida en el libro, miraba las fotografías de acontecimientos heroicos ocurridos hace mucho tiempo.

Al llegar a su casa, saludó a su mamá que, sentada en la entrada, trataba de recibir un poco de brisa para refrescarse. La niña se sentó en un banquito y llamó a su hermana de 4 años, la subió en sus piernas y la cubrió de cosquillas y besos para saludarla con cariño.

Su mamá la interrumpió:

—Erin, andá a comprar 3 dólares de tortillas para la cena.

Miró a su mamá con cara de reclamo. Quería terminar su *booklet* antes de que cayera la noche, pues la familia pasaba por una dura situación económica y ya no podía pagar la electricidad. A Erin no le gustaba hacer sus tareas a la luz de una vela y, además, le daba miedo cuando oscurecía y prefería irse a dormir. Sin decir nada más, colocó su libro bajo el brazo y caminó hacia la tortillería.

Al llegar, encontró a doña Delmy echando tortillas sobre un comal encendido. El humo y el calor de la leña invadían el ambiente. Los movimientos de la señora eran enérgicos, sus manos agarraban la masa con agilidad, formaban bolitas perfectamente circulares y las torteaba a un ritmo veloz. Los brazos de doña

Delmy bailaban, sus fuertes palmadas hacían temblar su piel, y cuando le daba a la masa una forma plana y circular, la devolvía al comal.

—Tardes, doña Delmy, ¿me da 3 dólares de tortilla, por favor?

—Ay, corazón, vas a tener que esperar, estoy sacando un pedido grande. Sentáte allí, ya te las voy a preparar.

Erin buscó un lugar donde sentarse. Vio una mesa rodeada de troncos de madera cortados que servían de sillas. Se sentó y abrió su libro. Buscaba unos textos cortos para copiarlos en hojas de papel y hacer el *booklet* que encargó la *teacher*. En cuestión de un ratito, varias personas llegaron y se sentaron también a esperar.

La voz de un anciano interrumpió su lectura:

—¿Qué lees?

Erin levantó la cabeza y vio a un señor de pelo canoso, vestido con una camisa blanca de algodón, del mismo tipo de las que se ponen quienes salen en la televisión. Erin vio que se trataba de Mr. Wade (a quien todos conocían), que vivía del otro lado de la calle que divide el centro de Belmopán de Las Flores, en una casa rosada, rodeada de pasto y de un cercado blanco. El señor tenía la costumbre de caminar cada tarde a comprar tortillas. Ya estaba jubilado y tomaba ese paseo como una oportunidad para hacer ejercicio y practicar su español, el idioma más hablado en Las Flores.

—Estoy leyendo sobre la independencia de Belice y la batalla de St. George's Caye, cuando le ganamos a los españoles.

El señor frunció las cejas.

—Pero, chica, la independencia es el 21 de septiembre y la batalla de St. George's es el 10 de septiembre, ¡son dos eventos distintos!

Para él era muy raro que la niña asociara los dos acontecimientos; incluso le parecía grave

que los confundiera. Mr. Wade tenía unos 30 años cuando vivió la independencia del país, en 1981; así que, según él, no se podían confundir. El 10 de septiembre, por otro lado, era la conmemoración de un evento colonial que había sucedido en 1798, cuando los ingleses, junto con sus hombres esclavizados, expulsaron a los españoles del territorio que ocupaban en la costa caribeña.

Esa batalla, llamada *The Battle of St. George's Caye*, se había convertido desde el siglo XIX en un símbolo de la soberanía británica sobre el territorio que hoy en día es Belice. Implícitamente —y esto es lo que más perturbaba a Mr. Wade— esa celebración conmemoraba también la dominación sobre la población esclavizada de Belice.

Durante toda su carrera, Mr. Wade participó en un movimiento político que trataba de romper con la herencia colonial, y que tenía como una de sus exigencias retirarle el carácter de día de celebración nacional al 10 de septiembre. Él sostenía con firmeza que el 21 de septiembre era la proclamación de la independencia, de manera que esa fecha tenía que ser el único símbolo de la soberanía nacional. Por esas razones, las palabras de Erin irritaron en algo a Mr. Wade, que, con los ojos bien abiertos, escuchó a la niña:

—La independencia es el 21 y el 10 también, así dice la *teacher*. Pero nosotros siempre ganamos. Porque los demás, los *pania*,⁵ sentían miedo de venir hasta aquí. Tenían un gran barco, como cuando tiran bombas y todo eso. Querían llegar a nuestra *island*, pero el gran *boat* no podía cruzar porque había un montón de *islands* pequeñas. Entonces dijeron: "No nos

⁵ Término utilizado en Belice, para referirse a los españoles de la época colonial o a sus descendientes.

podemos quedar aquí”, y nosotros comenzamos a pelear y los *pania* tenían miedo; por eso los *pania* querían matarnos a todos nosotros, pero no podían, entonces St. George’s Caye los mató a todos ellos.

Mr. Wade trataba de entender; pensaba: “la niña habla de la batalla que sucedió en el siglo XVIII en la isla de St. George y, al mismo tiempo, hace referencia a St. George como si fuera

confrontado con otra visión, la de esta alumna que vivía en Las Flores y para quien un jefe moreno había defendido Belice de los españoles en la época colonial. Lo más impresionante para Mr. Wade era que Erin no mencionaba ni a las personas esclavizadas ni a los británicos, que eran los personajes tradicionales de ese relato. Además, en su discurso, la figura del padre de la nación, George Price, parecía

A pesar de que mucha gente ha escrito sobre la historia de la independencia, el relato colonial sigue cobrando sentido.

una persona, ¿quizás quiera referirse a George Cadle Price, el *leader* de la independencia?”; y concluyó: “¡De plano, esta niña está confundiendo todo! Confunde la fiesta colonial del 10 de septiembre y la fiesta nacional del 21”. Sin contradecirla, Mr. Wade continuó con sus preguntas para tratar de entender el sentido que la joven le daba a la historia nacional:

—¿Y quién era St. George’s Caye?

—Un hombre, un moreno.

—¿Como un jefe?

—Sí.

Mr. Wade estaba en *shock*. Durante años, pronunció discursos transmitidos en la televisión, los periódicos y la radio, en los que criticaba severamente las narrativas de la batalla de St. George’s Caye. A menudo decía públicamente que esa historia elaborada en la época colonial partía de una idea racista y equivocada, que evidenciaba la dominación del blanco sobre el no blanco, en una relación de alianza sin resistencia.

Mr. Wade leía mucho y conocía todos los estudios críticos que los historiadores y sociólogos habían realizado sobre esa narrativa colonial. Pero ahora, de repente, se encontraba

haberse convertido en protagonista de la batalla colonial. Aun así, mantuvo su curiosidad por entender lo que Erin creía:

—¿Quiénes combatieron de nuestro lado?

—Todos los que hicieron el *fight* ya se murieron, porque fue hace muchos años.

—¿Pero en el libro no dice quiénes eran?

—No dice nombres, solo que vinieron de África.

—¿Y los ingleses quiénes eran?

—Pues los ingleses son de esos que vinieron de África.

Otro *shock* para Mr. Wade, que buscaba una lógica en las explicaciones de Erin. Al final, el señor llegó a la conclusión de que la joven estaba transformando la historia nacional y que no entendía lo importante que debía ser la independencia. En vez de contar una rebelión en contra del poder colonial británico, su relato se desarrollaba alrededor de una figura afrodescendiente que, para Erin, era símbolo del liderazgo político y un defensor del territorio.

—¿Y a dónde se fueron los españoles después del *fight*? —siguió preguntando Mr. Wade.

—Se fueron para El Salvador, Honduras y Guatemala, todos esos países... Ya no regresa-

ron... Desde ese día ya no regresaron porque tenían miedo, porque nosotros ganamos.

De repente la voz de la tortillera cortó la conversación intergeneracional:

—Erin, ¡aquí están tus tortillas!

La niña recogió su libro de la mesa y se acercó a la tortillera. Doña Delmy la esperaba parada detrás de su comal, con una bolsa de tortillas colgando de su mano. Erin agarró la bolsa y le dio tres monedas de un dólar.

—Gracias, doña Delmy.

Erin se dio la vuelta, orientó sus ojos hacia el suelo para no caerse, pasó a la par de Mr. Wade y, sin apenas levantar la cabeza, se despidió.

Mr. Wade permaneció sentado. Parecía mirar a las demás personas que también espera-

ban tortillas, pero estaba sumergido en sus pensamientos. Pensaba: la historia depende de quien la cuenta. Admitió así mismo que la independencia no tenía nada atractivo para esta niña. Es cierto que la independencia de Belice se ganó sin disparar armas ni derramar gota de sangre alguna; todo fue gestionado por relaciones diplomáticas en las instancias internacionales. Recordaba la emoción con la que Erin le había contado la batalla colonial, el *fight*, los *boats* que tiraban bombas y el jefe matando a los *pania*. Trataba de encontrarle una explicación: a pesar de que mucha gente ha escrito sobre la historia de la independencia, el relato colonial sigue cobrando sentido, aunque se transforma de manera exponencial, según la imaginación de cada persona. **U**



Belize City, 1980. Fotografía de John Blower. Flickr ©



SAQUEO, DESTRUCCIÓN, MUERTE Y OLVIDO EN LOS TERRITORIOS INDÍGENAS DE CENTROAMÉRICA

Wilfredo Miranda Aburto

Era lunes 24 de abril de 2023 en la Reserva de la biosfera Bosawás. La cosecha de frijol estaba lista desde hacía un par de días, así que Bernabé Palacios convocó a su esposa y su hijo para ir a la parcela a recolectar los granos, que son la principal fuente de alimentación de esta familia indígena de la etnia mayangna en Nicaragua. La parcela de los Palacios quedaba cerca de Kikulang, próxima a la comunidad de Alal. Fue por esa zona donde fueron emboscados... Un disparo sonó muy fuerte por encima del arrullo del bosque, que enmudeció cuando Bernabé cayó herido de muerte. “Los recibieron con armas de alto calibre, armas de guerra, en su propia parcela”, relata un comunitario entrevistado para este artículo, que pide su anonimato para evitar represalias. La esposa y el hijo de Bernabé lograron salvarse de los disparos que ejecutaron los “colonos”, que es como llaman los indígenas a los terratenientes ilícitos que desde hace años —con rifles de alto calibre en mano y al amparo de la complicidad del gobierno sandinista— avanzan sin piedad sobre los territorios comunales protegidos, en teoría, por la Ley 445.¹

Los comunitarios consultados no dudan de que Bernabé estuvo en la mira de los colonos, no solo por su parcela, sino porque era guardaparques de Bosawás, una selva que ocupa el 15.2 por ciento de la superficie

¹ Esta normativa es llamada formalmente Ley del Régimen de Propiedad Comunal de los Pueblos Indígenas y Comunidades Étnicas de las Regiones Autónomas de la Costa Atlántica de Nicaragua y los Ríos Bocay, Coco, Indio y Maíz.

nacional de Nicaragua y que concentra la más extensa área de bosque tropical de montaña en Centroamérica. En esta área habitan nueve pueblos indígenas y afrodescendientes en una situación históricamente marginal y —en especial a partir de 2015— de extrema violencia. Un mes y catorce días antes del asesinato de Bernabé, la comunidad de Wilú, en el territorio Sauni As, fue masacrada por los colonos. Cinco indígenas mayangnas fueron acribillados. Usaron la misma estrategia: una emboscada cuando los hombres iban a recolectar granos a sus parcelas que, de acuerdo a sus costumbres, quedan separadas de sus aldeas, a entre cuarenta minutos y una hora de distancia a pie, en lo profundo de la selva. Los varones de las comunidades generalmente salen de sus casas los sábados para cazar, pescar y recolectar frutos, una costumbre que los colonos conocen muy bien. Dos heridos lograron llegar a Musawás, la comunidad principal en el corazón de Bosawás, para advertir del ataque en Wilú. Sonó la campana del poblado con un tañido que los indígenas asocian con la violencia que los asola. Un grupo de búsqueda salió hacia la parcela. Llegaron a eso de las tres de la tarde y lo que encontraron fue un reguero de cadáveres entre la maleza y flotando a la vera del río.

Uno de los rescatados murió mientras era transportado a Musawás. El grupo de rescate se dividió y fueron a Wilú. La escena que encontraron era perturbadora: la pequeña comunidad había sido incendiada por los invasores. Las champas de madera y zinc fueron reducidas a escombros y los pocos animales de los comunitarios —cerdos, gallinas y una que otra vaca— fueron desollados allí mismo.

Las masacres en el territorio Sauni As se suceden ante la indolencia de las autoridades. A

la de Wilú le antecedió la de la comunidad de Alal, donde viven ochocientos indígenas. Unos ochenta hombres de la banda Kucalón, dirigida por el colono Isabel “Chavelo” Meneses Padilla, la invadieron, dejando un saldo de seis asesinados, diez desaparecidos y dieciséis viviendas y la ermita comunitaria quemadas.

“Matan animales y a la gente. Es un horror extremo en las comunidades indígenas”, alerta Juan Carlos Ocampo, activista de Prilaka, una organización de defensa de los derechos indígenas en Nicaragua. Él es uno de los pocos que se atreve a denunciar sin esconder su identidad en este país, sometido por la dictadura de Daniel Ortega y Rosario Murillo, donde cualquier crítica pública implica cárcel



©Cecilia Porras Sáenz, *Incendio*, de la serie *Trópico Peluche*, 2021-22. Cortesía de la artista



©Cecilia Porras Sáenz, *Tigra*, del proyecto *Jardín*, 2023. Cortesía de la artista

o exilio. Para el gobierno sandinista, la masacre de Wilú no existió.

Hay mucho hermetismo sobre lo que hacen las instituciones del Estado y no hay mucha información sobre lo que realmente hace el Ejército de Nicaragua. Obviamente el mandato del Ejército es proteger Bosawás y garantizar la seguridad de los dueños ancestrales de esos territorios, que son las comunidades indígenas —explica Ocampo—. Sin embargo, no hay información pública que demuestre que ha habido trabajo sistemático del Ejército para detener a los responsables de las invasiones a los territorios y de la violencia que hay en las comunidades. De lo que sí hay reportes es de cómo el Ejército muchas veces ha amenazado, intimidado y golpeado a líderes que están junto a sus comunidades en la lucha por organizarse para hacerle frente a las invasiones.

UN BOTÍN PARA EL EXTRACTIVISMO

No solo la reserva de Bosawás padece el fusil de los colonos. También lo sufre la Reserva biológica Indio Maíz, ubicada en el sur cari-

beño del país, y los territorios de las comunidades miskitas al norte del mismo litoral. Los nueve pueblos indígenas de Nicaragua ocupan el 35 por ciento del territorio nacional, una ubérrima área en su mayoría virgen: 42 mil kilómetros cuadrados de tentación para los ganaderos, mineros y demás industrias extractivistas.

Las tierras ancestrales están anidadas en exuberantes territorios naturales, surcadas por ríos y cubiertas por enormes árboles maderables. Rincones escondidos donde mero-dean animales exóticos (muchos en peligro de extinción), y en los que los indígenas habitan en una comunión centenaria con esta naturaleza que poco a poco va sucumbiendo a los extractivismos.

Históricamente, la Costa Caribe siempre ha representado un botín para los distintos gobiernos nicaragüenses. Los recursos naturales de esta zona han sido presas del extractivismo, una actividad estructural del modelo económico de este país. Los indígenas y su relación con la tierra nunca han sido prioridad para el Estado. La primera explotación

maderable de escala industrial ocurrió bajo la dictadura de los Somoza y duró 47 años. Luego, Nicaragua estuvo sumida en un conflicto armado (insurrección sandinista y guerra durante los ochenta) que “congeló” el avance de la frontera agrícola.

Después de la derrota de la Revolución sandinista, en 1990, los bandos en conflicto (la Contra y el Ejército Popular Sandinista) se desmovilizaron, y sus miembros recibieron tierras de la Costa Caribe. Incluso, los desmovilizados del partido indígena YATAMA (Yapti Tasba Masraka Nanih Aslatakanka) obtuvieron unas 35 hectáreas de tierra por cabeza. Era el preludio de la invasión.

El expresidente Arnoldo Alemán (1997-2002) fue uno de los precursores de la ocupación. El político liberal, acusado de corrupción, alentó a los “terceros” o “mestizos” (como los indígenas también llaman a los colonos) a tomar propiedades para ganar capital político en la zona. En 1998 la Corte Interamericana de Derechos Humanos sentenció que el Estado de Nicaragua violó los derechos de la comunidad indígena de Awas Tingni, luego de que el Ministerio del Ambiente y los Recursos Naturales de Nicaragua (MARENA) otorgara en 1996 una concesión maderera a la empresa coreana SOLCARSA. La Corte obligó al Estado a crear un mecanismo de demarcación para los pueblos indígenas a partir de este caso, lo que derivó en la aprobación de la Ley 445.

No obstante, la invasión de los territorios continuó durante el gobierno de Enrique Bolaños (2002-2007) y llegó a su clímax en 2007 con la asunción del gobierno de Daniel Ortega. La directora del Centro por la Justicia y Derechos Humanos de la Costa Caribe de Nicaragua (Cejudhcan), Lottie Cunningham (hoy silenciada por la represión del régimen), atri-

buye los mayores índices de violencia no solo al irrespeto sistemático de la autonomía de las regiones del Caribe y las leyes de propiedad comunal, sino a las políticas extractivistas reforzadas por el gobierno.

Un estudio publicado en abril de 2020 por The Oakland Institute, un *think-tank* de asuntos ambientales, alerta que el gobierno de Ortega “alienta la fiebre del oro en Nicaragua”.² En 2017 fue creada la Empresa Nicaragüense de Minas (ENIMINAS), que permite al Estado una mayor participación en negocios mineros junto con empresas privadas. Desde entonces, el total de tierra bajo concesión minera ha aumentado de casi 1.2 millones a 2.6 millones de hectáreas. Lo alarmante es que 853800 hectáreas de esa tierra están en la zona de amortiguación de la reserva de Bosawás, en territorios indígenas. Según el informe, un puñado de empresas transnacionales ha tomado el control de vastas concesiones mineras, entre las que destacan empresas canadienses como B2Gold Corp, Calibre Mining Corp, Royal Road Minerals y Golden Reign Resources. Otras son la australiana Ionic Rare Earths, la británica Condor Gold y la colombiana Hemco Nicaragua S.A.

Pero no solo es la fiebre del oro. La industria ganadera de Nicaragua, la más fuerte de Centroamérica, ha ido devorando los territorios indígenas del Caribe norte, al igual que la industria maderera. Los efectos de ambas son la violencia y la migración forzada de familias enteras.

Aunque la Ley 445 prohíbe tajantemente la venta, cesión o traspaso de los territorios

² Ver The Oakland Institute, *Nicaragua's Failed Revolution. The indigenous struggle for saneamiento*, 2020. Disponible en <https://n9.cl/mzp5z>

El drama de los indígenas nicaragüenses es similar al que viven sus pares en la región.

comunales, el tráfico de tierras es moneda diaria en las zonas indígenas. Seguir un rastro de escrituras y avales legales es muy complicado en estos territorios, donde la cultura catastral por parte del Estado es casi inexistente. Ante ese vacío, las mafias de abogados y notarios públicos se apuran a escriturar en sus gruesos cuadernos de tamaño oficio las ventas, traspasos, desmembraciones y cesiones de tierras que los colonos inscriben solo presentando un manuscrito firmado por ellos mismos. Así de rudimentario. Esos avales de tierra son la forma más común para usurpar un territorio comunal.

Tras acceder a centenares de avales y documentos recolectados en la visita, descubrí que los principales traficantes de tierras son funcionarios públicos ligados al Frente Sandinista de Liberación Nacional, es decir, funcionarios de una administración que se autodenomina “el gobierno de los pobres”. El coordinador del Gobierno Regional, Carlos Alemán Cunningham, y los concejales Waldo Müller y Adrián Valle Collins —todos sandinistas— son quienes más han avalado este tráfico ilegal. Además, el procurador general de la República del gobierno de Ortega hasta 2019, el doctor Hernán Estrada, emitió en octubre de 2010 una “constancia de no objeción” para otorgarle “gratuitamente” a un grupo de colonos más de 4200 hectáreas de tierras, ubicadas entre Waspam, Prinzapolka, Puerto Cabezas y el río Kukalaya.

En algunas ocasiones, los comunitarios han denunciado que las autoridades de gobierno les han recomendado una especie de “cohabitación” con los colonos. Pero son dos culturas opuestas. Los indígenas demandan la aplica-

ción de la quinta etapa de la Ley 445: el “saneamiento”, que consiste en el ordenamiento territorial y la expulsión de los terceros que no compartan la cosmovisión de los indígenas, ni el respeto por la tierra ni las normas comunitarias. Los invasores, por su parte, “carrilean” las tierras que ocupan, las cercan e impiden la libre movilidad de los comunitarios. Según informa el Cejudhcan:

Lo primero que hacen los colonos al ocupar territorio indígena es cercar el área e impedir el paso, una acción que violenta la lógica y la costumbre de las familias indígenas de pasar por cualquier sitio dentro de su territorio.

Esta organización no gubernamental fue una de las más de 3 mil que han cerrado el gobierno de Ortega y su esposa, la vicepresidenta Rosario Murillo. Era la única que velaba por los derechos indígenas *in situ*.

UNA REALIDAD REGIONAL

Organizaciones nicaragüenses que trabajan de cerca la violencia contra las comunidades ancestrales calculan que, en los últimos diez años, setenta indígenas miskitos y mayangnas han sido asesinados por colonos. Otro centenar han sido víctimas de secuestros, violaciones sexuales, desplazamientos forzados, traumas psicológicos y heridas que los han dejado con amputaciones o en estado cuadripléjico. Amará Ruiz, defensor de los derechos ambientales y de los pueblos indígenas y afrodescendientes, exiliado en Costa Rica por su labor, menciona que:

Se habla de la farsa electoral y de las violaciones de derechos civiles y políticos en Nicaragua, pero no de la situación ambiental. Están mu-

riendo indígenas. Hay un proceso sistemático de etnocidio, tanto en los bosques como en los territorios indígenas de la Costa Caribe.

Global Witness reportó a través de un informe en 2021 que quince personas fueron asesinadas en Nicaragua por defender la tierra y el medio ambiente. Si uno analiza el informe “Una década de resistencia”,³ encuentra que en el mismo periodo fueron asesinados ocho personas en Honduras y cuatro en Guatemala. El drama de los indígenas nicaragüenses es similar al que viven sus pares en la región.

La población centroamericana asciende a 42648580 habitantes, de los cuales más de 7.6 millones son indígenas. En el caso de Guatemala, el último censo de 2018 plantea que el 43.6 por ciento de su población es indígena. Sin embargo, los derechos de estas comunidades siguen al margen, incluyendo su participación política. Por ejemplo, la candidatura de la lideresa indígena Thelma Cabrera fue bloqueada en mayo de 2023 por el Tribunal Electoral para competir en las elecciones generales fechadas para el 25 de junio. Los indígenas todavía no tienen voz plena en Guatemala, a pesar de haber sido víctimas del genocidio perpetrado por el dictador Efraín Ríos Montt. En cambio, hoy en día, la hija del militar es una de las candidatas presidenciales que aspira sin problemas al Ejecutivo.

En Honduras, los indígenas no han podido escapar al alcance de la violencia, la corrupción y el narcotráfico. Icónico fue el asesinato de la activista Berta Cáceres: el 3 de marzo de 2016, siete hombres no identificados irrumpieron en su casa y la mataron. El Tribunal Penal hondureño, forzado por la presión in-

ternacional, determinó que eran sicarios contratados por ejecutivos de DESA, una empresa que estaba construyendo una hidroeléctrica en territorio indígena lenca.

La Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) ha denunciado una tendencia a criminalizar a quienes se oponen al modelo extractivo. El organismo ha planteado como un desafío regional la unidad de esfuerzos de pueblos indígenas para detener el avance de ese modelo “o bien para transformar su matriz de producción por una opción que sea ambientalmente sostenible y socialmente inclusiva”. Por ahora, se trata de una utopía. **U**

Una versión de este texto se publicó con el título “Etnocidio en Nicaragua: La violenta embestida de los invasores que desplaza a los indígenas en la Costa Caribe” en *Divergentes* el 9 de agosto de 2020. Texto: Wilfredo Miranda Aburto.



©Cecilia Porras Sáenz, *Diosas en la selva*, de la serie *Trópico Peluche*, 2020-21. Cortesía de la artista

³ Disponible en <https://n9.cl/dmgan>



SOBRE UNA VIEJA CABRA

Paula Piedra

¿De cuál de todos los viejos cabrones de la familia están hablando?, hubiera querido preguntar en la reunión de primos de mi papá cuando empezaron a contar anécdotas de un tal “viejo cabrón”. Después de unas tazas de café, entendí que estaban hablando del bisabuelo, que un buen día decidió dejar a toda su familia.

No fue fácil saber que se referían a él porque mi abuela paterna nunca lo mencionó, al menos no a mí. Sigo sin corroborarlo, pero según escuché decir, ella ni siquiera lo recordaba y apenas lo conoció. Desde ese día me rondó por la cabeza la intención de juntar las piezas desperdigadas de ese rompecabezas y hacer menos profundo el absoluto silencio de mi abuela, de “Daysita”, como le decían de cariño.

Mi abuelita Daysi fue el pegamento de una casa-familia que se reunía para almorzar los domingos, tomar café cualquier tarde, pasar las navidades, celebrar graduaciones y demás sucesos importantes durante toda mi infancia y adolescencia. La relación con ella la compartía con todos mis primos, pero la manera de buscarme un lugar diferente fue dedicarle atención al “Bazar Variedades”, la tienda de chucherías que mi abuela atendía desde su propia casa en barrio Luján.

Cuando yo estaba en esa casa, apenas sonaba el timbre, gritaba: “¡Yo atiendo!”. Me tomó años que mi abuelita me dejara atender sola a sus clientes. Dedicué horas a observar cómo se enseñaba la mercadería según el tipo de regalo que la gente andaba buscando. La vi abrir con llave una gaveta de madera donde guardaba monedas y billetes en una bande-

ja roja compartimentada, apuntar en un cuaderno lo vendido y dar vuelto haciendo cálculos mentales. Lo primero que me dejó hacer fue envolver en papel de regalo lo que sus clientes compraban. Cuando se percató de que yo podía hacer sumas y restas mentalmente sin equivocarme y dar de forma correcta los vueltos, me empezó a dejar a cargo del bazar. Al final de estas visitas, ella me daba un billete de 5 colones para que me “comprara un confite” o saliámos a la pulpería de la esquina de su casa y me compraba un helado de palito.

Abuelita Daysi siempre me revisaba los lóbulos de las orejas para comprobar que llevaba aretes y en la sobremesa del almuerzo, si me tenía a la par, me acariciaba las manos y me decía “mis manos de pianista”. Un día, no mucho después de haber entrado a primer grado de primaria, me atreví a preguntarle si le podía contar un secreto. Sus ojos dulces, caídos y profundamente negros me miraron con curiosidad. Cómplice, me escuchó decirle que yo quería ser escritora y que ya estaba trabajando en mi primer libro. “¿Cómo va el libro?”, me preguntaba de vez en cuando si nos encontrábamos a solas; a veces incluso me llamaba por teléfono para preguntarme: “¿Qué estás escribiendo, Paula?”. Este siempre fue nuestro secreto, pero había algo que solo ella sabía y yo no, un algo que hizo que no le sonara raro mi deseo de escribir.

Ser la nieta de Daysita también fue mi carta de entrada al Ballet Clásico Flor del Carmen Montalbán, al cual atendí como becaria desde mis 5 hasta mis 19 años. “Tía Flor”, como le decía yo, era la viuda de Carlos, uno de los hermanos mayores de mi abuelita. Ese tío fue quien le regaló a mi papá una edición de 1918 del libro *Del momento fugaz*, una serie de relatos escritos por el bisabuelo Leonardo —el tal “vie-



William Woodville Rockhill, mapa de Nicaragua, 1903. Library of Congress ©

jo cabrón” —, que fue publicado en San José por Falcó & Borrasé editores. Mi papá, motivado por mis insistentes preguntas sobre el bisabuelo, me lo regaló el 2 de setiembre de 2014 y en la dedicatoria me contaba que el libro venía de su tío Carlos, quien a su vez lo había recibido del abuelo Leonardo.

Leer *Del momento fugaz* no se sintió nada fugaz, al contrario, sentí el peso de una historia contada a retazos en esos encuentros familiares. Además, sentí el dolor del silencio de mi abuela que muchas veces encontré en sus ojos dulces, caídos y profundamente negros, pero tristes a la vez. Y al mismo tiempo sentí curiosidad por esa persona que escribió sobre ciudades y personajes de Costa Rica y Nicaragua. Quise saber algo más de él, de Leonardo, el bisabuelo-viejo-cabrón, conocerlo de alguna manera.

Tres meses después del regalo de mi padre, en diciembre de 2014, ya tenía convencidas a dos amigas, las Teres, de ir a Nicaragua por tierra. El objetivo del viaje, aparte de vacacionar y pasar el fin de año con ellas, era ir has-

ta Chichigalpa, el pueblo en el que nació ese bisabuelo.

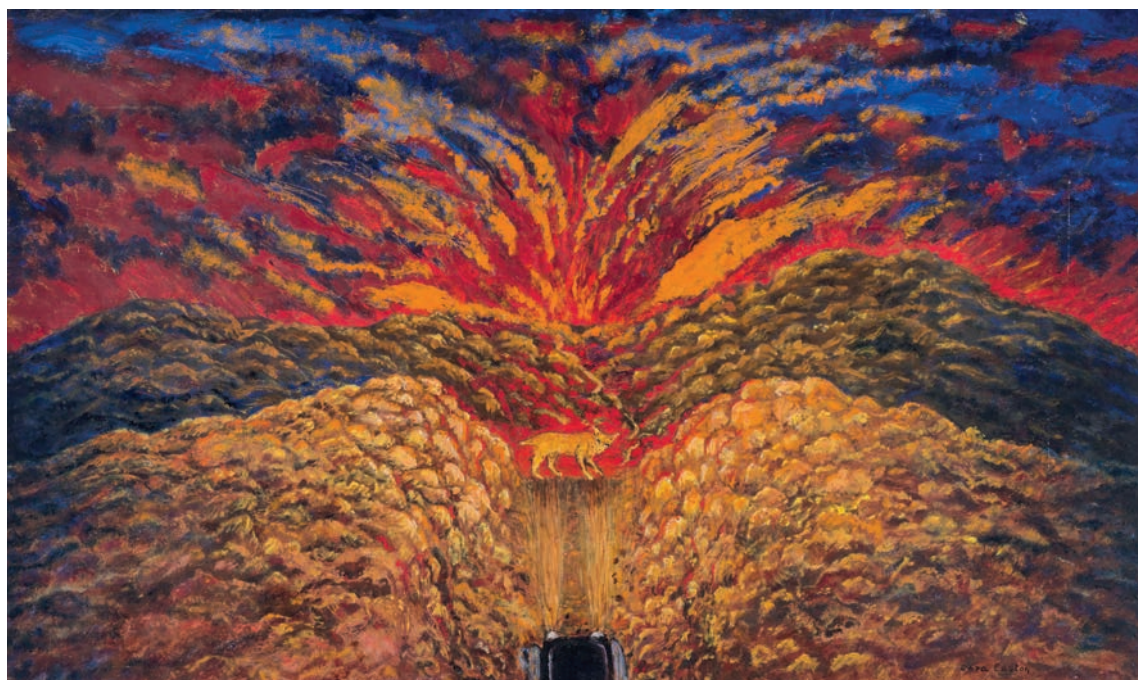
Con las Teres decidimos que era mejor alquilar un carro para realizar nuestra travesía, nos daría autonomía y flexibilidad. Salimos el 27 de diciembre en dirección al noroeste, 290 kilómetros del centro de San José hasta Peñas Blancas, el puesto de control migratorio en la frontera de Costa Rica con Nicaragua.

De camino, las Teres me escucharon contarles lo que sabía del bisabuelo-viejo-cabrón, como que fue escritor, periodista, director de periódicos y aficionado a la historia. También que nació en Nicaragua, que anduvo viviendo por Centroamérica y visitando México. Además, que en Costa Rica se casó con mi bisabuela, Lelia Zeledón, y tuvo con ella seis hijos: Leonardo, Carlos, Gertrudis, Mercedes, Dafne y Daysi, mi abuela, la menor. Y que había oído,

en aquella reunión de primos, que siendo mi abuela muy niña él se fue a Nicaragua y nunca más volvió.

Después de pasar el control fronterizo, seguimos por otros cien kilómetros hacia el norte hasta llegar a la ciudad de Granada, nuestro primer destino. Luego de tres noches ahí, viajamos diecisiete kilómetros para pasar brevemente por Masaya y retomamos la carretera por unos 45 minutos, aproximadamente veintiséis kilómetros de un camino plano y en una aparente línea recta hasta llegar a Managua.

Durante esos días, las Teres me escucharon contar que las hermanas de mi abuela sabían que eran "las hijas del Sr. Montalbán", quien fue director del *Diario de Costa Rica*. Al menos eso pensaba yo haciendo conjeturas. Me daba la impresión de que en los ochenta, en el San José de barrio Luján, barrio Vasconia, Paseo



Cora Easton, *Coyote on the Road*, ca. 1936-1939. ©Smithsonian American Art Museum

Divisamos una diversidad de mensajes políticos mezclados con símbolos religiosos, "árboles de vida" y siluetas de Sandino.

Estudiantes, Avenida 10 y alrededores, las mujeres como mis tías abuelas siempre andaban peinadas de salón de belleza, mantenían el pelo corto, pero se lo peinaban de manera que les quedaba un casquito redondo sostenido por el mágico andamiaje de muchos mililitros de laca. Nunca tuvieron canas, todos los días sin falta se ponían pantimedias, vestido hasta debajo de las rodillas y zapatos con tacones bajos, pero jamás planos. En cambio, a mi abuelita Daysi la recuerdo en pantalones con delantal y corriendo para todos lados, sin casquito de pelo en la cabeza, más bien un poco despeinada. Quizás ella era diferente porque creció sin la idea de ser "hija de alguien".

En Managua nos hospedamos en un hotel atendido por una familia de locales que nos dijeron que en casa de una tía tenían una empleada doméstica tica. Las Teres y yo nos miramos confundidas y luego bajamos la mirada, aceptando que los anfitriones nos estaban poniendo en nuestro lugar para que no se nos ocurriera salir con una altanería de josefinas-blancas-turistas en un país que tiene décadas de estar proporcionando mano de obra barata al nuestro.

Managua la recorrimos relativamente rápido, nos asomamos a las ruinas de la Catedral, saludamos al Lago Xolotlán, divisamos una diversidad de mensajes políticos mezclados con símbolos religiosos, "árboles de vida" y siluetas de Sandino. Solo pasamos una noche ahí; las pobres Teres, mientras nos acomodábamos en la habitación, seguían escuchando mis últimas averiguaciones de la historia del bisabuelo.

Había encontrado en internet una breve reseña biográfica de Leonardo Montalbán Betanco. La había transcrito completa para entender cómo se movió por Nicaragua, Costa

Rica, El Salvador y México. Para eso, puse al principio los años. En otra pesquisa, consulté las fechas de nacimiento de todos sus hijos en Costa Rica. Luego me puse a contrastar los años de nacimiento de mis tíos abuelos, mis tías abuelas y mi abuelita con los movimientos territoriales del bisabuelo. Resalté en color amarillo la siguiente información: "1926-1930, Director del *Diario de El Salvador*". Asumí que si anteriormente decía: "1922-1925, Director del *Diario de Costa Rica*", fue justo ese el momento en el que dejó a su familia tica. También asumí que entonces no se devolvió a Nicaragua y empecé a elaborar cosas improbables, como que en El Salvador le ofrecieron un mejor trabajo y que era imposible llevarse a la bisabuela Lelia, a Leonardo de 17 años, a Carlos de 15, a "Tulita" (como le decían a Gertrudis) de 13, a Merceditas de 11, a "Nani" (como le decían a Dafne) de 8, y a Daysita, mi abuela, de 6. ¿O habría querido irse con toda la familia y fue la familia la que no se quiso ir? ¿Le habría avisado a Lelia que se iba, al menos? ¿Habría quedado en algo con ella? ¿Un plan de reencuentro? ¿Se habrán escrito cartas? Tenía demasiadas preguntas y nadie que me las respondiera.

"También hice otra lista con los nombres de los libros que escribió, ordenados según el año en el que fueron publicados", les dije a las Teres esa noche, pero me di cuenta de que hacía rato que dormían.

Al día siguiente el plan era llegar a Chichigalpa atravesando rápidamente la ciudad de León. Manejé 96 kilómetros más, casi dos horas, por una autopista plana y ancha que atravesaba un paisaje seco y caliente. Me gustaba recordar un poco más qué iba apareciendo

conforme avanzábamos, pero mi mirada iba concentrada al frente, mis manos al volante, escuchando a las Teres hacer planes para el fin de año. Solo recuerdo muy bien el cielo azul, completamente despejado, y no dejar de ver frente a mí, durante el resto del día, una serie de espejismos, casi todos en forma de charcos, producto del sol encendido de esa época del año.

El bisabuelo había estudiado en el Instituto Nacional de Occidente del año 1898 a 1905, en León, pensé apenas atravesamos esta ciudad. De León a Chichigalpa eran solo 32 kilómetros, aproximadamente 45 minutos de viaje. El golpeo de las llantas del carro con las callecitas adoquinadas fue lo que nos avisó que habíamos llegado.

Chichigalpa es un pueblo tan caliente que nadie lo anda a pie. Dejamos el carro estacionado debajo de un árbol y nos montamos en el transporte popular, una especie de carroza que tenía un asiento de madera con paredes y techo de algún material liviano, que además de llevar las ventanas abiertas para que circulara el aire, daba sombra. La carroza iba montada sobre dos ruedas y era jalada por una persona que pedaleaba la rueda frontal. Le pedimos al chofer que nos diera una vuelta por el pueblo. “Disculpe —me obligué a decirle—, ¿por casualidad alguna vez escuchó hablar de un tal Leonardo Montalbán?” Lo pensó y me dijo: “¡Sí, ya le muestro!”. Condujo por las callecitas angostas y adoquinadas a buen ritmo, dobló derecha, luego izquierda y de nuevo derecha y dijo: “¿Será ese?”. De repente, en una esquina apareció la Escuela Mixta Leonardo Montalbán, el nombre estaba escrito en unas letras rojas grandes y también en el arco superior de un escudo redondo, en el inferior decía “Chichigalpa”, y en el centro figuraba un

libro abierto coronado por una antorcha que tenía escritas las siguientes palabras: “DIOS LUZ SABER GLORIA”.

Nos bajamos de la bici-carroza y las Teres me dejaron sola frente a la escuela. Buscando atenuar la sensación de ver espejismos frente a mí, me puse debajo de un almendro y pensé que esto era lo más cerca que podía estar, físicamente, del bisabuelo.

Ilustre Sr. Montalbán —imaginé que le decía y continué—: llama la atención que se haya dedicado a escribir una “Historia de la literatura de la América Central”, ¡felicitaciones por la publicación de sus tres tomos entre 1929 y 1931! —Imagino que me mira seriamente y sigo—: Llama aún más la atención, a la luz del año 2023, es decir, 92 años después de que su magna obra se haya publicado, que no incluyera nada de Belice ni de Panamá, ¿nos podría hablar al respecto? ¿Sabía de la existencia de Belice y Panamá?

Las Teres pronto me llamaron para ir en busca de almuerzo y ese día el viaje culminó en Jiquilillo, a 56 kilómetros hacia la costa pacífica desde Chichigalpa. Era una playa casi desierta donde Tina, una gringa de San Francisco, dueña de “Rancho Tranquilo”, se había asentado décadas atrás llena de ideas sobre cómo debía ser esta parte del “paraíso tropical”.

A la espera del fin del año 2014, vi a las Teres en el rancho-bar amistarse con unos italianos. Me llamaron insistentemente para que me les uniera en la fiesta y las apoyara en las clases de baile tropical para foráneos, pero no les hice caso. Desde una hamaca colorida, amarrada a dos palmeras al lado de nuestra cabina, intenté refrescarme y sacarme la sensación de tener espejismos frente a mí. Pero

de pronto, estaba de nuevo frente al bisabuelo-viejo-cabrón.

Disculpe, Ilustre Sr. Montalbán, en otro orden de cosas, espero no parecer imprudente, pero dígame, ¿le suena el nombre Daysi Montalbán Zeledón? —le pregunté. Hice una pausa, tosi, me llevé la mano a la garganta en gesto de aclararme la voz para terminar diciéndole: *¡porque tal parece que, aparte de Belice y Panamá, también a Daysi y a otros cinco hijos los está dejando por fuera de la historia!*

Me despertó el sonido de las bombetas. Cuando abrí los ojos, allá en el rancho-bar, las Teres se abrazaban con los italianos, tomaban cerveza y bailaban a José Feliciano, que cantaba “Feliz Navidad, próspero año y felicidad...”. Me uní a la fiesta por inercia, con el mismo sentimiento de resignación con el que manejé de regreso a San José el 3 de enero de 2015.

Desde ese viaje todas mis preguntas siguen sin respuesta. El secreto que mi abuelita nunca pudo compartir conmigo me recuerda la vez que, acomodando los estantes del Bazar Variedades, quebré uno de los floreros a la venta y avergonzada lo fui a enterrar al patio para que nunca nadie, mucho menos ella, pudiera encontrar la evidencia.

Daysita murió el 9 de diciembre de 2008. Me toca hacer el ejercicio fantasioso de que me llama por teléfono y me pregunta: ¿Qué estás escribiendo, Paula? Yo jamás le diría que me puse a indagar sobre su papá después de escuchar que le dijeron “viejo cabrón” en una reunión familiar. Pero tal vez le diría: *estoy escribiendo sobre la vez que fui a buscar el pueblo en el que nació tu papá*. Ella resoplaría y se le levantaría la pava larga sobre la frente, como lo

hizo tantas veces. Después vendría un largo silencio, hasta que en su voz quebrada y bajita replicaría: *¿Queeeeé? ¡Hablame más duro, acódate que casi no oigo!* De inmediato yo sabría que esto sigue siendo algo de lo que ella no puede hablar. Entonces, alzando un poco la voz, le diría: *¡Que es-toy tra-tan-do de in-ven-tar una his-to-ria so-bre un tal vie-jo ca-brón!* Dubitativa, la escucharía contestarme: *¿Que estás escribiendo sobre una vieja cabra?* Con una mano me sostendría la frente, cerraría los ojos y pacientemente me escucharía decirle: *Sí, abuelita, sobre una vieja cabra...* **U**



Karl Schrag, *Overgrown Path*, 1962.
©Smithsonian American Art Museum



EL AZOTE DEL CAMBIO CLIMÁTICO AHOGA HONDURAS

Carlos Salinas Maldonado

La Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO por sus siglas en inglés) lanzó una campanada de alerta para Honduras: en un informe elaborado en conjunto con el Programa Mundial de Alimentos (WFP por sus siglas en inglés) se advierte que en 2023 el impacto del fenómeno El Niño en el país centroamericano puede llegar a ser catastrófico.¹ Es probable que la falta de lluvias y las altas temperaturas golpeen la producción de granos importantes como el maíz, que es parte esencial de la dieta de los hondureños y constituye el 26 por ciento de las calorías consumidas en las principales ciudades del país, y el 48 por ciento en las poblaciones rurales. Esta escasez de alimentos, en consecuencia, generaría hambre, sobre todo en las zonas secas del occidente hondureño.

Esta alerta agrava la ya complicada situación de la pequeña nación enclavada en el corazón de América Latina, que aún no se recupera de la destrucción causada en 2020 por los huracanes Iota y Eta.² Honduras es uno de los países del continente que más sufre el impacto del calentamiento global, lo que se traduce en sequías extremas, inundaciones por

¹ FAO y WFP, *Hunger Hotspots FAO-WFP early warnings on acute food insecurity June to November 2023 outlook*, Roma, 2023. Disponible en <https://n9.cl/mxsiik>

² Iota y Eta fueron clasificados, respectivamente, como el primero y segundo huracán más fuertes de la temporada de huracanes del Atlántico en 2020. Iota alcanzó la categoría 4 y provocó daños valuados en al menos un millón de dólares. Por su parte, Eta, que pasó apenas dos semanas antes de Iota, provocó la muerte de 189 personas [N. de los E.].



Desertificación de tierras, s/f. Fotografía de ©Rungroj Yongrit / EFE

lluvias destructivas y un considerable aumento en los niveles del mar que amenaza a las poblaciones costeras. Lo que para los científicos son temores es ya una realidad para la población hondureña.

En las costas del golfo de Fonseca, que Honduras comparte con El Salvador y Nicaragua, los estragos del calentamiento global están a la vista. En la pequeña localidad de Cedeño, otrora paraíso tropical que atraía a turistas locales y extranjeros, el aumento en los niveles del mar ha arrasado con restaurantes, locales de fiesta, hoteles, y amenaza hasta con afectar a la escuela pública. Los vecinos ven, cual si fuera una película de terror, cómo el mar “se traga” a su pueblo, lo que ha empujado a muchos a emigrar a otras regiones del país o a buscarse la vida en la peligrosa ruta hacia Estados Unidos.

Portal de la Ciencia, revista de estudiantes e investigadores de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), advierte en un informe de 2017 sobre la región que:

La aldea de Cedeño es altamente vulnerable al embate de los fenómenos hidrometeorológicos que periódicamente ocurren en sus playas (marejadas), a esto se le debe sumar los efectos que producirá el cambio climático. Todo lo anterior ocasionará daños irreversibles, como el retroceso de la línea de costa, inundaciones debido al aumento del océano, pérdida de humedales, intrusión de agua salina y desplazamiento de personas.³

Localizada a 167 kilómetros de Tegucigalpa —la capital administrativa de Honduras—, la población cedeña ha visto con el pasar de los años cómo el turismo ha disminuido a un ritmo alarmante debido al aumento del mar, que ha sepultado instalaciones enteras. El estudio publicado por la UNAH muestra que el área ur-

³ Juan Ángel del Cid Gómez y José David Cáceres, “Variación de la línea de costa en la aldea de Cedeño, y cartografía ante marejadas y ascenso del nivel del mar”, *Revista Portal de la Ciencia*, diciembre de 2017, núm. 13, pp. 87-102. Disponible en <https://n9.cl/zd9sp>

El país sufre altos índices de violencia que generan organizaciones criminales como las maras y el aumento del narcotráfico.

bana inundada corresponde a 4 hectáreas del pueblo y dibuja un escenario bastante pesimista: para el periodo 2046-2065 el ascenso del mar superará los 38 centímetros.

Los impactos negativos en el sistema territorial y, por ende, en la calidad de vida de sus pobladores serán grandes. [...] La magnitud de la pérdida de playa es sumamente preocupante. La última marejada, ocurrida en mayo de 2015, causó una intensa erosión costera, modificando la línea de costa, dañando infraestructuras y ocasionando un desplazamiento de personas hacia sitios más seguros.

La situación también es alarmante en el resto del país. En el llamado “corredor seco”, que comprende la franja de costa del Pacífico, el nivel de vulnerabilidad es alto porque se trata de una zona que sufre el impacto de largas sequías y de lluvias intensas sobre los cultivos. Al respecto, la FAO y el WFP advierten:

Es probable que las condiciones secas en este periodo afecten la cosecha principal de maíz en etapas críticas para el rendimiento de los cultivos, con efectos adversos en la producción.

El estudio estima que aproximadamente 2.6 millones de hondureños (el 28 por ciento de la población total) sufrieron inseguridad alimentaria aguda entre junio y agosto de 2022. Y para 2023 vaticina que, aunque las lluvias serán menores que en años anteriores, las altas temperaturas dominarán durante el verano en esta región que muchos conocen como “el horno” de Honduras. El panorama previ-

sible para la temporada de junio a noviembre de 2023 en cuanto a la producción y el consumo de alimentos sugiere una situación similar a la del pasado año.

La disminución en las cosechas de granos básicos en 2023 podría reducir las reservas de alimentos para el consumo y la venta, aumentando la dependencia del mercado de 1.9 millones de pequeños agricultores en Centroamérica, después de que ya se han visto comprometidos por los efectos de la pandemia de Covid-19 y la guerra en Ucrania.



Monocultivo de palma africana en la zona garífuna hondureña. La Ceiba, Atlántida, Honduras, 2023.

Según Enoc Reyes, uno de los principales expertos sobre calentamiento global en el país centroamericano,

en Honduras tenemos los efectos del cambio climático palpables día a día [...]. En mayo comienzan las lluvias necesarias para los cultivos, pero este año fue uno de los meses más secos. Al ser Honduras un país en vías de desarrollo, el campesino cuenta con las lluvias en tiempos exactos para cumplir con el ciclo de las cosechas, pero al tener estos desajustes climáticos que afectan los procesos de producción, las cosechas bajan

y se genera escasez de alimentos. Muchas personas se quedan sin trabajo en el campo y vienen las migraciones internas a las ciudades porque el campesino pierde su estabilidad. La migración externa debido al cambio climático en Honduras también es tangible.⁴

Honduras es uno de los países más pobres del continente. Según datos recabados por la ONU, el 59 por ciento de la población total del país —estimada en 10 millones de personas— vive en la pobreza y el 32 por ciento en extrema pobreza. El Banco Mundial (BM) revela que, en 2019, alrededor de la mitad de la población vivía con menos de 6.85 dólares al día, una proporción mucho más alta que el promedio de América Latina. Debido a la falta de una alimentación adecuada, al menos el 20 por ciento de la niñez hondureña no logra una altura adecuada, y el BM ha advertido que

un niño que nace en Honduras será casi la mitad (48 por ciento) de productivo cuando crezca de lo que podría ser si se le garantizara una educación completa y una salud plena.⁵

Además de la pobreza y las consecuencias del cambio climático, que se ha convertido en un fuerte dolor de cabeza para la población hondureña, el país sufre altos índices de violencia que generan organizaciones criminales como las maras y el aumento del narcotráfico. Honduras es también una de las naciones más peligrosas del mundo para los defensores del medio ambiente: entre 2010 y 2021, el país registró el asesinato de más de 120 ecologistas,



Fotografía de ©Heriberto Paredes.
Cortesía del artista

⁴ Enoc Reyes se desempeñó, en el año 2020, como responsable de la oficina de Cambio Climático de Honduras [N. de los E.].

⁵ Banco Mundial, “Honduras: panorama general”. Disponible en <https://n9.cl/2hib>

entre ellos el de la activista Berta Cáceres, asesinada en 2016 por oponerse a la construcción de una represa en el país.

Un informe de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) muestra que en años recientes se ha incrementado la temperatura promedio anual en Honduras y que esta tendencia se mantendrá.⁶ Según la CEPAL, el aumento podría ser de entre 2 °C y 5 °C para 2100, mientras que las precipitaciones podrían reducirse entre un 15 y un 50 por ciento. El escenario que presenta este organismo es negativo para la economía hondureña:

Las ganancias agrícolas en Honduras son sensibles al clima; un incremento en 1°C de la temperatura media implicaría una reducción aproximada de alrededor de 2.14 dólares mensuales en las ganancias agrícolas. Así, cuando la temperatura se eleve en 2°C las ganancias agrícolas mensuales promedio se reducirían en alrededor del 9 por ciento, lo que representa para los hogares rurales hondureños cerca del 3 por ciento de su ingreso mensual total. [...] Una evaluación de los impactos económicos acumulados que conllevará el cambio climático sobre el sector agropecuario hacia el año 2100 muestra que las pérdidas podrían ser de entre el 4 y el 19 por ciento del PIB, dependiendo de la severidad de las variaciones climatológicas.

María Rabuñal, directora regional adjunta de Acción contra el Hambre, una organización no gubernamental que apoya a poblaciones vulnerables de Centroamérica, asegura que la situación de esta región ante las consecuen-

cias del cambio climático es preocupante. Rabuñal advierte que, en el caso de Honduras, un tercio de la población está en riesgo de sufrir una crisis alimentaria. Junto con sus colegas, que desarrollan proyectos en el Valle de Sula, al norte del país, ha visto cómo ha aumentado la migración debido a los estragos en los cultivos y otras fuentes de empleo generados por fenómenos naturales devastadores como Iota y Eta, que golpearon con fuerza esa zona hondureña. En entrevista telefónica desde Guatemala, Rabuñal explica:

Hay un gran flujo de migrantes. Honduras es el país de origen de muchos migrantes que salen hacia Estados Unidos por motivos económicos que vienen dados por esta dificultad de auto-subsistencia. [...] Estamos viendo que desde la pandemia la situación no deja de empeorar.

El propio BM ha informado que tanto la pandemia como los huracanes contribuyeron en aumentar 8.2 puntos porcentuales la pobreza en Honduras durante 2020. Ese año, unas 400 mil personas perdieron su trabajo y aproximadamente el 70 por ciento de los hogares reportaron una caída en sus ingresos. Los huracanes generaron escenas apocalípticas en un país que ya sufre la pesadilla del cambio climático: pueblos enteros anegados, poblaciones forzadas a abandonar sus hogares, calles inundadas, cosechas enteras arrasadas, puentes destrozados. Hasta el aeropuerto de San Pedro Sula, una de las mayores ciudades del país, quedó estropeado por el fango y dejó aislada la urbe. Al respecto, Enoc Reyes menciona:

En el Valle de Sula hemos visto inundaciones inmensas. Todos los volúmenes de lluvia de un mes pueden caer en una semana. Hay problemas

⁶ Diana Ramírez, Juan Luis Ordaz *et al.*, "Honduras. Efectos del cambio climático sobre la agricultura", CEPAL, México, 2010. Disponible en <https://n9.cl/5lusa>

en las infraestructuras, la gente pierde sus casas. Muchos se quedan sin empleo y deciden emigrar a otros países. De ahí las caravanas de migrantes. [...] [Huracanes más potentes, sequías más largas y el aumento en los niveles del mar] serán fenómenos más constantes, por lo que debemos pensar en reforzar las infraestructuras, edificar escuelas resilientes al cambio climático, reubicar a la gente para que no construyan en lugares vulnerables. [...] No se puede ver el tema del medio ambiente como algo aislado. Al no verlo de manera integral se comete un error, porque dejarlo para después puede derivar en peores consecuencias. Si el campo no produce, si las personas no tienen seguridad alimentaria, salud y educación, la situación será catastrófica.

Para Reyes, los hondureños deben aceptar que van a convivir con las consecuencias de este fenómeno. Dice que no se trata solo de luchar contra esta circunstancia —aunque se deben realizar las acciones recomendadas por los expertos, como la reforestación o el cuidado de los recursos naturales—, sino también de adaptarse a ella, es decir, tomar medidas para enfrentar huracanes más potentes, sequías más largas y el aumento en los niveles del mar. El problema es que países como Honduras necesitan apoyo económico para prepararse frente al impacto de los efectos del calentamiento global. Sin ese apoyo, todo apunta a que la situación irá cada vez peor: habrá más caravanas migrantes, más hambre y más pobreza en un país que se ahoga por el cambio climático. **U**



Garifunas jóvenes llegan a Tegucigalpa para participar en una protesta en contra del asesinato de Berta Cáceres, Honduras, 2016. Fotografía de ©Heriberto Paredes. Cortesía del artista





ROZA TUMBA QUEMA

FRAGMENTO

Claudia Hernández

El viaje a ese otro país ni es capricho ni es el sueño de toda su vida. Si insiste en hacerlo y en buscar los medios es para poder ver a su hija. Lleva años en su búsqueda. Nunca ha cejado. No entiende que una madre pueda hacerlo o que pueda no lanzarse a encontrarla, como la suya cuando vivían en una hacienda con nombre de caballo, donde también eran colonos sus abuelos maternos.

Entonces tenía 9 años. Su mamá la envió a moler maíz para hacer unos tamales que, en adelante, no volvieron a gustarle. La mandó antes de las siete de la mañana para que no fuera a retrasar sus planes en caso de que se extraviara o se distrajera en el camino. Le explicó por dónde debía caminar y que lo primero que debía hacer al llegar al lugar era dar los buenos días y llamar con cortesía al dueño del molino. Luego debía repetir que decía ella que por favor le moliera esos granos y que le iba pagar con lo que sacara de la venta. Era día de fiesta. Los feriados eran una oportunidad para conseguir algunos centavos extra. Ella no quería dejar pasar la oportunidad. Estaba consciente de que no era la mejor cocinera de los alrededores, así que solo podía competir si llegaba más temprano que las otras. Podía ganar tiempo si enviaba a alguien a moler. Mientras, avanzaría con los otros ingredientes.

No necesitaba decirle quién era su mamá: ella parecía su retrato. Tampoco debía rogar. En caso de que él dijera que no, tenía indicaciones para

◀ ©Oswaldo de León Kantule, *Mujer cacao*, 2018. Cortesía del artista

ir a otro molino, uno que quedaba un poco más lejos, pero donde seguro les fiarían porque eran conocidos de hace mucho tiempo atrás y porque, además, habían sido ayudados por su papá cuando lo habían necesitado. Estaban en deuda con ellos. Si no la enviaba ahí desde el inicio era por la posibilidad de salir más temprano. Lo tenía todo calculado, excepto el hecho de que, al pasar por la playa de arena blanca, la niña se pondría a jugar con las olas y perdería la noción del tiempo frente al encanto del agua.

Cuando por fin llegó, eran las cuatro y media de la tarde. La madre estaba enojada. Quería pegarle, reclamarle al menos, pero solo le quitó el recipiente para apresurar los tamales. Tenía en mente que, si no había podido ser la primera, todavía podía hacer algún dinero vendiendo a los que llegaban al final de la fiesta y debían conformarse con lo que hubiera quedado de ella. Pero estaba tan abatida y cegada por la cólera que, en lugar de verter agua en la mezcla, le echó gas, que guardaba en un depósito idéntico.

Cuando recuerda el episodio, no se lamenta por la tunda que le dio entonces ni por todo lo que le gritó, sino por el hecho de que ella no saliera a buscarla, a sabiendas de que el mar inmenso y hermoso también era un peligro que pudo habérsela tragado. Siempre se ha preguntado por qué no lo hizo. Ha tratado de creer que fue porque tenía muchos hijos, pero la respuesta no la convence: ella, aunque hubiera tenido treinta o cuarenta niños, habría dejado todo por ir a traer a la que le hacía falta, así estuviera en la selva.

Para que no volviera a tardar, en adelante, la envió a un molino que quedaba al otro lado de la bahía. Con la marea baja, se podía cruzar

por ahí con el agua debajo de las pantorrillas. Después de una cierta hora, debía pagar bote para volver. Y jamás le daba dinero para él. Pensaba que, con el reloj del agua y nada de dinero, la mantenía en control porque volvía siempre a la hora. Pero quien en realidad controlaba sus regresos era su hermano. Él era quien sabía leer el agua y la posición del sol y era quien le avisaba cuando llegaba la hora de dejar de jugar y de regresar a la casa. Su papá le había enseñado cuando lo llevaba a sembrar con él. Su mamá lo enviaba con ella para que la niña ayudara a cuidarlo, pero era él quién la cuidaba a ella: él sí sabía por dónde caminar para no encontrarse con serpientes y por dónde meterse para conseguir buena fruta para comer durante la espera en el molino.

Confiada en que su hija ya había aprendido la lección durante un año de trayecto, la envió con una de las hermanitas menores: necesitaba que el niño la ayudara con algo de la casa para lo que se necesitaba fuerza de hombre, aunque el hombre fuera un niño de apenas 9 años.

La historia de la playa blanca se repitió porque la hermana pequeña era tan distraída y juguetona como ella. Fueron dos las encantadas con el agua y las caracolas que perdieron la noción del tiempo y se encontraron cruzando la bahía cuando el agua subía y lo llenaba todo.

Podían haber considerado pasar el tiempo en la orilla hasta que el agua volviera a dejar pasar a la gente a pie, pero el recuerdo de la tunda era tan fuerte que, frente a la masa azul, la única opción viable para ella fue decirle a su hermana que debían enfrentarse y cruzar cuando todavía era posible, aunque difícil. El plan era sencillo: ella se la subiría a los hombros y la sujetaría por las piernas con toda la



Almeida Junior, *Marina, Guarujá*, ca. 1890 ©

fuerza necesaria a cambio de que la pequeña llevara el huacal con la masa tan alto como pudiera y tan fuerte como le fuera posible, sobre todo en los 5 metros en los que, según su cálculo, el agua las cubriría por completo.

Convenció a la hermanita con un relato muy breve de la paliza que había recibido el año anterior. No había tiempo para detalles. Debía confiar en ella. Si tardaban más, el agua seguiría subiendo y convertiría su oportunidad en un tramo imposible. La hermanita estaba pequeña, pero entendía qué era no tener dinero para pasar de regreso y entendía también la idea de salvar la masa para no tener que enfrentar la furia materna, así que cerró los ojos y la boca, como la mayor le indicó, y protegió el huacal más que a su propia vida.

Cuando salieron, el corazón le palpitaba muy fuerte. Se volvió al agua inmensa y dijo "Gracias, señor", aunque no sabía quién era ese señor al que agradecía o si había algún señor al que agradecer. Le parecía increíble estar del

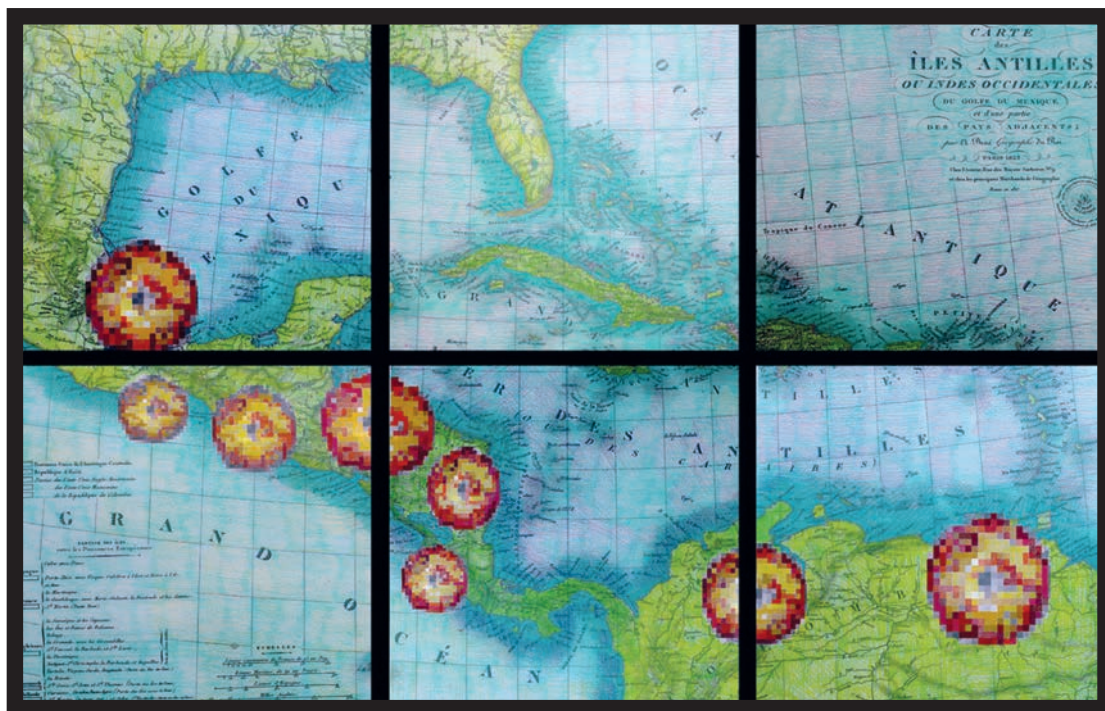
otro lado. Su hermana, en cambio, empezó a llorar, no porque había tragado agua, sino porque había perdido un poco de masa en el paso. Pensaba que su mamá la iba a castigar por no haberlo conseguido. Ella la convenció de que no pasaría nada. Estaba segura de que su mamá no se daría cuenta del faltante. Y, si llegaba a notarlo, le diría que había sido culpa suya. Le juró que su madre lo creería, aunque no estaba convencida de eso. Creía que su madre tenía el instinto afinado (aunque en realidad lo que tenía era un reloj) y que, de una u otra manera, las descubriría, así que, en lugar de contárselo a ella, se lo explicó a su padre, que había regresado temprano a la casa ese día.

A los pocos días, estaban mudándose de lugar. La versión oficial fue que su papá ya no quería seguir viviendo en los terrenos del abuelo materno porque había conseguido unos propios en un lugar con nombre de planta, pero ella suponía que había sido por protegerla porque no había masas de agua para cruzar a los

alrededores. Ella era su niña, la primera de las hijas mujeres que había conseguido vivir.

En esa zona, donde también vivía la hermana de su papá, encontró otra gente que le pegaba: sus vecinitas. Se peleaban siempre con ella porque era nueva y porque llegaba a llenar los cántaros, y porque siempre andaba limpia y ordenadita. Le decían vanidosa. Entonces, le jalaban la falda para que se cayera, le tiraban el cántaro o metían en ellos sus manos enlodadas para echarle a perder el trabajo y hacerla esforzarse más. Ella quería defenderse, pero había sido advertida por su mamá para no golpear a nadie. Su madre no quería problemas. No quería que respondiera a las agresiones ni con palabras. Si alguien le decía algo o le hacía algo, debía aguantar en silencio. Si no lo hacía, ella le pegaría más fuerte que esas niñas.

Un día que sus papás se fueron para una boda, decidió enfrentar a las que la atacaron. Recogió del suelo unas vainas muy grandes y muy duras y azotó a las niñas después de que le botaron el cántaro para que su mamá la regañara. Les dio en las caras, en los brazos, detrás de las rodillas y en todas las partes donde le dolía cuando su madre le pegaba a ella. Les dio con la intensidad con la que sentía que la castigaban a ella y hasta que dejaron de reírse. Y se puso a llenar de nuevo el recipiente y a prepararse para enfrentar el juicio por regresar la boca del recipiente astillada. Sabía que no se libraría de eso porque, una vez que regresó quebrado un cántaro porque lo soltó cuando le salió una serpiente que le golpeó la cara, su mamá, que no entendía excusas, la golpeó por no haber visto la serpiente, por no ha-



©Edgardo Aragón, *Contra 1*, 2019. Cortesía del artista

*Sus hermanos mayores, que
entrenaban desde antes que ella,
solo le dijeron que se callara y
tratara de dar en el blanco.*

ber llevado agua y por haber quebrado el cántaro. Tres veces distintas. Para que aprendiera.

La mamá de las niñas también quería darle una lección, así que la esperó en el camino de regreso, la tumbó de un puñetazo en el ojo y le dio patadas en el torso hasta hacerla llorar. Además, le vació el cántaro, así que ella debió regresar al río cuando el dolor se calmó un poco para llenar su recipiente y no regresar con las manos vacías.

Si su madre hubiera estado en casa, le habría pegado más. Pero la que estaba era la hermana de su papá. Tras escuchar su historia, tomó un machete y se fue a buscar a la mujer que la había golpeado. Le gritaba que saliera, que no fuera cobarde, que no se metiera con una niña, sino con alguien que pudiera defenderse. La tía estaba tan enfurecida que ni la mujer ni el marido de ella salieron a enfrentarla. Se encerraron en la casa con las niñas y no salieron ni cuando ella por fin se retiró ni varios días después. La imagen de la tía rodeando la casa, gritando advertencias y agitando el machete contra el suelo hizo que los otros vecinos también se escondieran y que, en adelante, ningún niño se atreviera a volver a molestar a su sobrina cuando acarreaba el agua. Por supuesto, no se lo contaron a la madre, que no comprendía por qué, de pronto, hasta le ayudaban con el agua a su niña. No lo habría entendido.

Cuando cumplió 13 años, su papá le enseñó a armar una pistola, a desarmarla y a disparar. Cuando preguntó por qué, su papá le respondió que había cosas que debía saber. Cuando preguntó para qué debía saber eso, dijo que porque habría un momento en que tendrían que irse, dejar su casa, irse al monte y aguantar hambre, sueño y frío. Cuando preguntó por qué deberían hacer eso, le contestó que porque, para algunos, la vida solo era esperar a que la

vida pasara, pero que ellos no podían darse ese lujo. Sus hermanos mayores, que entrenaban desde antes que ella, solo le dijeron que se callara y tratara de dar en el blanco. Lo que hacían era para protegerse. A ella le parecía excesivo. Quizá si estuvieran todavía viviendo en la otra hacienda o las vecinitas siguieran fastidiándola con el agua, lo habría considerado útil. Pero estando ahí, con su padre y la familia de él pendiente de ella, no lo veía necesario. De todas maneras, lo hacía porque él se lo mandaba. Y porque él se lo mandaba era también que iba a la catequesis y accedía a correr y a arrastrarse en el suelo, y a saltar obstáculos y a hacer todos los otros ejercicios que los catequistas la mandaban después de impartir la doctrina.

Había oído rumores de guerra, pero no los relacionaba con nada de lo que hacían ellos en los predios o en las canchas cuando el sol bajaba su intensidad. Creía que lo hacían porque era bueno para la salud, como ellos mismos decían, y por diversión. No había muchas cosas para entretenerse por esos lados. Si se negaba, seguro la ponían a hacer oficios domésticos en su casa. O la mandaban a rezar, que le gustaba todavía menos.

Ahora entiende que, mientras ella solo oía siglas y veía pinturas a las que no les encontraba sentido ni gusto, ellos sabían lo que iba a pasar. Su papá estaba entrenando a sus hermanos para la guerra, había mudado a su mujer y a los más pequeños para tenerlos seguros y la adiestraba a ella para proteger la casa cuando ni él ni sus hermanos mayores estuvieran cerca. Los catequistas los preparaban para que resistieran en los montes, sea que fueran a pelear en ellos o les tocara refugiarse



Combatientes del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional durante la guerra civil en El Salvador, 1983 ©

se como les tocó unos meses después, cuando el Ejército invadió esa zona.

El día de la irrupción, ni su papá ni muchos otros hombres de la región estaban en sus casas. Los ruidos y gritos que salían del lugar eran de una estampida de solo niños y mujeres, y de los helicópteros que los seguían y ametrallaban. Ella, que estaba cuidando a sus seis hermanos menores cuando comenzó, los tomó como pudo y corrió con ellos en la misma dirección en la que iban los demás de la población. Su madre, que estaba dentro de la casa preparando la comida, no tuvo oportunidad de salir sino hasta un rato después.

Cuando lo logró y llegó donde ella estaba con sus hermanitos y el resto de los habitantes, le dijo: “Acá le entrego a sus hijos. Yo me voy porque no sé qué es esto”. Y se fue al monte. A esconderse, que era lo que su instinto le decía. Se fue con la tía que la había defendido

de la mamá de sus vecinitas y con las hijas de ella a refugiarse en una quebrada. Su madre, que sí sabía de qué se trataba todo eso, le recibió a los niños y le dijo que ni ella ni sus hermanitos podían irse de ahí, que era posible que los mataran y que, si podía, hiciera lo posible por salvarse ella. No le deseó suerte ni la abrazó. No había tiempo para más que para tomar a los niños de la mano y darle a ella la única tortilla que consiguió sacar de la casa.

Eso comió cuando pasó la noche entera en la quebrada iluminada por los morteros, los cañones de 60 y de 105. Y la compartió con su tía y sus primas en esa noche eterna. **U**

Claudia Hernández, *Roza tumba quema*, Sexto Piso, CDMX, 2018, pp. 15-23. Se reproduce con el permiso de la autora.

Rini Templeton, Panamá, 1977.
©Rini Templeton Memorial Fund ►



ARTE

MARILYN BOROR BOR: RESISTENCIAS A LOS LENGUAJES DE LA OPRESIÓN

Gemma Argüello Manresa y Alhelí de Vicente García

Las relaciones de dominación y poder son producto de la interacción entre diversas estructuras opresivas y configuran lenguajes y signos que brindan o despojan de identidad a diversos sectores sociales. Por esa razón, el arte se vuelve un terreno de resistencia, pues mediante él es posible cuestionar estructuras sexistas, racistas y coloniales asumidas como estáticas. Esto es particularmente cierto en Centroamérica, una región atravesada por la experiencia de la guerra y la dictadura, y por procesos de aculturación que han intentado borrar las culturas indígenas y afrodescendientes.

Marilyn Boror Bor es una artista guatemalteca indígena maya-k'aqchikel, que aborda la complejidad de estos temas en su trabajo, en el que explora el lenguaje, el patriarcado, y la influencia del colonialismo y la globalización en la identidad y los territorios indígenas mayas. A través de sus obras, relata su experiencia como indígena landinizada y evidencia el poder del uso y olvido de las palabras como detonantes de significados culturales.¹

En *Kaqchikel-Slash-Kaxlan*, Boror muestra cómo el uso del lenguaje es un sello que separa y clasifica, que pretende dar y mantener un orden social, configurando lo que se percibe como lo otro, lo *ajeno*. Asimismo, devela el racismo y clasismo al dejar ver cómo la gente adopta unas identidades sobre otras mediante la selección de palabras.

Por otro lado, en *Deshabitar el cuerpo* y *Diccionario de objetos olvidados*, expone cómo el olvido del lenguaje propicia la desaparición de culturas enteras. Hay una pérdida de identidad y de saberes cuando aquellos que pertenecen a comunidades indígenas se ven forzados a asimilar el idioma y la cultura dominantes. Sin embargo, siempre hay resistencia, como la que existe frente a la avasalladora globalización que borra otros saberes, evidente en la serie *Ancestras*, o frente al desplazamiento territorial en *Peinar las raíces II*.

¹ Entrevista para la 10 Bienal de Arte Paiz. Disponible en <https://20bienal.fundacionpaiz.org.gt/marilyn-boror-guatemala/>





IKAQ' [ʔikaq] || s. la. Honda. Forma poseída: Rikaq'. Instrumento con una banda de cuero sujeta por dos tiras a cuales se agarran y se hace girar al aire para disparar la piedra que se coloca en la banda de cuero. *Xeb'aq'ujun ri ak'wala' pa chäj, xwkik'waj el ri kikaq'.* Los niños fueron a pajarear (cazar pájaros) al bosque, se llevaron sus hondas. Sin. Ach'i'y, ikaq'ib'äl.



XUL [sul] || s. Flauta. Ocarina, Chirimía, Pito. Instrumento pequeño y hueco que produce un sonido agudo cuando se sopla por él. Forma Poseída: Ruxul. *Xulöq kan jun ruxul ri ti ruk'ajol ri ma Xwan pa nimaq'ij.* Don Juan le compro una ocarina a su hijo en la feria. ||Esofago. Manzana de adán. Gaznate. Forma poseída: Ruxul. *Yalan nq'alajin pe ri ruxul ri ala' pa ruqul.* Al joven se le



KA'AJ [Kaʔax] ||s. la. Rancho. Forma poseída: Ruka'aj. Choza o casa pobre con techumbre de paja o lámina que se hace en las afueras de la comunidad. Su construcción es muy simple, generalmente de unas columnas de madera y el techo. *Kojb'e paran chupan la ka'aj, la jäb' nanik petenäq.* Vamos a guarecernos debajo del rancho porque la lluvia viene muy



KA' [ka'] || s. la. Piedra de moler. Forma poseída: Ruka'. Piedra con una cara cóncava o plana sobre la cual una persona desliza otra piedra llamada mano para triturar el nixtamal y otros tipos de granos. *Xuchäq rutz'o ri xta klax rik'in la k'ak'a' ruka'.* Nicolasa está moliendo su nixtamal con su nueva piedra de moler. Sin. Jok'ob'äl.



XOQ'OP [soq oph] || s. la . Tocoyal. Forma poseída: Ruxoq'op . Listón que se usa amarrado como turbante alrededor de la cabeza. *Ri xta Nikte' xukēm jun ti jeb'ël ok ruxoq'op.* (La señorita) Nikte' se hizo un hermoso tocoyal. Var. Xaq'op.

Del *Diccionario de objetos olvidados*, 2016-2020. Veinticinco fotografías y libro objeto

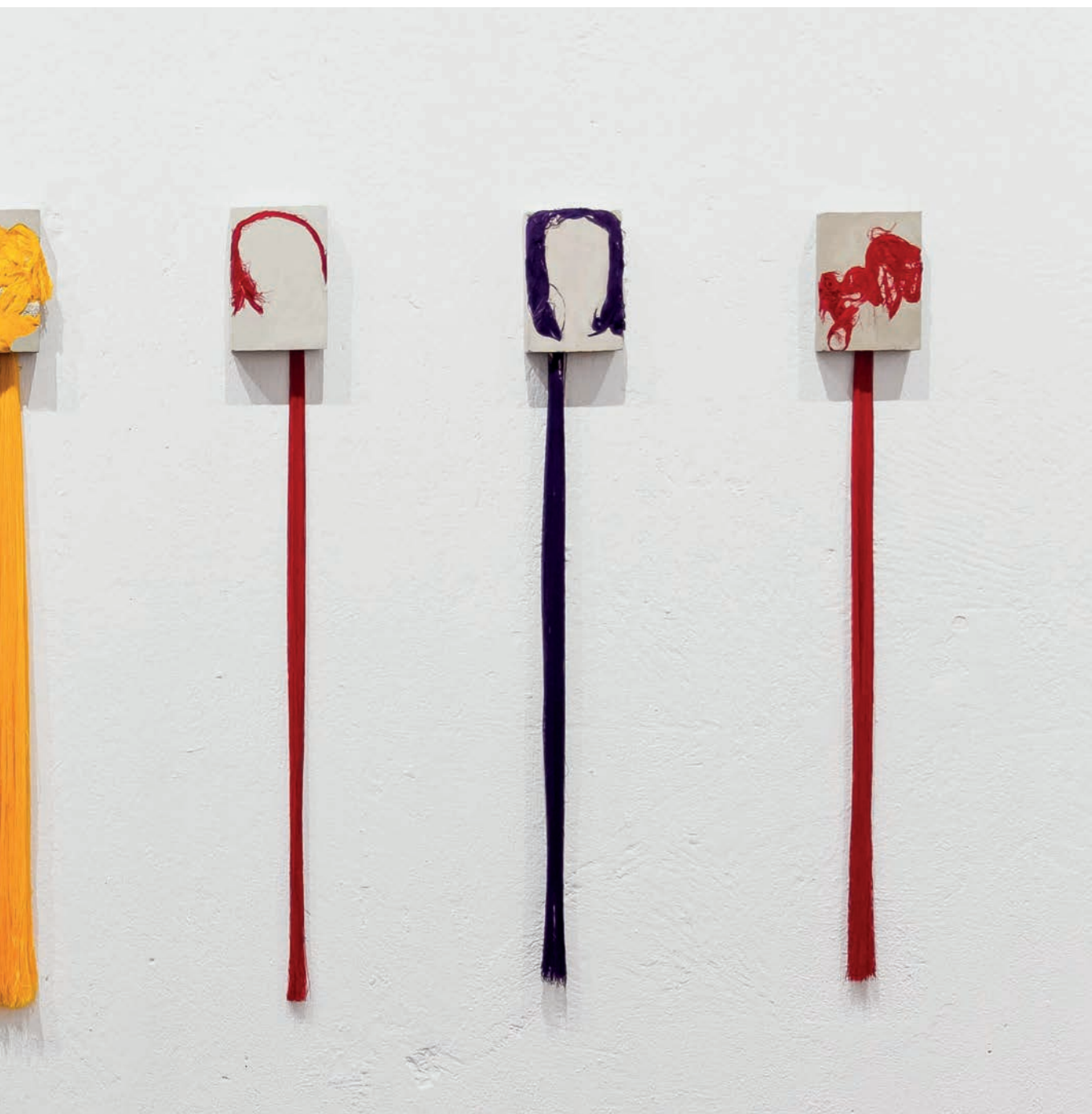


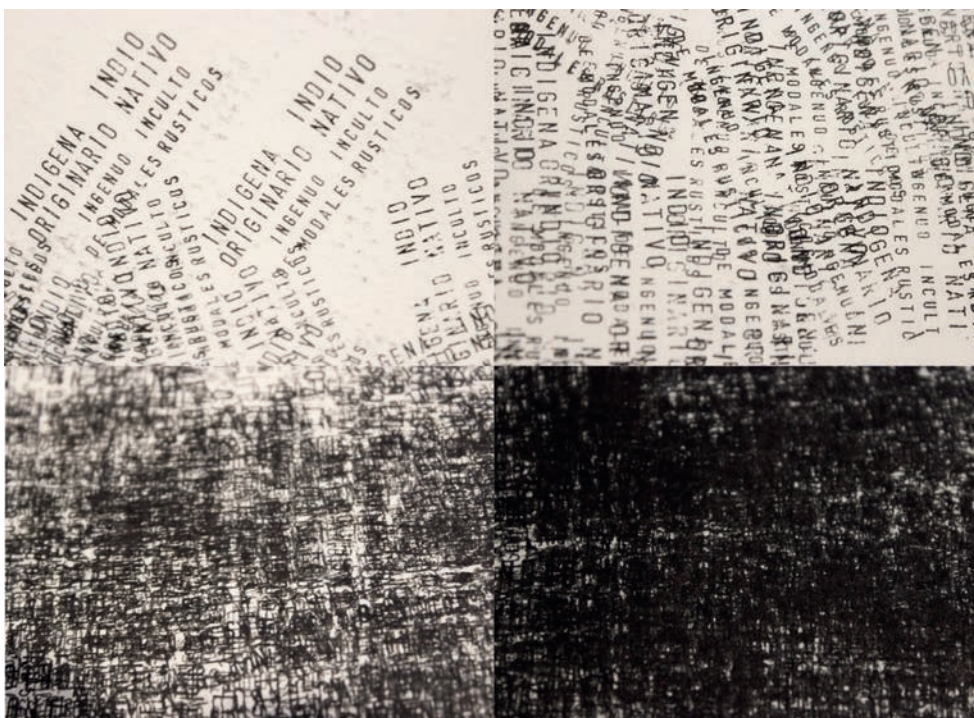
Deshabitar el cuerpo, 2018





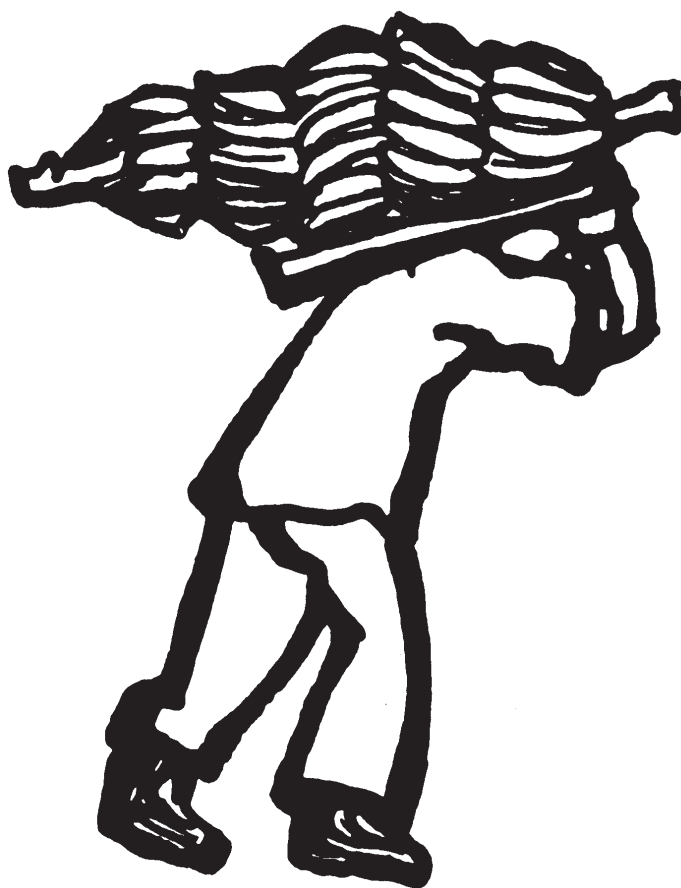
Peinar las raíces II, de la serie *Rituales sepultados*, 2022. Concreto e hilos





Kaqchikel-Slash-Kaxlan, 2014

Rini Templeton, Panamá, 1977.
©Rini Templeton Memorial Fund ►



PANÓPTICO

“EN LAS ENTRAÑAS DE QUIENES DAÑAN”

ENTREVISTA CON XIMENA SANTAOLALLA

Sara Casanovas

En menos de dos años de dictadura, el Estado encabezado por Efraín Ríos Montt asesinó a 100 mil personas: 2 mil de ellas, mayas ixiles. La mexicana y ganadora del premio Mauricio Achar Random House en 2021, Ximena Santaolalla, traslada a los lectores a la Guatemala del dictador con su primera novela, A veces despierto temblando. En ella, la autora hace una exploración minuciosa de la complejidad humana en un contexto de violencia brutal a través de un texto coral. Mediante la narración en primera persona, los lectores acceden directamente a las entrañas, los miedos, los traumas o los deseos de venganza y olvido de los personajes. Esa cercanía al horror del genocidio es justamente lo que aterra y conmueve al mismo tiempo. Un canto de voces que se escuchan fuerte y siguen vivas.

¿Qué has encontrado en la escritura?, ¿qué representó el premio Mauricio Achar de cara a tu futuro como escritora?

La escritura me ha brindado mucha constancia en el día a día. Es un trabajo duro y continuo que me empuja a dar lo mejor de mí. Siempre pienso qué quiero leer y eso es lo que termino escribiendo para lectores hipotéticos. Significa también compromiso y mucha paciencia. Los resultados no llegan rápido, hay que trabajar mucho. Eso es lo que he aprendido escribiendo esta novela. Por otro lado, el premio fue un estímulo para seguir escribiendo para aquellos lectores que ahora ya son reales.

◀ Ximena Santaolalla, s.f. Fotografía de ©Alberto Kritzier

¿De qué forma te ha permitido la ficción explorar esta historia?

Cuando escuché la entrevista a Claudia Paz y Paz, la fiscal que llevó ante la justicia a Ríos Montt por genocidio —y que, además, fue parte del GIEI para el caso Ayotzinapa—, me impactó mucho. Empecé a estudiar el tema y pude conseguir la sentencia. Toda la información estaba ahí. No hacía falta que escribiera una novela, pero la mayoría de la gente no iba a leer esos documentos. Sentí que era importante escribir algo que llegara al corazón, y la ficción es la mejor manera de hacerlo.

¿Qué fue lo que más te impactó durante la investigación?

Leer los testimonios, lo que les pasó a las personas, cómo fueron violentadas en sus comunidades. También entender el trasfondo económico y político. La decisión de desatar ese nivel de violencia tuvo dos razones: por un lado, el odio a los pueblos originarios; querían una Guatemala blanca. Por el otro, buscaban acabar con todos esos pueblos ubicados en la Franja Transversal del Norte porque a las élites les convenía explotar sus tierras fértiles y ricas en petróleo y minerales.

¿Qué parte fue la que más te costó escribir en el plano emocional y cuál a nivel narrativo?

El personaje de Aura fue el más difícil. Emocionalmente es muy fuerte describir un abuso como el que sufrió. Está basada en dos víctimas reales: en Yolanda Aguilar Urizar, a quien secuestraron y tortu-

raron durante nueve meses cuando tenía 16 años para castigar a su madre, una sindicalista guatemalteca. Y también en una joven k'iche' que fue violada y después sufrió la desaparición de su hija.

¿Cómo trabajas el silencio, tan presente en el texto?

En el caso de Ocelote hay mucho silencio. Me inspiré en especial en *El llano en llamas* (1953), de Juan Rulfo, donde el silencio y la sonoridad son personajes. Tal vez por eso se siente la presencia del silencio en los capítulos como algo importante, porque la historia de Guatemala y las dictaduras tiene mucho que ver con el silencio de las víctimas y los victimarios. Es justamente eso lo que perpetúa el dolor. Por un lado, está el silencio que se debe a la culpa de los que llevaron a cabo las masacres con sus propias manos; por el otro, el de las víctimas que creen que si les pasó algo terrible, era porque algo malo había en ellas.

Sumado al silencio, hay otro personaje importante representado en lo animal y en la figura del nawal. ¿Cómo surgió?

El nawal me sirvió como metáfora de la pérdida del espíritu en el personaje de Ocelote. Quería dejar claro que el entrenamiento de élite militar está diseñado para deshumanizar a las personas, para volverlas monstruos. Los nawal tienen forma animal, pero, al perderla, se vuelven seres viles que masacran, violan y torturan. Esa pérdida es simbólica, pues, para mí, el humano es peor que el animal. La

figura maya del nawal, compartida por México y Guatemala, también me sirvió para representar la hermandad entre estos países. Además, los animales también son víctimas de las dictaduras militares al ser usados para enseñar a torturar.

¿Qué otros textos te inspiraron para capturar las voces de los personajes?

La fuente principal para este libro fueron los testimonios. El primero, la sentencia por genocidio contra Ríos Montt dictada por Iris Yassmin Barrios. Algunas frases me impactaron tanto que las adapté para la novela. Luego, otros textos de au-

tores que hablan de Guatemala, como Miguel Ángel Asturias o Rodrigo Rey Rosa. También Horacio Castellanos Moya, aunque él no es guatemalteco [sino salvadoreño nacido en Honduras]. Manolo Vela Castañeda, en su libro *Los pelotones de la muerte* (2014), investiga sobre los entrenamientos militares. También admiro mucho a la escritora Svetlana Alexiévich y sus obras *La guerra no tiene rostro de mujer* o *Últimos testigos* (ambas de 1985), que tratan sobre el rompimiento entre generaciones. Otra gran fuente de inspiración fue *Hijo de la guerra* (2019), de Ricardo Raphael, o *Claus y Lucas* (1986), de Agota Kristof.



Guatemala, 2012. Flickr ©

Pasando de los personajes a las personas, ¿pudiste hablar con los testimoniantes?

Sí, no fue fácil; aunque ya han pasado cuarenta años, la situación en Guatemala sigue siendo delicada. De hecho, Zury Ríos, hija de Ríos Montt, dice que no hubo genocidio y tiene el apoyo de los militares y empresarios que se beneficiaron de la dictadura. A los testimoniantes les daba miedo hablar, que nos escucharan. Me pidieron que no dijera sus nombres. Por ejemplo, hablé

La cuestión del abuso ronda el texto: “Supe cosas de personas sobrevivientes. Aunque no les llamaría ‘personas’, más bien cuerpos vacíos, vaciados, que quedaron vivos medio muertos. Mal”. ¿Qué sucede después?

No puedo saber qué hay después de una situación así de terrible, pero en las mujeres que sufrimos una agresión sexual primero hay una negación, para protegernos. Después hay culpa, esa sensación de tener algo podrido o sucio, “si me pasó algo

Estos testimonios me ayudaron a corregir algunas cosas, me dijeron qué palabras se usaban en esa época, por ejemplo.

con una chava que me contó que se llevaron a su papá y nunca lo regresaron. Supieron de él porque en el diario militar —allí se ofrecían datos sobre la gente que desaparecía y lo que les hacían— apareció su nombre. Lo torturaron de forma espantosa y después lo mataron. También hablé con una mujer que fue guerrillera durante tres meses y cuyo esposo fue asesinado durante la dictadura. Estos testimonios me ayudaron a corregir algunas cosas, me enseñaron qué palabras se usaban en esa época, por ejemplo.

Trabajar la sonoridad y el lenguaje significó un reto, ¿cómo fue?

Los personajes me daban la pauta. Ellos me decían cómo tenían que hablar de acuerdo con su posición histórica, social y geográfica. Yo solo debía hacerles caso y aprender. Escuché la radio, leí libros y hubo otras personas con las que revisé el texto.

terrible, debe haber algo terrible en mí”. Es un camino larguísimo que nunca termina y que se vuelve parte de nosotras. No digo que el abuso “se vuelva” la persona, pero sin duda estará presente. También existe vergüenza al contarlos. Se puede notar en las grabaciones de los testimonios. Es horrible y triste, pero natural en el proceso para sanar. En muchos casos hay algo de autodestrucción, por eso el camino es ambiguo, nunca recto: da muchos giros, como una espiral. A veces resulta frustrante porque da la impresión de que no se avanza. Hay demasiada neblina. Pero también hay momentos de mucha alegría al sentirse un poco mejor.

Háblanos de la presentación en Guatemala.

Uno de los libreros me comentó “Te quiero agradecer por contar la historia que nosotros no nos atrevemos a contar”. Yo le contesté que eso no era verdad, que a ellos

sí les podría pasar algo. La amenaza, para ellos, es real. Una chica k'iche' se acercó en la presentación para contarme que sus papás no estaban bien, que durante la dictadura asesinaron a varios parientes. Ella no entendía qué había pasado porque no le contaban nada. En la escuela tampoco se hacía mención de ello. Mi libro, me dijo, le había ayudado a entender mejor la historia y a su familia.

En otras entrevistas hablas de la necesidad de obsesionarte con las historias. ¿Qué temas te preocupan?

Me importa el dolor humano y poder transmitir lo que ocasiona un abuso en las personas. Eso puede conectar con quien lo ha padecido para que no se sienta mal con las consecuencias. Entender que es normal pasar por momentos extraños donde actuamos de forma errática o tenemos reacciones autodestructivas. Eso es lo que quiero mostrar en mis textos. También me interesa explorar por qué las personas dañan a otras o a los animales. Para mí es un misterio, no entiendo por qué alguien querría hacerlo. Me gustó meterme en las entrañas de quienes se comportan así, aunque da miedo, porque cuando te acercas mucho al fuego te puedes quemar. Cuando escribía la novela temía que me tragara ese lado del mal que existe.

México está presente en el libro ¿Por qué mencionas Jalisco, Michoacán y Guerrero?

Escogí esos estados porque ahí se ubicará otra de mis novelas. Quería hablar de mi país porque también es muy violento

y tiene grandes problemas. Era relevante para mí decirlo. En Jalisco se gestó la primera organización criminal mexicana que se dedicó exclusivamente al narcotráfico. Ahora el Cártel Jalisco Nueva Generación es uno de los más importantes. En Michoacán surgieron las autodefensas, que sirven de protección del narcotráfico y del terrorismo de Estado. Guerrero es importantísimo en cuestión de insurgencias, a pesar de que no hemos escuchado nada desde 2017 porque el Ejército y el crimen organizado arrasan con cualquier levantamiento. Pensemos en Ayotzinapa, en 2014.

¿En qué trabajas ahora?

Estoy acabando una novela más íntima y psicológica, narrada por un solo personaje en dos tiempos, niña y adulta, sobre una familia disfuncional en la Ciudad de México.

El otro texto en el que estoy trabajando retoma a Gavilán y Estrella. Empezará en los años setenta en Guerrero y luego saltará al año 2000. Hablará de cómo con la tecnología actual es difícil que sobrevivan movimientos insurgentes, pues son fácilmente aplastados, y de cómo muchas veces el crimen organizado hace mancuerna con la milicia. También de la minería extractiva en ese estado, un problema muy serio por los desplazamientos forzados masivos, la trata y la devastación ambiental que provoca. Antes, al crimen organizado no le convenía la minería. Sus integrantes seguían con sus plantaciones de marihuana y amapola, pero ahora ganan más con la explotación minera, ilegal y legal. **U**

PAPELES

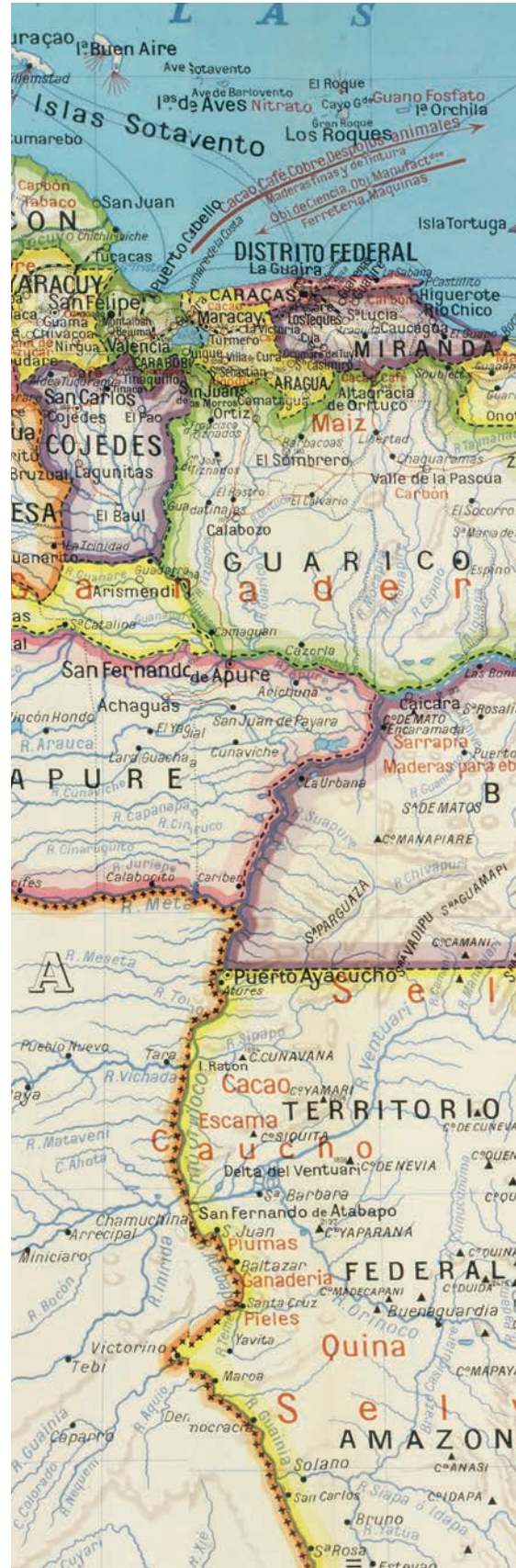
Susana Gabriela Nuevo Silva

Si quedarse resolviera algo, ¿sabes? Nos hubiéramos quedado en Venezuela —me dijo.

Ahí me cerró la puerta y ya solo escuché el *tacatá* de la maleta mientras la bajaba por la escalera. Mi “ex”: no me lo podía creer. Pensé: me ahorco con la bufanda de cuadros, en la puerta, como el actor este gracioso; mi familia iba a acabar entendiéndolo: Dios, o el destino, o algo. Pero lo cierto es que no tenía fuerzas para quitarme la cabeza de la perra de encima; a lo mejor si no hubiera estado roncandito, tan poquita cosa. Total, que solo me quedé ahí sentada, llorando en el sofá, sin saber ni qué día era, y sintiendo lástima por mí misma, que había ido al ambulatorio para que me dieran algo para el dolor de cabeza, y me habían devuelto a casa con unos papeles que ponían que no podía trabajar porque tenía depresión, y algo de que me tomara unas pastillas con nombres de nave espacial.

Mis papás me habían dicho que no me casara. Que era muy joven, que los divorcios eran peores que un policía con el pipí chiquito; pero yo tenía los papeles ahí, muertos de la risa haciendo nada, media familia ya en España; y vivía con un novio que llevaba tres años diciéndome cosas bonitas, como que todos los días daba gracias de que yo me hubiera fijado en él. Y lo de irnos ya lo habíamos decidido, hacía rato, todos los que teníamos pasaporte. Claro, es que cómo le haces entender a la gente de aquí que un día te gastaste la nómina entera en

Maison Forest, mapa físico y político de los Estados Unidos de Venezuela, 1930 © ▶



mayonesa, no para ti, para ver si la podías truequear por otra cosa, porque nadie quería dinero que a la semana siguiente iba a valer la mitad. Y, eso, que el mucho circo y poco pan habían acabado por hacer que las gentes estuviéramos dispuestas a matarnos por un pollo o un desodorante, si hacía falta. Hasta el día en que me escoñeten la nevera los bajones de luz, me decía a cada rato un primo que, al final, por cierto, vendió la nevera para que la usaran de ataúd de uno ahí del barrio. Si es que me acuerdo de estar sosteniendo la medalla de graduación y pensar que, a lo mejor, alguien

me la truequeaba por la pipeta del perro. Y el perro ahí con su pulguero, rojito y desesperado, como casi todo en ese país.

Cuentos así nos aguaban mucho los amores a la gente de andares tropi-tristes que nosotros fuimos siempre; una gente que, hasta encontrarse, no había imaginado que se podía tener algo que le diera auténtico terror llegar a perder. Recuerdo que hubo un día que me fueron a robar en una camioneta los mismos nenés que me habían robado la semana anterior. Y el asunto me hizo una gracia un poco demasiado impropia, la verdad. Cuando me puso el puñal en la cara, lo miré y le dije: papi, tú mismo me robaste el otro día, todavía no me he podido sacar ni la cédula. Y me dice el muérgano: ah, bueno, nos vemos otro día, pues. En la noche fue que me di cuenta de la suerte que teníamos de estar cogiendo sin saber lo que se sentía tener un cuchillo dentro de uno.

Cuando ya no escuché más la maleta, fue que me puse a llorar en serio; y como no supe usar el cuerpo para levantarme e ir a por la bufanda, me dio por ponerme a sobar a la perra y a pensar en el día en que le había propuesto al tipo este que nos la jugásemos en España juntos. Al cuento lo llamábamos "el de los zapatos". Habían matado a uno que venía saliendo de un banco: un tiro en la cara para quitarle un sobre que llevaba, que se ve que lo estaban cazando. Pasó todo muy rápido, y muy demasiado cerca de mí. Yo vi los pedacitos de cabeza del señor y su charco rojo que se iban acercando adonde yo estaba. Me acababa de bajar de la camioneta y se me habían cruzado con la moto, le dispararon, agarraron el sobre y se fueron. Y ante ese tremendo espectáculo de cosas feas, yo solo conseguí pensar en mis zapatos. Eran los únicos zapatos con los que



©Ronald Pizzoferrato, de la serie *El camino de los objetos*, Cúcuta, Colombia, 2018. Cortesía del artista

podía ir a trabajar porque había que lucir “empresarial”. Los zapatos que había truequeado por azúcar y creo que una gorra porque, de comprar, el dinero era para comer, y apenas. Había tenido suerte de que la hija de mi amiga hubiera justo terminado el colegio y no los necesitara más. Pensé, con toda mi calma, que si me los manchaba de sangre y restos de cráneo, pues ya no los iba a poder usar. Y es que solo eso me faltaba. Y, entonces, ya que me volvió el color a la cara, supongo, algo en mí se murió un poquito: nunca había podido ver con tanta claridad a mi monstruo, podrido de miseria, al que le importaban más unos zapatos que un señor muerto al que bien hubiera podido haber llamado “papá”.

Sacábamos a pasear el cuento casi siempre que algún fresco quería venir a preguntarnos que si no sentíamos culpa, o algo, por haber dizque dado la espalda a un país que necesitaba gente buena y dispuesta a pasarla mal antes de poder salir adelante. La verdad es que, alguna vez, después de haber estado ya un rato en España, sí que sentí un “o algo” de esos. Como cuando el del trabajo me dijo que, si a mí me ponían de coordinadora, me iba a ganar un enemigo contra el que no iba a poder pelear; que él no iba a estar escuchando sugerencias, mucho menos órdenes, de una “gorda venezolana” que no se merecía ni el puesto que ya tenía. O, también, ese día en que la policía me fue a tocar la puerta de la casa. Era por San Juan, que en Cataluña celebran con petardos, como llaman aquí a los triqui-traque. Ese domingo, los niños del barrio decidieron llevarse los petardos hasta mi calle y jugar al tiro al blanco con mi balconcito del primer piso; y con tan buena puntería, que dos de cada tres aterrizaban justo en la ventana. Y yo: se va a estallar el cristal. Y el perro que

parecía una maraca: los dos ahí, atrincheros, sin aire acondicionado y con esa solísima ventana que tenía el piso con los manchones de pólvora o lo que fuera que tienen los petardos para hacer *pum*.

Y yo claro que salí a decirles a los niños que se fueran y, naturalmente, se envalentonaron más: ahora me lanzaban petardos, piedras y me llamaban “sudaka de mierda”. Entonces, pues, creo que hice lo que cualquiera hubiera hecho: llamé a la policía. Y la cosa fue más o menos así: tal, dígame. Y yo: mire, que unos niños están lanzando petardos y piedras a mi balcón. Que tengo miedo de que se queme algo o me entren por la ventana y tal, que ya había intentado hablar con ellos y la cosa se había puesto peor. Y le doy la dirección, y el tipo me dice, con una velocidad que hace pensar en asuntos más serios, que ellos no me podían mandar patrulla hasta allí. Y yo: como por qué, si la estación de policía estaba a 2 kilómetros como mucho, si yo le pasaba todos los días por el frente cuando iba a trabajar con la bici. Y me dice el hombre, ahora sí, con una pausa que medio parecía de persona: es que vive usted en un barrio complicado. Que si nosotros evitamos intervenir en disputas con gitanos, y no se lo recomiendo a usted, señora. Cierre las puertas y ventanas, que ya acabarán por irse cuando usted deje de prestarles atención. Y yo, horrorizada: no entiendo, me van a quemar la casa ¿y usted me está diciendo que no van a hacer nada? Y el tipo: señora, no exagere, no le van a quemar la casa. Le recomiendo que hable usted con el representante gitano de su comunidad para ver si puede hacer algo por su situación. Y yo no pude más. Le colgué al muy sumadre, me entró la locura que solo le entra a la gente cuando las injusticias son grandes, y salí al balcón a gritar y a pedir ayu-

Hay poca cosa que puedas reclamar cuando eres una gorda venezolana que se vino a vivir a España, para colmo sin dinero.

da, señora histérica total. Que a lo mejor si la gente se comenzaba a asomar de otros pisos, al menos los niños estos se espantarían. Pues no. Lo que sí: a los minutos llegaron dos hombres que, supongo, serían familia de los niños, porque lo que hicieron fue unirse al corito anti-sudaka y comenzar a lanzarme basura que había por la calle. Y yo, hecha una maraña, cogía la basura y se las lanzaba de vuelta. Fue entonces que, por casualidad, supongo, bajaba una patrulla de policía por la ronda. Ni modo, les tocó parar; y allí fue que comenzó lo verdaderamente chimbo.

Se bajaron dos policías, un hombre y una mujer. Que qué pasaba y tal, que cálmese todo el mundo. Y yo con la saliva en las tetas y basura en la mano. Me dijeron que subían a verme y abrí la puerta. Les dije que ya les había llamado y que me habían mandado a freír, que entraran para que vieran cómo iba el balcón, y a ver si resistían cinco minutos en el piso cerrado con la madre calor que hacía. Y la mujer: mire, cálmese, usted está de okupa, ¿no? —Y aquí algo me dolió en algún lado— Porque si usted está de okupa, no le conviene que la policía esté aquí. Y yo la miré, sin saber qué pensar. Le solté un “no” como pude, y le atajé: ¿Por qué cree que estoy de okupa? Y la mujer, que no lo pensó, supongo: no, por el acento y por la zona. Y yo, que tenía la rabia triste de la gente que ha hecho demasiadas cosas para que le firmaran demasiados papeles, le escupí estas aladas palabras: *si vols, parlem Catalá*.

De ahí me pidieron ver el contrato de alquiler y mis papeles. Se los mostré: Bueno, señora —me dice ahora el tipo, mientras la mujer

estaba pasando las páginas del contrato— usted tiene que saber que vive en un barrio chungo, y en los barrios chungos van a pasar estas cosas. No sé por qué usted está alquilada aquí, pero considere mudarse. Que esas cosas iban a seguir pasando, y tal. Y yo: esto es todo lo que puedo pagar. Y la mujer, que ya me había chismeado el contrato: aquí dice que usted paga 400 al mes. ¿Qué? ¿Usted no trabaja? ¿Vive sola? Y yo, con voz de robot, supongo: que mi marido y yo trabajábamos para nosotros y para poder mandar a Venezuela, que si los trámites, que si la familia que no tenía ni agua limpia para bañarse. Yo que era profesora y hacía treinta horas por semana y porque no había conseguido nada más; y él, que estaba comenzando con un trabajo de repartidor, apenas. Que no llegábamos a 1200 al mes entre los dos y que, para poder mudarnos, teníamos que ahorrar suficiente para una fianza. Y me dice el hombre: Mire, nosotros ya se lo dejamos claro. Si usted ahora pone una denuncia o hace algo, igual va a tener que mudarse, porque ellos no van a parar de estar detrás de usted, es más: irá a peor. Intente buscarse un mejor trabajo, o pida ayuda a su familia.

Me acuerdo que me empecé a reír triste. Les pregunté si me podían poner eso por escrito en algún papel, no sé: como para yo tener evidencias del disparate que me estaban diciendo cuando les contara a mis amigos. Me dicen que no me están diciendo nada que no sea evidente para todo el mundo. Y tenían razón: a mí, ahí, evidentemente, no me querían; y me lo estaban haciendo saber. Si es que ni cuando el tipo del trabajo me amenazó con no sé qué pistola que tenía en Seattle; que se ve que se le metió que yo iba a hacer que lo echaran, y vete tú a saber qué más película se había montado en su cabeza: ni eso les pareció bue-

na razón para despedir al bicho. Al final, la solución a mi problema se escribía igual que su causa: había que irse. Qué más daba una pistola más o una menos si la apuntan contra alguien que, igual, ya tendría que estar acostumbrada. En fin, yo qué sé; o, bueno, sí que supe algo: que hay poca cosa que puedas reclamar cuando eres una gorda venezolana que se vino a vivir a España, para colmo sin dinero.

Todavía no me puedo quitar de la cabeza el recuerdo de estar llorando aquella noche mientras me abrazaba mi ex, con todo y que hacía todo el calor de Calorlandia; y, así, todos húmedos, me decía, suavcito, que ya nos mudaríamos, que él iba a hacer todas las horas que pudiera, y que a ver si nos daban un préstamo para una fianza. Me consolé un poco, creo; aun-

que igual no tanto, porque unos días después discutí feo con él. Su familia nos debía mil y pico de euros entre una que se iba a Argentina, que supuestamente iba a devolvernos el dinero, pero que al final mejor se hizo manicuras y muy la loca. Luego, también hubo que sacar plata para sobornar a la policía en Venezuela, para que no metieran preso al papá de él por haber atropellado a una mujer embarazada: que la mujer había perdido al niño y todo; y en Venezuela meten bombillo en el culo y cortan dedos y cosas así en los penales. Él no les quería cobrar el dinero porque sentía que él tenía el deber de ayudarlos sin pedirles nada, que ellos estaban igual o peor que nosotros. Y yo solo quería llorar de puro frustrada, porque sabía que no había nada que yo pudiera



©Ronald Pizzoferrato, de la serie *El camino de los objetos*, Maicao, Colombia, 2019. Cortesía del artista



©Ronald Pizzoferrato, de la serie *El camino de los objetos*, Bogotá, Colombia, 2019. Cortesía del artista

decir que no sonara medianamente egoísta; y las egoístas, usualmente, no tienen un marido que las abrace, aunque haga calor.

Y qué terrible que apenas acabara de empezar a refrescar por los días en que el tipo este me dejó. Igual no fue lo peor de toda la situación, pero fue lo que se me hacía más urgente chillar cuando sentía el mordisquito helado debajo de la manta: había estado todo el verano esperando a que se fuera el calor para poder dormir con él, para abrazarlo y hacer añuñú, y la perra acomodándose entre los pies para amanecer todos, unos encima de los otros, ebrios de felicidad. Porque, a ver, con todo y el Covid, los dos teníamos trabajo y habíamos adoptado a la perrúscula a ver si, bueno, a lo mejor luego no se nos daría tan mal eso de cuidar de un cachorrito de los que tienen pulgares y apellidos. Mira si estaríamos mejor, que hasta nos habíamos podido mudar a un lugar adonde sí iba la policía cuando los llamabas.

Ahora que no estoy allí, a veces echo de menos a la gente sencillita, igual de extranjera

que uno, que vivía cerca de nosotros. En la planta baja de donde nosotros, todavía debe estar el burdel de las chinas que un día me regalaron una piña del tamaño de un limón: así, nada más porque les hice gracia una vez que les sostuve la puerta para que entraran al edificio. Ahí mismo sacaron la piñita de la bolsa del mercado y me dijeron: toma, para ti. Y yo, tan contenta con mi piña, no se me había ocurrido pensar que el otro me veía entrar en casa y algo dentro de él le hacía pensar que aquello de quererme se le iba haciendo un fastidio.

Desde esos días, me sigo despertando medio llorando. Y es que a mis cosas tiernas se ve que les cuesta aceptar que me abandonaron de verdad, sin haber hecho nada malo, como me había dicho él. Todo el asunto inevitablemente me hiede a pesadilla. Entonces me quería matar, creo, de la pura vergüenza de tener que pedir ayuda a mis padres porque no podía seguir alquilando el piso. Me daba miedo que me miraran desde el *telodije* de sus propios divorcios. Al final, se tragarón como pu-

dieron la noticia y me ayudaron a buscar para donde irme; a ver si vuelvo a encontrar un trabajo que se pueda hacer si uno está siempre un poquito triste; y, puestos a pedir: un poquito de estabilidad para mí y para la perra, que ni la pelearon a la pobre. De hecho, el tipo solo la mencionó cuando me propuso que él me podía pasar algo de dinero para su comida, el veterinario, y tal; pero que a cambio le hiciera yo el favor de retrasar la firma del divorcio un año, por si acaso, que no tardarían más que eso en mandarle sus papeles nuevos, y entonces ya no iba a tener que saber más de él. Y yo, para la furia de mis ancestros, le había dicho que sí.

No lo hice por los 20 euros al mes que me ofreció, que lo que me dio fue lástima por su sueldo de fritar hamburguesas. Lo hice porque hacía una semana, o algo así, le estaba yo abrazando y pegando saltitos frente a la pantalla de los trámites de extranjería. Le dije que sí, porque, si no lo hacía, significaba que no había valido la pena que yo le mandara dinero para que no tuviera que hacer colas en lugar de escribir la tesis, y dónde quedaban los dos primeros años en los que él no podía conservar ningún contrato y me salía a mí pagarlo todo, incluyendo las guitarras y todos los periquitos que él me pidió porque, con eso, él dizque se iba a ganar una vida mejor para los dos.

Si le obligaba a que me firmara los papeles en ese momento, de nada había servido que yo trabajara esos últimos seis meses las cincuenta, sesenta horas por semana, con la fiebre del coronel Aureliano: edición Covid verano 2021; sin poder apenas poner el aire acondicionado porque la luz se había disparado hasta las congas, por un sueldo que no llegaba a los mil euros, con un dolor de cabeza de meses que ya me decía el médico: pare-

ce esclerosis, y entonces me firmaba papeles para que fuera a meterme las carnes en cuanto máquina había en ese hospital. De paso, por esa época fue que se nos murió el perrito que teníamos de Venezuela, antes de adoptar a esta otra; y yo intentando no llorar sobre el teclado de la compu, que la empresa con la que estaba todo lo necesitaba para ayer. Y, claro, como faltaba guinda, también tenía la pedazo deuda de los cobros indebidos en la pandemia: no sé cuántos mil euros, todos salidos del laberinto del horror burocrático español, que me los ponía en la cuenta, aunque, en verdad, no fueran míos. Los habíamos tenido que gastar cuando yo me había quedado sin trabajo y sin derecho a reclamar ninguna ayuda, aquel último invierno, después de que idearan una forma de echarme a mí de la compañía, y no al pistolero menos famoso de todo Seattle.

Que entonces me daba igual: me obligué a trabajar en lo único que encontré que me dieran mi fulano contrato indefinido, que era lo que le pedían a él para darle la residencia permanente por haberse casado conmigo. Con eso íbamos a poder irnos de España y trabajar los dos en el resto de Europa. Yo guardaba una esperanza pequeñita de poder algún día vivir en un lugar donde no escucharas, noche sí y noche no, a alguna chica llorando porque le habían quitado el teléfono; o tener el olor de la meada de los turistas en la puerta cada mañana. Y todavía, si no se podía, si tocaba quedarnos, al menos iba a poder relajarme con lo del trabajo un poco, volver a pasear, o sentarme a comer, o a ver algo con mi esposo, que íbamos a poder abrazarnos y ver tele, o algo de eso que no quieres hacer si estás sudando todo el tiempo.

Cinco años estuvimos casados para que a él le dieran esos papeles y para que, finalmen-

te, me confesara que yo le había dejado de gustar hacía tiempo. Que si yo no me hubiera venido primero a España —me dijo— a lo mejor ni se hubiera dado cuenta. Y es que a él aún le faltaba para acabar la carrera cuando a mí me pasó lo de los zapatos. En aquel momento no me pareció mala idea venir primero yo, que ya tenía mi papelería en orden, a encontrar trabajo y un lugar donde vivir; y luego mandar los pasajes para él y para el perro. Pero él había cambiado al quedarse solo ese tiempo: se había dado cuenta de que, quizá, le había faltado hacer más cosas antes de casarse. Que ahora entendía por qué los hombres terminaban poniendo cuernos: que la atracción nunca dura para siempre —me dijo— porque la gente es gente, y la gente cambia; y que el amor que alguna vez me entretuvo, igual acababa por convertirse en resentimiento, por eso de que nadie ama si no es libre de no hacerlo. Si es que uno de esos días hasta me contó que, a veces, cuando lo pensaba, se preguntaba si no habría perdido a propósito el anillo de bodas en el avión en el que se vino. Yo, que todavía llevaba el mío, ahí mismo me lo quité y se lo tiré dentro de una de sus cajas. Qué más daba: unos anillos de chapa, para que nuestra boda se sintiera menos de mentiritas. Yo no quería tener por ahí rodando ese recordatorio tan circular de lo que había costado conseguir la cita; y es que, para que pudiera casarnos, la del registro nos había pedido una “colaboración” de una resma de papel y dos kilos de harina de maíz; o, lo que fue lo mismo: seis horas de cola en el mercado y medio sueldo en comprarles el papel para que nos dieran el de él.

Ya ha pasado poco más de un año desde el día en que se fue, y ahora veo más claro aquello de que él lo hacía por la misma razón por la que nos habíamos ido de Venezuela: porque

quedarse en un lugar donde un muerto, o una esposa enferma, no te sacan el “pobrecito” es para volverse loco y dejarse morir de tristeza. Supongo que, si todavía me da por moquear, debe ser por tener que lidiar con este deambular errático en el que se convirtió mi vida cuando me dijeron que no había nada más que quisieran de mí. Por cómo va pintando, pareciera que lo que uno deja atrás cuando se va de estas maneras, ya sea país o persona, es algo profundamente triste y sin sentido, de eso que te hace sentir raro cuando te lo imaginas. Si hubiera podido sacarle una foto a la cosa entera, se habría visto algo como el kleenex ese que dejaste por ahí cuando te pusiste mal, que ya lo tirarías; pero que un año después seguía donde se cayó, ni tan escondido, ensuciando demasiado poco para que alguien se ocupe de él.

Eso del kleenex se lo dije así, tal cual, el otro día, cuando al fin nos vimos para firmar los papeles del divorcio y nos pusimos dizque a tomar un café, como si fuéramos gente grande. No sé: se me hacía gracioso que mi metáfora diera la casualidad de hablar de papeles que ya no sirven. No me respondió nada, pero luego me sorprendió el tono indignado con el que me soltó, de pronto y sin mirarme, que, al final, él había sufrido callado tanto tiempo para nada, porque la abogada le había rellenado el formulario que no era para la solicitud de la residencia, y como nos habíamos ido a vivir a lugares distintos, ya no podía volver a intentar optar por la nacionalidad a través de mí. Resulta que ahora le tocaba volver a comenzar todo el proceso, como si nunca hubiera tenido papeles de casado. Pobrecito. **U**

El 23 de febrero de 2023 Susana Gabriela Nuevo Silva obtuvo por este texto el Primer Premio de Relato UNAM-España sobre la migración latinoamericana.

AUTOFAGIA EN PRIMERA PERSONA

Carmina de la Luz

Si pudiera, elegiría ser un lepidóptero. Mariposa o polilla (no pondría objeción en el tipo), siempre y cuando tuviera el rasgo inequívoco entre los de mi orden: dos magníficos pares de alas membranosas en mi fase adulta, cubiertas por escamas aterciopeladas de colores vibrantes —si es que prefiero el día— u opacos —si lo mío es fundirme con la oscuridad de la noche—.

Estaría orgullosa de mi grupo de insectos, el segundo más diverso después de los acorazados coleópteros, comúnmente llamados “escarabajos”. En mi entorno, llevaría a cabo las funciones ecológicas más indispensables y a lo largo de mi faena aprovecharía para presumir leyendas como la que narran los mazahuas en Michoacán y el Estado de México acerca de mis parientes:

Cada año, al cambiar el viento en otoño, llegan a los bosques de oyamel las *Xepje* o mariposas monarca. Son hijas del sol. Anuncian la temporada de cosecha y traen en sus alas las almas de los difuntos. La persona afortunada que se cruza con alguna durante la celebración del Día de Muertos podrá escuchar en su aleteo, como un susurro, el mensaje del ser querido.¹

¹ Haydee Araceli Huerta Caballero, “Crónicas mazahuas. ‘Xepje: El alma de los muertos’. ¿Sabes la relación que hay entre la mariposa monarca y la fiesta de Día de Muertos?”, *Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas*, 2002. Disponible en <https://goo.su/5zJuvYw>

Émile-Allain Séguy, *Papillons*, Pl. 18, 1925 © ▶





Theo van Hoytema, *Flores y mariposas*, 1910. Rijksmuseum ©

Sin mí, la reproducción sexual resultaría casi imposible para muchas especies de *Gimnospermas*, pues ¿quién sino yo acarrearía el polen de flor en flor para asegurarles un buen intercambio de genes? Además, los biólogos verían mi ausencia como un indicador de que algo “anda mal” en el ambiente —quizá a causa de la deforestación o la contaminación— y encenderían las alarmas.

Como todo lepidóptero, mi ciclo de vida empezaría en forma de huevo. Mediría unos cuantos milímetros de diámetro y “mi madre” me colocaría en el envés de una hoja, lejos de la intemperie, los depredadores y los ojos curiosos. Al cabo de unos días, me habría convertido en una oruga o larva, tan famélica que arrasaría con los restos de mi cascarón y con la hoja que me sirvió de techo. Comer sería mi único trabajo. Sin riesgo a indigestarme, me tragaría las mudas de piel que voy soltando conforme las hormonas juvenil y ecdisona me hacen crecer hasta aumentar cien o mil veces mi tamaño original.²

² L.M. Riddiford *et al.*, “Regulation and Role of Nuclear Receptors during Larval Molting and Metamorphosis of Lepidoptera” *Amer.*

Científicos descubrieron que ese poder digestivo se debe a que el intestino de las larvas de lepidópteros presenta un pH extremadamente alcalino, casi como el de la sosa cáustica que se utiliza en plomería para destapar caños. Según el profesor en fisiología animal Dennis Kolosov, su capacidad de crecimiento tiene que ver con unos riñones tan eficientes que eliminan a gran velocidad los desechos, lo que permite que una oruga pueda seguir comiendo.³

En caso de que me tocara ser un chinicuil —es decir, una larva de la especie de polilla *Comadia redtenbacheri*—, caminaría con mis patas diminutas de la penca de un agave al tallo para barrenar su interior y devorarlo. Con suerte, evitaría acabar en el fondo de una botella de mezcal, como sugiere un reciente estudio realizado por entomólogos del Museo de Historia Natural de Florida.⁴

Zool., 1999, núm. 39, pp. 736-746. Disponible en <https://tinyurl.com/23uzvdjo>

³ Dennis Kolosov, “How very hungry caterpillars grow and grow and don’t get sick”, *The Conversation*, 2020. Disponible en <https://goo.su/cVi6>

⁴ Akito Y. Kawahara *et al.*, “Mezcal worm in a bottle: DNA evidence

Las personas interesadas no tenían otra opción que cortarme a la mitad y encontrarse con un inexplicable ser.

Solo hasta quedar saciada me detendría, lista para que mi metabolismo rompa con toda lógica. Dependiendo de mi especie, me enterraría en el suelo, migraría a una rama o regresaría a una hoja como la que me vio nacer y, tras colgarme de cabeza, iniciaría mi etapa de pupa. Es entonces cuando las orugas de mariposa endurecen su última muda de piel para formar una crisálida —cuyas características la hacen camuflarse con su entorno— y las larvas de polilla tejen una cubierta extra o capullo de seda a partir de una secreción líquida que se solidifica al contacto con el aire.

Me tomaría con calma ese estadio porque, aunque por fuera parecería que solo estoy descansando, por dentro estaría pasando por una cascada de cambios que hasta hace poco eran desconocidos para los humanos. Antes, las personas interesadas no tenían otra opción que cortarme a la mitad y encontrarse con un inexplicable ser. Ahí se hubiera truncado mi historia. Sin embargo, gracias al avance de la ciencia, hoy me es posible compartirla de principio a fin. Puedo contarles cómo libero unas proteínas enzimáticas denominadas “caspasas”,⁵ que disuelven mis entrañas en una “sopa celular” para luego reconfigurarla en nuevos ojos, patas, boca, genitales y, por supuesto, nuevas alas.

Fue el biólogo estadounidense Richard Stringer quien comenzó a develar dicho fenómeno a finales de los años noventa. Su intención era mirar el interior de la crisálida: primero probó con el ultrasonido de un colega obstetra, pero falló. Más tarde recurrió a la tecnología de rayos x de las mastografías e igual fraca-

só. Por último, convenció al Center for In Vivo Microscopy de la Universidad de Duke para usar un equipo de resonancia magnética. Juntos hicieron hasta doscientas tomas transversales diarias de la pupación de varias *Danaus plexippus* (mariposa monarca) desde distintos ángulos y notaron hechos tan impresionantes como la transformación del intestino de la oruga en el órgano reproductivo de la mariposa.⁶

Mi dramático cambio respondería a una serie de señales moleculares halladas recientemente. La hormona juvenil volvería a entrar en acción pero, contrario a lo sucedido en mi fase de larva, esta vez se presentaría en bajas cantidades para indicarle a la ecdisona que ha llegado la hora de moldear un imago o un lepidóptero adulto.

Los expertos saben eso porque han emprendido dos clases de experimentos. Por un lado, a orugas recién nacidas les han retirado las glándulas que producen la hormona juvenil, lo cual adelanta su pupación, dando pie a un adulto prematuro. Por otro, las mismas estructuras han sido trasplantadas a larvas que están a punto de pasar a crisálida y, aunque siguen creciendo, nunca se vuelven imagos sino que su desarrollo se detiene.

Lejos del bisturí y los laboratorios, en condiciones normales como las que imagino para mí, la ecdisona funcionaría a modo de centro de control de dos grupos de genes clave en mi devenir.⁷ Uno de los conjuntos es responsable

suggests a single moth species”, *PeerJ*, 2023. Disponible en <https://peerj.com/articles/14948/>

⁵ Tibi Puiu, “How caterpillars gruesomely transform into butterflies”, *ZME Science*, 2023. Disponible en <https://goo.su/stqzdY5>

⁶ Ad Crable, “Local scientist unravels mysteries inside a butterfly chrysalis”, *LancasterOnline*, 2013. Disponible en <https://goo.su/E8zEMl4>

⁷ Davide Romanelli *et al.*, “Roles and regulation of autophagy and apoptosis in the remodelling of the lepidopteran midgut epithelium during metamorphosis”, *Scientific Reports*, 2016. Disponible en: <https://www.nature.com/articles/srep32939>

de la apoptosis o muerte celular programada, la estrategia con la que los organismos se desentienden de las células innecesarias o las que están dañadas.

El segundo conjunto de genes codifica la autofagia —que significa “comerse a sí mismo”—. La investigadora de la Universidad de Viena, Verena Baumann, la describe como un mecanismo fascinante que asegura el bienestar de la célula al ayudarla a repararse y procesar sus residuos.⁸ En este caso, la célula no muere, sino que recicla sus componentes. Los lepidópteros son los campeones de la autofagia en el reino animal y entenderlos puede dar pistas acerca de padecimientos humanos donde ese proceso tiene algún defecto, como el Alzheimer y el Parkinson.

No todo en mí se desintegraría por apoptosis y autofagia. Ciertas partes de mi antiguo cuerpo quedarían prácticamente intactas dentro del capullo o la crisálida. Me refiero a mis discos imaginales, puñados de células altamente organizadas que conservaría desde la época en la que era un simple huevecillo. Estas unidades poseen la peculiaridad de ser determinadas y no diferenciadas, lo que significa que traen consigo un destino irrevocable de pata, ojo o ala que se manifiesta en el instante correcto.⁹

Mi cerebro tampoco se alteraría demasiado. De hacerlo, ¿cómo podría guardar recuerdos de mis días como larva? Esta fue la hipótesis con la que trabajó un equipo de la Universidad de Georgetown,¹⁰ y para demostrarla so-

metieron a gusanos del tabaco (*Manduca sexta*) a shocks eléctricos condicionados por cierto olor. Las orugas “aprendieron” que cada vez que percibían ese aroma recibían una descarga, por lo que desarrollaron una memoria asociativa de aversión a la sustancia. Según el equipo de trabajo, ya convertidas en adultas, las ahora polillas evitaron exponerse a dicho estímulo debido a que recordaban la experiencia previa.

Algo que yo intentaría no olvidar jamás es la manera en que recubro de escamas mis portentosas alas. Esto era también un misterio, pero un conjunto de ingenieros del Massachusetts Institute of Technology dio a conocer en 2021 la visualización más detallada del proceso hasta la fecha.¹¹ Retiraron una pequeña porción de la crisálida de *Vanessa cardui* (o “vanesa de los cardos”), la sustituyeron con un material para no perder de vista el interior y grabaron todo en video. Así descubrieron que el arreglo de las escamas es superpuesto, semejante al de un techo de tejas, y que cuando estas alcanzan su tamaño máximo desarrollan finas prolongaciones que influyen en el color del lepidóptero y en su capacidad de repeler la lluvia. Se trata de una arquitectura tan hermosa como útil, pues podría servir de modelo para el diseño de textiles impermeables.

Ese sería mi último legado antes de culminar lo que los estudiosos llaman “metamorfosis completa”, un truco evolutivo que me permitiría cambiar drásticamente no solo de morfología, sino de estilo de vida. Tras romper mi envoltura y secarme al sol, saldría a buscar el néctar un aleteo a la vez. **U**

⁸ Universität Wien, “Autophagy: The waste collection in our cells”, YouTube, 2022. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=eZsoXFtcUVQ>

⁹ Ferris Jabr, “How Does a Caterpillar Turn into a Butterfly?”, *Scientific American*, 2012. Disponible en <https://goo.su/nryA6>

¹⁰ Douglas J. Blackiston et al., “Retention of Memory through Metamorphosis: Can a Moth Remember What It Learned As

a Caterpillar?”, *PLOS ONE*, 2008. Disponible en <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0001736>

¹¹ Anthony D. McDougal et al., “In vivo visualization of butterfly scale cell morphogenesis in *Vanessa cardui*”, *PNAS*, 2021, vol. 118, núm. 49.

EL FUTBOL FEMENIL, EL ACECHO DEL CAPITAL Y LA SUBVERSIÓN DE LAS SONRISAS

Lev Jardón Barbolla

La Copa Mundial Femenina de la FIFA 2023 comenzará en unas semanas con veintidós mujeres haciendo bailar un balón. Los encuentros dialogarán con mundiales pasados, como aquel de 2011 en el que la mexicana Mónica Ocampo anotó uno de los mejores goles de la historia con su pierna derecha, a 33 metros del arco, y la japonesa Homare Sawa hizo un remate fantástico con el talón derecho que forzó los penaltis en la final contra la selección gringa. Ahora, en las canchas de Australia y Nueva Zelanda 32 selecciones disputarán el Mundial entre el 20 de julio y el 20 de agosto de 2023.

Más allá de lo formidable de las jugadas, algo contagia de un regocijo visceral que se percibe literalmente en el estómago. Los rostros de las jugadoras proyectan una alegría genuina, subversiva, que termina por hacerme llorar, sin importar si mi equipo gana o pierde. Las futbolistas iluminan la grama con sus pies y con la complicidad de sus sonrisas, que ni el patriarcado ni el capital han logrado arrancar de sus rostros. El futbol femenino siempre hace vibrar con una frecuencia y amplitud de ondas que brillan de otro modo, moviendo otras sensibilidades. ¿Qué es lo que lo hace diferente?

Parte de la explicación está en el "atraso" del futbol femenino, pero no al que se refieren quienes lo denostan desde el machismo, sino al que existe en términos de igualdad, de condiciones laborales para las jugadoras, de visibilización y, por supuesto, de salarios: en 2018 el

Lucy Bronze y Shanice van de Sanden
en la Liga de Campeones Femenina, Budapest, 2019 © ▶



salario de Neymar equivalía al sueldo sumado de 1693 jugadoras profesionales de varios países del mundo.¹ Como efecto colateral, la reducción del fútbol femenino a la condición de mercancía capitalista está atrasada 40 años. Quizá aquí, la subsunción real del trabajo al capital no está tan desarrollada todavía.

El Mundial será una oportunidad para ver a maravillosas jugadoras con historias que representan la policromía del fútbol femenino,

¹ En 2018 el jugador cobraba cerca de 37.1 millones de euros al año [N. de los E.].



Bárbara Michelin en el Maracanã, Brasil, 2016. Fotografía de Fernando Frazão / Agência Brazil ©

entre ellas a la lateral derecha inglesa Lucy Bronze. Veloz y dueña de una potencia física excepcional, Bronze construye un juego colectivo al distribuir la pelota entre sus compañeras; a veces como interior, a veces como extrema. Luchadora contra el racismo y campeona europea con su selección, es la más experimentada dentro un equipo que tiene un estilo alegre, generoso y colectivo. También estará la histórica futbolista brasileña Marta Vieira da Silva, que jugará su sexto Mundial, al igual que la canadiense Christine Sinclair, quien ostenta el récord de anotaciones en partidos internacionales con 190 goles.² Aunque la persona que más mundiales ha jugado es Miraildes Maciel Mota "Formiga" —participó en siete mundiales y siete juegos olímpicos antes de retirarse en 2021—, Vieira da Silva y Sinclair tienen sus propias marcas: la brasileña es la persona que más ha anotado en Copas del Mundo, con diecisiete goles,³ y junto a Sinclair fueron las primeras personas en anotar en cinco mundiales (Cristiano Ronaldo lo logró después).

En los deportes se corre el riesgo de creer que hay una sola forma óptima de desempeñar una función. Otras veces nos equivocamos al pensar que en el fútbol solo tienen éxito los cuerpos más altos y fuertes; algo que desmiente la constitución delgada y ligera de la ambidiestra Aitana Bonmatí, que contrasta con el físico de las defensas que suele enfrentar, pero no le impide ser el motor del Barcelona.

No abrazar la heterogeneidad fenotípica tiene graves consecuencias, individuales y colectivas, pues en el fútbol no gana la más alta, ni la más flaca ni la más joven, sino los colectivos, y estos requieren diversidad. La goleadora me-

² Sesenta y ocho goles más que cualquier jugador hombre.

³ Le sigue, con dieciséis anotaciones, el jugador Miroslav Klose.

¿Por qué las futbolistas experimentan la lesión del LCA entre cuatro y seis veces más que los hombres?

xicana Charlyn Corral ha sido discriminada en diferentes momentos por “sobrepeso” y en 2022 fue marginada por su edad junto a otras jugadoras de la selección nacional que jugó la fase final de la eliminatoria rumbo al Mundial. México quedó eliminado sin marcar un solo gol en el torneo clasificatorio.

Del Olympique Lyonnais, el equipo con más campeonatos femeniles europeos,⁴ nos llega otra lucha de las mujeres futbolistas. En 2020 la FIFA reconoció el derecho de las jugadoras a una licencia de maternidad —de solo catorce semanas— y obligó a los clubes a conservar sus puestos de trabajo. Pero ejercer este derecho no ha sido fácil: cuando la islandesa Sara Björk Gunnarsdóttir se embarazó en 2021 —justo al entrar en vigor las regulaciones de la FIFA— el Olympique le pagó apenas la cuarta parte de su sueldo y luego la hostilizó hasta obligarla a salir del equipo con su hijo recién nacido. Fue al año siguiente que una futbolista europea pudo por primera vez embarazarse y parir sin enfrentar el retiro forzoso. Se trató de la francesa-tunecina Amel Majri (también del club francés), que siguió los pasos de la formidable delantera Alex Morgan, que ejerció este derecho en Estados Unidos en 2020.

En enero de 2023, Sara ganó una demanda laboral que obligó al Olympique a pagarle 82 mil euros, cifra insignificante para el equipo femenino con mayor éxito comercial. No obstante, sentó un precedente muy importante en la lucha por el derecho de las futbolistas a la seguridad social.

Veremos en qué nivel de juego llegará al Mundial Alexia Putellas, la brillantísima jugadora del Barcelona que sufrió una rotura del ligamento cruzado anterior (LCA) de una rodilla en la víspera de la Eurocopa de 2022. En los últimos cinco años, Ellie Carpenter, Ada Hegerberg, Catarina Macário, Christen Press, Vivianne Miedema, Marie-Antoinette Katoto, Beth Mead y Marta Vieira da Silva han sufrido la misma lesión. Todas están entre las mejores futbolistas del mundo, de manera que tienen acceso a buenas instalaciones y cuidados profesionales; sin embargo, fuera de esta élite la situación es peor. Quienes sufren esta lesión tardan de ocho meses a un año en volver al campo.

¿Por qué las futbolistas experimentan la lesión del LCA entre cuatro y seis veces más que los hombres? El ángulo en el que corre el fémur de la cadera a la rodilla en las mujeres, y la mayor laxitud de la articulación en ciertas etapas del ciclo menstrual parecen hacer que las rodillas de las jugadoras tiendan a ser más inestables. ¿Quiere decir esto que las mujeres son menos aptas para jugar fútbol? No. Lo que quiere decir es que los sistemas de entrenamiento y los protocolos de revisión médica se han construido a lo largo de cien años alrededor del cuerpo de los hombres y no sirven para las mujeres. El problema del LCA es, en verdad, biosocial.

Los cuerpos técnicos y médicos deben capacitarse en los programas de entrenamiento que necesita una jugadora de fútbol profesional y priorizar la atención preventiva buscando signos de inestabilidad en la rodilla antes de que el ligamento se rompa.

⁴ Este club irá al Mundial a su manera, pues, aunque es la base del equipo francés, también juegan en él las seleccionadas Lindsey Horan y Catarina Macário (EE. UU.), Dzsenifer Marozsán y Sara Däbritz (Alemania), Damaris Egurrola y Daniëlle van de Donk (Países Bajos) y Christiane Endler (Chile).

El fútbol femenino es un trabajo productivo en tanto que produce valores de uso: satisface una necesidad social, estética y deportiva. Sin embargo, los dueños del negocio reclaman que sea *productivo desde el punto de vista de la burguesía*. Para el capital, el trabajo productivo no es el que satisface necesidades, sino el que produce mercancías y genera ganancias.

Sabemos qué esperar si se consolida el poder del capital sobre las futbolistas. Conforme avance la mercantilización del fútbol femenino llegará más dinero, pero el deporte y la creatividad discretamente harán mutis. Los brillos de humanidad que vemos en la cancha se irán opacando, aunque su fuerza como fenómeno social a veces brinde partidos como la inolvidable final de Qatar 2022.

En la época en que Guillermo Samperio publicó el clásico *Lenin en el fútbol* (1978),⁵ Wladimir Rodrigues dos Santos, lateral del Corinthians de Brasil, empezó a usar el término *operários da bola* ("trabajadores del balón") para referirse a la condición de clase de los jugadores de fútbol. Wladimir fue parte del maravilloso experimento autogestivo de la Democracia Corinthiana (1980-1985),⁶ pero ni este movimiento histórico ni el texto de Samperio han sido muy bien asimilados por los futbolistas.

No obstante, esa experiencia dibuja otras posibilidades, que parten de un hecho indiscutible: sin trabajadoras del balón, no hay fut-

bol femenino. Nos quieren hacer creer que lo que hace falta es dinero, pero no podría haber juego sin sus practicantes. Sea pequeña o grande la plusvalía que el capital extrae, es producida por las jugadoras. A veces, el salario es alto (como el de Neymar); otras, es pequeño (como en Pumas femenino), pero la tasa de explotación (o tasa de plusvalía) es la proporción entre lo que le pagan a quien trabaja y el valor que produce su trabajo.

¿Cómo evitar que el fútbol femenino se pudra por el negocio y la explotación? Quizá la respuesta dependa de lo que pueda organizarse dentro y fuera de la cancha. En los inicios de la historia de este deporte, los sindicatos, las agrupaciones de trabajadores y los barrios fueron claves en la organización de los equipos. Esa historia continúa: desde el Clapton Community F.C. apoyando la huelga de los trabajadores ingleses en 2022, hasta las comunidades zapatistas donde los torneos de deportes femeniles acompañan la lucha de las indígenas contra el capitalismo, pasando por el gesto de Megan Rapinoe sobre el césped en apoyo al movimiento Black Lives Matter, o la Barra Feminista en México, el fútbol como fenómeno social reta al capital.

Quién sabe, tal vez un día las sonrisas de las jugadoras se encuentren con las de los colectivos de producción sin patrones, que ya surgen en medio de esta tormenta. Tal vez allí se inventen formas que permitan a las jugadoras salir de la marginación sin entregarse al capital. Desde el sureste mexicano, las comunidades zapatistas nos dicen que el objetivo de la lucha es que una mujer, una niña, en cualquier lugar del mundo pueda vivir sin miedo. Dicen que para eso es necesario destruir al capitalismo. Así es. **U**

⁵ *Lenin en el fútbol* es un libro de relatos sobre la sociedad mexicana, escrito con humor e ironía. En palabras de Juan Villoro, "Samperio se inspiró en la iniciativa de crear un sindicato en la liga mexicana a principios de los años setenta, que le costó la carrera a su líder, Antonio Mota, inolvidable portero del Necaxa" [N. de los E.].

⁶ Se trató de un movimiento surgido dentro del Corinthians, bajo el liderazgo de futbolistas como Sócrates, Wladimir, Casagrande y Zenon, que logró que decisiones de peso en el equipo se tomaran a través del voto igualitario de sus miembros [N. de los E.].

ADA LOVELACE HABLA DESDE LOS MÁRGENES

Elisa Díaz Castelo

Se dice que, durante una cena con amigos, el poeta romántico John Keats hizo un brindis extraño. Pidió, con la copa en alto, que se confundiera la herencia de Isaac Newton y su trabajo quedara en el olvido. Cuando su amigo William Wordsworth se inclinó para preguntarle qué tenía contra Newton, Keats le contestó que el científico “había destruido la poesía del arcoíris, reduciéndolo a un prisma de colores”.

A Ada Lovelace, hija del más célebre colega de Keats, no le hubiera agradado escuchar ese brindis impetuoso. Es cierto que aún no había nacido, que nunca tuvo memoria de su padre, Lord Byron, y que su madre se encargó de alejarla lo más posible de ese linaje de palabras. Sin embargo, de haber estado ahí, Ada no habría acercado los labios a la copa, pues desde muy pequeña supo que el prisma de colores es solo el contrapeso matemático del milagro, no su revocación.

A los 14 años, mientras padecía un caso de viruela tan grave que la tuvo recluida en cama durante un año, escribió una carta a un amigo, procurando entender el funcionamiento detrás del arco de colores: “¿por qué el arcoíris siempre aparece ante el espectador como el arco de un círculo? ¿Por qué es [...] un círculo y no cualquier otra curva?”. No se entendía del todo su principio geométrico en esa época, pero la especulación de la niña fue acertada: “¿Se supone que el ojo del espectador está en el centro del círculo del cual el arco del arcoíris es una



Margaret Sarah Carpenter, *Retrato de Ada Lovelace*, 1836 © ►



Franz von Stuck, *Paisaje del arcoiris*, 1927 ©

porción?”. Ada entendió muy pronto que no solo la palabra era capaz de contener belleza. La matemática, ese lenguaje espigado de fórmulas y algoritmos, también hace su hogar en el asombro.

Nació en 1815, producto del infausto matrimonio entre Lord Byron y Anna Isabella, una condesa educada y proclive a los números. Lord Byron, cuyas dificultades matemáticas eran tantas que no atinaba a hacer bien las cuentas, apodó a su esposa “la princesa de los paralelogramos”. El matrimonio entre el chico malo de la Inglaterra de inicios del siglo XIX y la princesa de los paralelogramos duró poco. Se separaron cuando Ada tenía apenas un mes de nacida y, desde entonces, Lady Byron se empeñó en que su hija fuera lo opuesto a su marido e intentó con éxito cultivar en ella un amor por el pensamiento lógico y las matemáticas.

Su interés temprano por las máquinas se volvió una fijación durante el verano de 1833, cuando fue presentada por primera vez en sociedad. En una fiesta, columbró a Charles Babbage, un hombre de unos 40 años y gran

nariz, que manoteaba animadamente frente a los asistentes y parecía hablarle casi con cariño al gran aparato de cobre que tenía al lado. Ada Lovelace, de apenas 19 años, se abrió paso entre la multitud para mirar de cerca sus columnas y engranajes engarzados capaces de calcular funciones polinómicas. Aquello fue amor a primera vista. Cautivada por ese armatoste de metal, decidió retomar sus estudios de matemáticas para entender mejor el funcionamiento del artillugio.

A los 24 años, comenzó a estudiar matemáticas con Augustus de Morgan, un catedrático de la University College de Londres. Ya que no podía asistir a la universidad por ser mujer, su labor consistió en el estudio solitario de *The Elements of Algebra* (1837), libro escrito por su tutor, y en intercambiar cartas con él. En estos documentos se hace patente la atención de Ada a problemas profundos del álgebra y su capacidad de notar incongruencias desde la lógica.

Mientras estudiaba “el principio de permanencia”, concepto creado por su tutor, Ada

le escribió diciéndole que una de sus suposiciones no la convencía del todo. Le resultaba demasiado general y ambiciosa, y necesitaba, apuntó, “mucha más demostración”. De Morgan defendió el concepto como si en ello le fuera la vida y Ada no dijo más. En otra carta, mientras estudiaba trigonometría, ella predijo la existencia de los cuaterniones, una forma tridimensional de los números complejos. Dos años más tarde, el matemático irlandés sir William Rowan Hamilton anunció el descubrimiento de estos números, que no obedecen las reglas de la aritmética. Los cuaterniones le dieron la razón a Ada: su existencia demostró que la suposición sospechosa del “principio de la permanencia” de De Morgan estaba, en efecto, equivocada.

tía, pero no precisamente gracias al texto redactado por Menabrea, sino por las notas al pie incluidas en su versión inglesa, todas escritas por Ada Lovelace.

La joven se encargó de traducir el artículo al inglés y, mientras lo hacía, Babbage le sugirió que agregara algunas anotaciones. Esa marginalia se convirtió en la piedra de toque de la informática moderna. Lovelace trabajó en sus notas durante meses, en los cuales se mantuvo en comunicación con Babbage y se valió con frecuencia de su propio esposo como copista. Después de un arduo trabajo y varias fricciones con Babbage, el artículo traducido se publicó en agosto de 1843 (“Sketch of the Analytical Engine Invented by Charles Babbage by Luigi Menabrea with notes by Ada

Ada Lovelace se planteó una versión de la pregunta que nos hacemos hoy en día sobre la inteligencia artificial.

Mientras Ada Lovelace se casaba, tenía hijos y se ponía al día con sus estudios matemáticos, Charles Babbage buscaba apoyo económico para construir un segundo artefacto. Se trataría de la llamada “máquina analítica”, que podría realizar todas las operaciones matemáticas conocidas y sería capaz de modificar sus propios cálculos a mitad de la ejecución. Planear la máquina demostró ser menos complejo que encontrar el apoyo económico para hacerla. Después de años de buscar fondos sin éxito en Inglaterra, Babbage viajó al extranjero para conseguir financiación. Así, durante un viaje a Turín en 1842, conoció a Luigi Menabrea, quien también quedó prendado de la máquina y publicó un artículo en francés sobre ella. El artículo sentó varios de los principios de una disciplina que aún no exis-

Lovelace”). De sus 66 páginas, 41 eran los apéndices de Ada.

Me detengo en la ironía de estos escolios. La extrañeza de que sean justamente los apéndices o las notas al pie dos formas que tienen en común su marginalidad, donde se abren con violencia las flores raras del genio. No es casual que Ada Lovelace nos hable desde los márgenes. En todo caso, la existencia de las notas pareciera ser un comentario sobre el sitio que ocupaban las mujeres, incluso aquellas tan privilegiadas y evidentemente geniales como ella, en el universo intelectual de la época. Eran presencias fronterizas, marginales en el sentido más literal del término. Pero, incluso desde ese sitio, la voz de Ada resuena con sus anotaciones pioneras sobre la computación y sus vaticinios y reflexiones escalofrian-

tes acerca del poder de lo que hoy llamaríamos “inteligencia artificial”.

La Nota G, el último y más famoso apéndice, demuestra cómo la máquina calcularía los números de Bernoulli. Para ello, Ada confeccionó una gran tabla cuyas columnas contenían variables y resultados intermedios para representar los pasos que llevaría a cabo el artefacto en sus cálculos. El diagrama, que en sus palabras “presenta una visión simultánea completa de todos los cambios sucesivos”, suele ser llamado “el primer programa de computadora”. La Nota G, además, demuestra la inteligencia especulativa de su autora, quien sugiere por primera vez que una máquina similar sería capaz de computar información no matemática siempre y cuando esta pudiera ser reducida a una serie de principios matemáticos o lógicos. Intuyó, por ejemplo, que podría escribir brillantes piezas musicales. En la misma nota sugirió que, a partir de una serie de fórmulas, la máquina podría obtener resultados a los que sería imposible llegar con la mente humana.

Ada Lovelace se planteó una versión de la pregunta que nos hacemos hoy en día sobre la inteligencia artificial. Empezó reflexionando en torno a la capacidad de la máquina para producir pensamiento original y negó esta posibilidad en lo que décadas después Alan Turing llamaría “la objeción de Lady Lovelace”:

La máquina analítica no tiene de ningún modo la pretensión de *originar* nada. La máquina puede hacer cualquier cosa *que sepamos cómo ordenarle* llevar a cabo.

Poco después de la publicación del artículo, su salud frágil y el poderío del escándalo la alcanzaron. Se dispersaron una serie de ru-

mores sobre la forma laxa en la que entendía el matrimonio. Además, la matemática contrajo una serie de deudas onerosas apostando en carreras de caballos. Debido a los dolores agudos que padecía, heraldos de un cáncer de útero que pronto acabaría con su vida, los doctores le prescribieron altas dosis de narcóticos acompañadas de alcohol. Sus cartas, siempre intensas, se volvieron entonces feroces y febriles, y se caracterizaron por una serie de afirmaciones ambiciosas sobre su futuro en las matemáticas. En una misiva dirigida a su madre, le reprocha: “No me has concedido la poesía filosófica. ¡Invierte el orden! ¿Me concederás la filosofía poética, la ciencia poética?”. Durante esos últimos años, en un gesto que podría recordarnos a otra mujer brillante, Margaret Cavendish, Ada Lovelace quiso escribir poemas matemáticos, “un tipo de poesía único, de naturaleza mucho más filosófica y elevada que ninguna otra cosa que el mundo haya visto hasta ahora”, una “visión astronómico-matemática de los cielos”. También por aquel entonces se fijó como propósito algo que ciertos científicos todavía buscan: quiso desarrollar un “cálculo del sistema nervioso” para plantear “los fenómenos cerebrales [...] en forma de ecuaciones matemáticas” con la finalidad de que pudieran ser replicados por una máquina.

Ada murió cuando apenas tenía 36 años. Quiso ser enterrada en el camposanto de la iglesia de Santa María Magdalena, en Hucknall, junto a su padre, y allí se encuentra. Su tumba está inscrita con un poema que le escribió al arcoíris a los 16 años, poco tiempo después de descifrar su funcionamiento matemático. **U**

TRES ESCENAS DE LA TAXIDERMIA EN MÉXICO

Lucía Pi Cholula

Un lobo con orejas de cebra se exhibe en el Museo de Historia Natural de la Ciudad de México. Se trata de una pieza que Norma Jiménez, taxidermista encargada de la colección, trabajó cuando llegó al recinto. El lobo había perdido las cuatro patas y no encontraban por ningún lado las orejas, así que decidieron ponerle unas de cebra estilizadas con su propio pelo.

Otras piezas de esa pequeña colección salieron del taller de la familia López, uno de los negocios de taxidermia más antiguos de la ciudad, fundado en 1925 por el bisabuelo de Severiano López, actual dueño de El Arte Nacional. Casa López Taxidermistas. Dentro de los servicios que ofrece están el curtido de pieles, el disecado de animales, la taxidermia de mascotas, la de aves y la renta de piezas para producciones. En su sitio web hay tres formas de contacto; así que les mando un whatsapp para acordar una entrevista y recibo esta respuesta inmediata: "Ahorita no tenemos tiempo. Le pido una disculpa. Hasta luego".

Don Severiano es un artista de la taxidermia y toda una celebridad: apenas unos meses antes apareció en la temporada dos del programa "Maestros Olvidados" del Canal Catorce, perteneciente al Sistema Público de Radiodifusión del Estado Mexicano.

Mientras veo el video, me voy quedando sin crónica. Debí haberle dicho que quería disecar mi canario. El bisabuelo de Severiano López Guzmán, Emilio López Gress, llegó a la capital desde Ciudad Sahagún (Hidalgo) a finales del siglo XIX para trabajar en la tenería de los se-



Museo de Historia Natural, Ciudad de México. Unsplash / GWRH © ▶

**No intentan recrear animales vivos,
sino dar a entender que están
muertos, que se les está despidiendo,
que esa fotografía es un homenaje.**

ñores Pardiñas. Su bisnieto cuenta que un día cayó en las manos de don Emilio un manual español de taxidermia. Ese libro, que no tiene claro cómo lo obtuvo, fue la semilla de El Arte Nacional. Tras estudiarlo con entrega, Emilio resolvió dedicarse enteramente al disecado de animales. Contrario a todo pronóstico, el negocio prosperó rápidamente: los trofeos de caza eran la principal entrada de dinero en ese momento. Y aunque don Emilio murió a los 35 años, su legado como taxidermista ya había sido heredado a su hijo, quien continuaría desarrollando la profesión.

La mayoría de los trabajos que Severiano realiza ahora son con mascotas, aunque hay algunos momentos cumbre de su carrera que seguramente nunca olvidará, como cuando le pidieron un montón de gallinas para la película *Apocalypse* (2006) de Mel Gibson, que pretendía retratar la civilización maya. Cuenta que cuando se las entregó, les informó que en esa época no existían las gallinas. Entonces los de la producción le pidieron que disecara guajolotes. Él, por supuesto, cobró ambos trabajos. El Arte Nacional también colaboró con el artista británico más rico del mundo, Damien Hirst, cuyas obras con animales disecados son un ícono del arte contemporáneo.

“La taxidermia es esperar”, dice Daniela Guzmán, que muestra su trabajo en Instagram. A diferencia de la mayoría de las personas que se dedican a este oficio en México, ella no proviene de un linaje de taxidermistas, sino que llegó a él después de sufrir una crisis vocacional. Su puerta de entrada a ese mundo fue la ilustración científica, pero los dibujos nunca fueron suficientes: “A mí lo que me interesa-

ban eran los órganos, me gustan las tripas”, bromea. Intentó aprender el arte de disecar animales en México, pero se encontró con un gremio muy cerrado, muy familiar: un oficio de hombres que no comparten sus conocimientos. Entonces se fue a Argentina, donde aprendió algunos métodos antiguos que le sirvieron para iniciarse en esta práctica. Aunque, en realidad, Daniela es autodidacta: “lo que hice fue ponerme a estudiar imágenes de Instagram de muchos taxidermistas y buscar los materiales, herramientas y procesos que usaban”. A partir de esta investigación y del ejercicio constante de la taxidermia, fue perfeccionando sus métodos. Sin embargo, tardó en descubrir qué hacer con esos conocimientos.

Hace unos años, algo terrible le cambió vida: un amigo muy querido fue asesinado. “Después de ese evento comprendí la importancia de los ritos funerarios, de la despedida, pero también de tener una reliquia que te ligue a lo que una vez fue, como un hilo que te una con quien ya no está”. Daniela trabajaba solo con animales donados, principalmente de tiendas de mascotas que no consiguieron un hogar en vida. Entonces, antes de prepararlos, armar su esqueleto y curtir la piel, empezó a realizarles homenajes de despedida: así nació el proyecto fotográfico *Ars Mortis*, que retoma la fotografía *post mortem*, las imágenes de las monjas coronadas y la tradición funeraria del velorio del angelito. Ahora, Daniela trabaja principalmente con mascotas fallecidas:

La taxidermia de mascotas es lo más delicado y difícil, porque no es un venado que viste diez minutos en el bosque y luego lo cazaste. Las mascotas son tu familia: si el gesto, la postura o alguna otra cosa no está bien, pues ya no es quien era.



©Daniela Guzmán, *Funeral de Ágata*, 2022. Cortesía de la artista

Las imágenes de *Ars Mortis* están llenas de ternura. No intentan recrear animales vivos, sino dar a entender que están muertos, que se les está despidiendo, que esa fotografía es un homenaje. “Hay belleza detrás de la muerte”, dice Daniela, que ayuda a muchas personas a despedirse de sus familiares no humanos.

Primero congela sus cuerpos, los fotografía y les saca una máscara mortuoria. Toma muchas medidas porque son la base para la reconstrucción. Hace una sola incisión, en la espalda o en el vientre, y los desuella completamente. La piel se limpia y se curte.

Mientras la piel está lista, ella hace una escultura para recrear cómo eran en vida, usa moldes de espuma o madera. Después la viste con la piel, “como si le pusiera una pijama”. Acomoda todos los rasgos y la deja secar antes de los retoques finales. El proceso de trabajo con un solo animal dura aproximadamente dos meses. Le pregunto qué sucede con las vísceras y el esqueleto restantes. Todo depen-

de de la familia: a veces quieren incinerar por completo los restos, otras le permiten a Daniela quedarse con los huesos, que usa para su obra artística. En este caso, le da de comer los huesos con músculos a su colonia de larvas de derméstidos, escarabajos carnívoros que limpian los huesos sin dañarlos. El resto de los órganos termina incinerado.

En el número 9 de la calle Mar del Norte, colonia San Álvaro, alcaldía Azcapotzalco, una casa de la primera mitad del siglo XX, de techos altos y ventanas hacia la calle, alberga la amplia colección de animales de Estudio Zootaxidermia. En el negocio me recibe Salvador Medrano, uno de los hijos del fundador del taller. El salón es bastante oscuro y en él hay aproximadamente una veintena de animales entre osos —uno parado en dos patas, con el hocico abierto y en posición de ataque—, varios venados, un antílope, un lobo, un bisonte de la India, un tigre, un león bebé, un cacomixtle y un perro pug que corona la escena.

Llevamos apenas unos minutos de entrevista cuando alguien toca la puerta. Entra un señor que saluda con confianza y se acerca al oso de la derecha, lo acaricia con seguridad, como si fuera un perro que le está dando la bienvenida. “¿Y por este no han venido?”, pregunta. “No, este es de nosotros”, le dice Salvador antes de meterse a la casa. El señor me cuenta que hace más de tres décadas que conoce a los Medrano.

Estudio Zootaxidermia es un negocio familiar cuyos miembros han trabajado para zoológicos, criaderos, museos —como el Museo de Historia Natural—, escuelas y colecciones particulares. Tienen un catálogo con fotos de animales y cada vez que reciben un ejemplar, consultan la imagen para poder reconstruir con precisión la forma y los rasgos.

Tomamos clases de pintura en casas de arte o con maestros particulares; clases de escultura; clases de decoración para ver los colores, las luces, etcétera; aprendemos sobre el manejo de la piel. Digamos que en la taxidermia se juntan diversos saberes artísticos para crear tu pieza, además, es importante que tengas talento, por eso la taxidermia es una forma de arte.

Cada pieza que Salvador trabaja es única, aún así recuerda con especial cariño un encargo para una galería en Guadalajara, que se exhibiría en el marco de las celebraciones del bicentenario de la Independencia: un águila forrada con piel de serpiente, una metamorfosis del escudo nacional. “No existía un molde para esto —nos cuenta— la tuve que hacer desde cero”. Esa pieza fue un momento icónico de su carrera como taxidermista, que inició cuando tenía 13 años e iba al taller a ayudar a su papá.

La taxidermia es un trabajo que lo relaja, pero que también lo ha puesto en peligro. Una vez recibió un ejemplar para mantenimiento que había sido pintado con un barniz desconocido. Salvador removió el barniz y lavó el ejemplar, pero aun así la sustancia previa hizo reacción con los químicos que usa y liberó un gas tóxico que le irritó el sistema respiratorio.

Igual que Daniela, Salvador coincide en que el universo de la taxidermia ha ido cambiando; por ejemplo, ahora la difusión al respecto se centra mucho en su importancia para la cultura y la historia, tal es el caso de algunos programas que Estudio Zootaxidermia realizó en conjunto con National Geographic y Animal Planet.

Los nuevos acercamientos y objetivos de la taxidermia permiten que no sea un oficio en extinción, como se pensaba, sino un trabajo lleno de posibilidades exaltadas por el ingreso de las mujeres, los nuevos ritos funerarios que se perfilan y el boom sobre el tema en las redes sociales, aunque no hay que dejar de lado —en un mundo que está viendo muchas formas de vida extinguirse a pasos agigantados— la importancia de la conservación y la construcción de un archivo de la historia natural del planeta.

Un archivo que puede estar albergado en museos y centros educativos, no solo del primer mundo, sino de todas las regiones que tienen derecho a una historia natural construida éticamente, que deje de lado el sufrimiento y la violencia para elaborar su propio gran catálogo de la vida. **U**

Rini Templeton, ilustración en honor a la obra del poeta Otto René Castillo, ca. 1977. ©Rini Templeton Memorial Fund ►



CRÍTICA

METÁFORAS BIDIMENSIONALES

Diana Coronado

La fusión México-Japón en cada una de las fotografías me atrajo de inmediato: Asakusa al pie del Iztaccíhuatl. Consomé y mixiotes de pez globo. Karaoke neón en medio del desierto. Cemitas envueltas por abanicos de papel. Una noche de juerga en Shinjuku de saguaros y cielo azul. Churros con azúcar en un *matsuri*. Cecina de Yecapixtla con bendiciones sintoístas. Había ido a recoger unas fotografías al Laboratorio Mexicano de Imágenes cuando la nostalgia de la temporada que viví en Tokio se materializó en las metáforas visuales de Taeko Nomiya: estaban montando una exposición suya llamada *Las calzadas*.

Me abstraí en la armoniosa contradicción dentro de cada pieza. Su estética, consonante e imperfecta, me remontaba a la cerámica japonesa; su ingenio, colorido y originalidad, a la idiosincrasia mexicana. Al terminar, encontré el nombre de la artista y un texto breve del que se me quedó la última frase: “En realidad somos nosotros, siempre lo hemos sido, lo que conecta cada ciudad, cada país. Lo que conecta el pasado y el presente”.

Taeko Nomiya es mexicana, hija de japoneses, diseñadora industrial y fotógrafa desde que era pequeña. Haber crecido siendo “la japonesa” en México y “la mexicana” en Japón la ha hecho sentir un “bicho raro”, alguien que se escapa de la “taxonomía convencional” en ambos países. El momento en que su padre le enseñó la fotografía de doble exposición fue para ella “una epifanía”. Esa segunda capa expresaba lo no dicho, un subtexto, una nueva dimensión, porque “siempre hay algo más que se puede decir de lo que tenemos enfrente”.

Desde el inicio de su carrera como artista, Taeko comenzó a superponer imágenes de México y Japón para reflejar un poco de lo que ella es —binacional— y demostrar el “permanente diálogo doble en su cabeza” al reflexionar en los dos idiomas. Sus fotografías son “postales de un mundo peculiar” donde una “realidad híbrida coexiste en un solo espacio mental”.

Maro Pebo, historiadora del arte experta en epistemología feminista y arte contemporáneo, explica que en la doble exposición de Taeko las líneas confluyen con delicadeza y elegancia. Podemos sentir el amor por ambos países de la artista, que con sus representaciones duales

logra que el público experimente las complejidades de esa binacionalidad. Su obra es el híbrido de su propio ser, japonesa y mexicana, por lo que sus fotografías construyen una identidad que plasma la estética mexicana junto con una mirada íntima y poco vista de Japón. Y podría llevarnos a sitios más complejos, por ejemplo, a donde fuerzas opuestas se encuentran.

Desde el punto de vista técnico, las fotografías de Taeko revelan un metódico trabajo para lograr imágenes equilibradas y armónicas. La doble exposición es una técnica difícil de controlar y suele utilizarse para obtener "accidentes afortunados". Si bien su obra nos recuerda la estética de la imperfección, muy presente en el arte japonés, sus resultados no son accidentales, sino cuidadosamente calculados.

Llama la atención que la artista no se haya formado dentro del mundo del arte o estudiado artes plásticas. Parecería que ser el "bicho raro" es parte inherente de su personalidad o el estado que le gusta habitar. Me pregunto si mantenerse fuera de la convención artística le dio mayor libertad de experimentar sin expectativas, de crear sin buscar complacer a nadie más que a su necesidad de expresión. Como bailar cuando no se es visto.

La desenvoltura que se percibe en la sencillez y franqueza con que plasma su identidad o su forma de pensar distingue a Taeko Nomiya.



©Taeko Nomiya, *Churros*, de la serie *OM*, 2020. Cortesía de la artista



©Taeko Nomiya, *Fenómenos atmosféricos*, 2023. Cortesía de la artista

Su trayectoria ha sido tanto inusual como excepcional. En menos de cuatro años ha expuesto, individual o colectivamente, en galerías y museos de México, Japón, Colombia, República Dominicana y Estados Unidos. Ha participado en ferias de arte, en campañas de publicidad, y algunas de sus obras han sido subastadas, una de ellas en Sotheby's.

A pesar de la notoriedad, la artista está convencida de que el mayor éxito ha sido el vínculo que su obra ha logrado con el público. "Jamás pensé que tanta gente pudiera tener una conexión personal con mis fotografías". Si bien su proceso creativo comenzó como una búsqueda personal, su trabajo alcanza un "verdadero sentido cuando causa algo profundo en alguien más".

Un ejemplo de esto fue lo sucedido con Edo Nakatani, chef del exitoso restaurante Fideo Gordo y nieto de Yoshigei Nakatani y Emma Ávila, los creadores de los cacahuates japoneses. Cuando asistió a la inauguración de la exposición *Vida real dual*, en la galería MAIA Contemporary, la obra de Taeko lo sacudió como un viento veracruzano en tiempos de huracán.

"Amecameca-Tokio" es una pieza compuesta por dos fotografías de doble exposición sobre láminas de chromaluxe dobladas en triángulos. Las imágenes se acomodan para alternarse en paneles verticales y crear un efecto lenticular dependiendo del ángulo desde donde se mire: en uno de los extremos se ve una sola imagen, pero, al avanzar, se revela la segunda.

Edo sintió que la obra lo transportaba de lo mexicano a lo japonés con dar unos pocos pasos. Era como si en cada extremo hubiera un portal

trasladándolo a uno y otro lado del mundo, pero justo en medio, en el punto donde ambas culturas confluían, podía visualizar su propia dicotomía con total equilibrio y belleza.

La representación visual de ser mexicano para unos y japonés para otros lo hizo entender algo de sí mismo que no había logrado articular. El chef Nakatani estaba pasando por un periodo de inseguridad e incertidumbre, no lograba definir el menú de su nuevo restaurante, pero la resonancia de las fotografías de Taeko hicieron que las ideas encontraran su sitio. Fideo Gordo sería un tributo a su identidad, no a una de ellas en específico, sino a la fusión de las dos culturas, haciendo honor a su propia historia y a sus recuerdos.

Las conexiones que ha generado Taeko Nomiya han alcanzado círculos más allá de la comunidad *nikkei*. La yuxtaposición de las dos culturas propone alegorías sobre muchas otras dimensiones. Lo que es versus lo que *no es*, o lo que *es* versus lo que *podría ser*. En nuestra realidad (lo que somos) sus imágenes nos proyectan la disociación mental de un mundo ficticio (lo que quisiéramos ser), y al confluir como una sola no nada más se embellecen y funcionan, sino que abren la posibilidad de anhelar.

Sus fotografías, descritas como viajes oníricos, realidades simultáneas o naturalezas duales donde todo se permite, son metalurgias balanceadas que invitan a estar en dos lugares a la vez, a habitar dos cuerpos al mismo tiempo. Y nos conceden la posibilidad de fusionar dos personalidades, dos identidades, dos sexualidades en una sola.

Han pasado más de quince años desde que viví en Tokio. El manuscrito inconcluso de lo que escribí en aquella época describe a una persona que a veces no reconozco. Al releerlo, me doy cuenta de que no deja de ser un retrato simple de quien era yo en ese entonces. No me he atrevido a recrear el pasado a partir de mi presente, a escribir en doble exposición.

Si las fotografías de Taeko Nomiya son prueba de que ese otro mundo que vemos no es esquizofrenia, entonces el delirio es el lugar donde todo está permitido, donde conectamos lo que es y lo que podría ser, donde unimos realidad y ficción. Quizá es momento de expresar mi propia dualidad y escribir desde el sitio donde se permite que fuerzas opuestas, o caminos paralelos, se encuentren. **U**

Taeko Nomiya presentará sus obras más recientes en *TREMOR*, la exposición temática de volcanes, junto a las de los artistas Cisco Jiménez, Sabino Guisu, Alexis Mata, Marcos Castro, Dr. Atl, David Alfaro Siqueiros, Meredith Dittmar y Ricky Lee Gordon en la galería MAIA Contemporary a partir de julio de 2023.

PORNOGRAFÍA PARA PIROMANÍACOS

WENCESLAO BRUCIAGA

RÉQUIEM POR LA ANARQUÍA

Claudina Domingo



Sexto Piso,
CDMX, 2022

Quizá los homosexuales nos cansamos de tener sexo. También, como ya no hay necesidad de esconderse y refugiarse en los bares de Castro o Folsom porque puedes ir a cualquier lado sin que la gente se sienta incómoda, empezamos a tener vidas más normales. Ya sabes, casarte, tener hijos, comprar una casa bonita como la tuya y un auto con el que llenar el garage.

Esta es la respuesta que le da Markus, un actor porno convertido en indigente tras un escándalo con otro actor y su posterior *cancelación*, a Pedro Blaster, uno de los dos protagonistas de *Pornografía para piromaníacos*, cuando el segundo (52 años, activo, categoría *daddy* en el porno gay) le pregunta al primero en qué momento *todo* se fue al carajo en San Francisco, la Roma del porno gay y de la homosexualidad entre los años setenta y principios de los dos mil. *Todo* es una vida intensa y gozosa de excesos sexuales y anarquía social que atravesó la cresta de la epidemia del sida para desembocar en derechos igualitarios, con la propensión al estrés y el aburrimiento que genera la “vida normal”.

En esta novela, un drama porno (como bien la describe Antonio Ortuño), Wenceslao Bruciaga cuenta la historia de dos actores muy célebres en Sawyer Films, una empresa de porno gay que produce películas en cuyas filmaciones no se usa condón. Esta es una de las conquistas del San Francisco punk. Cuando fue sometida a referendo la cuestión de si los actores porno debían usar condón, la comunidad del estado votó por el no. Al fin y al cabo, si un actor es seropositivo los retrovirales hacen imposible el contagio de la que alguna vez fue la enfermedad más temida y estigmatizada en el mundo. Tanto Pedro como Jeff “Pliers” Peralta, otro de los personajes principales, son seropositivos y juegan el rol de activos y protagonistas en sus producciones. Se encuentran esporádicamente, pero en general sus líneas narrativas corren paralelas y antitéticas.

Pedro Blaster nació en Torreón y descubrió su identidad sexual cuando era adolescente, tras el abuso de un primo. Bruciaga muestra hábilmente el *trovar clus* de su personaje: aunque es víctima de una violación, se descubre disfrutando lo que inició como un ataque nocturno

y, peor aún, anhelándolo más tarde. Y, como todas las personas y los personajes inmersos en una obsesión adictiva (sexo, drogas, un *alguien*), más temprano que tarde es descubierto y tiene que huir del país bajo la amenaza de morir a manos de los machos de su rancho. Como muchos en su comunidad, elige una ciudad de Estados Unidos, San Francisco, donde vive su padre.

Pedro cuenta con algo que últimamente hemos dado por despreciar (o por fingir que despreciamos). Es bello: alto, naturalmente fuerte, con una cara hermosa y un pene de más de 20 centímetros, requerimiento mínimo para el protagonismo activo en el porno. A Pedro, además, le fascina el sexo, le enloquece cogerse a hombres atractivos, sobre todo si son jóvenes.

De esta forma, en el presente narrativo, Pedro es un toro azteca (acude religiosamente al gimnasio y no bebe) que lleva treinta años en las películas porno y disfruta su trabajo, mantiene a un joven esposo que es *influencer* de la deconstrucción homoerótica y paga una pesada hipoteca en una zona *fancy* de la ciudad; comida y tenis costosos, ropa bonita, accesorios finos. La vida cara lo lleva a trabajar fuera de los sets: como *escort* y en el canal de OnlyFans que administra su esposo. Mastica pastillas de viagra como si fueran caramelos mientras se la chupan y coge y coge y vuelve a coger en muchos barrios de la ciudad y en muchas páginas de la novela. Un misterioso dolor en un huevo lo sigue a lo largo de toda la narración. Repite en más de una ocasión a sus interlocutores que, aunque no es un intelectual, tampoco es tonto y tiene cosas que opinar sobre una nueva época en la que abundan las cancelaciones (sí, en el porno también; sí, promovidas por actores).

Jeff Pliers es intelectual. No es broma. Es la antítesis de Pedro, salvo porque los dos la tienen muy grande y son activos en sus filmes. Pliers nació en San Francisco y tiene no una sino dos madres lesbianas que usan saris y cuelgan atrapasueños en su casa jipi campirana. Jeff se descubre gay deseando a un hombre enigmático y alcohólico que aparece en su casa cuando él es adolescente; un hombre mayor, un hombre al que nunca se coge. De ahí que, aunque le gustan todos los hombres, le gustan más los que tienen 62 años exactos. Tiene décadas sin hablar con sus madres, que se decepcionaron de que su hijo, graduado en filosofía en la universidad veinte años atrás, despreciara la cátedra académica por rendirse al capitalismo voraz, despiadado, prostibulario y cosificador del porno. Jeff no entiende por qué debería avergonzarse de que le paguen por lo que más le gusta en la vida además de la música: cogerse por el culo a otros hombres.

En el presente narrativo hace su debut como cantante de un folk con cara de rock o viceversa. Gracias a él podemos escuchar el soundtrack de la novela. Es un melómano y lector empedernido que carga con un librito de aquí para allá: *El último encuentro* (1942), de Sándor Márai, una de las novelas mejor contadas que yo he leído. Márai también es una clave, un símbolo en *Pornografía para piromaníacos*, pues se suicidó en San Diego (tras lomita) a una edad ridícula para hacerlo, creando con un ello un misterio: ¿por qué se suicida un hombre que ha sobrevivido a dos guerras mundiales, a una edad en la que cualquier día puede morir? ¿Es un último y silencioso manifiesto de la voluntad (y la capacidad) de renunciar a todo? Jeff está enamorado de un mexicano que no es Pedro y que se niega a salir del clóset porque apenas está conquistando el sueño americano. Un gay de clóset que hace pensar a Jeff en una voz omnisciente susurrándole: "Qué sorpresa, un gay queriéndose volar los sesos por un hombre que ya no quiere metérsela". Y solo es por esta burlona frase que imagina que el mundo le impone que Jeff se resiste a volarse los sesos por este hombre.

A pesar de que no le duele ninguno de los huevos, padece una depresión crónica que le hace tomar medicamentos extras a sus retrovira-



Edvard Munch, *Jóvenes bañándose*, 1904. Munchmuseet ©

les. No le obsesiona la perfección como a Pedro, pero como él, mira con estupor los tiempos que corren. A diferencia del mexicano, tiene un aparato crítico que le permite articular el rechazo que siente ante una cada vez más poderosa “policía del pensamiento”.

De los dos personajes, Bruciaga logra entregarnos uno más poderoso, intenso y profundo en Jeff Pliers. ¿Cuándo nos hemos podido resistir a un poeta maldito? Incluso si lo que escribe Jeff son letras para sus rolas y no poemas, atraviesa la novela (y a la novela) con una lucidez e intensidad propias de los personajes que consiguen descontrolar al narrador literario y que trascienden al escritor o le muestran las capas y tesituras que hacen de un relato una experiencia casi tridimensional. Es sobre todo gracias a él que podemos apreciar no solo una ciudad debatirse entre un pasado jugoso, salvaje y frenético y un presente delicado, ordenado y a veces histérico; sino que también entendemos mejor la sensación de desconcierto que viven muchos homosexuales maduros ante los nuevos cánones, las nuevas sensibilidades y las nuevas exigencias de conducta. ¿No era la juventud aquel sector social que debía oponerse a las exigencias morales? Son de Jeff las reflexiones de una filosofía homosexual punk:

Los homosexuales, aunque las leyes les permitan casarse y tener hijos, adoptando o mediante el misógino sistema de vientres en alquiler, por el simple hecho de obtener placer por donde salen los desechos humanos están condenados a un improductivo y violento y desembarazado placer que solo se extinguirá con la muerte. Esa idea era la que más le excitaba a Jeff de su propia homosexualidad, la de nacer para desequilibrar el aburrido mundo de los heteros aun a costa de su propia existencia. Aportar la desviada brújula de la diferencia. Tener un entendimiento más libidinoso de la muerte cuando penetraba o se dejaba penetrar por uno de los suyos.

A través de esta narrativa ardiente, Wenceslao Bruciaga plantea dilemas críticos en la época actual: ¿qué hace un espíritu rebelde cuando la rebeldía ha perdido valor como fuente de catarsis social? ¿Sirve de algo inmolarse o conviene esconderse y mimetizarse para pasar desapercibido y no correr el riesgo de incomodar a nadie y, con ello, llegar a ser un nuevo paria social, como le ocurre a Markus? Hacia el final de la novela los mundos de los protagonistas se tambalean, con consecuencias más catastróficas para uno que para el otro. ¿Pero es que acaso se puede salir indemne cuando se vive con el alma puesta en la piel y en la carne? **U**

GUERRA

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

PAPELES INSOSPECHADOS

Laura Baeza



Emilio Manzano (trad.),
Anagrama,
Barcelona, 2023

En el mundo de las publicaciones y, en general, en la literatura, pocas cosas pueden denominarse "milagro" o "afortunada coincidencia" como encontrar un manuscrito de un autor tan importante como Louis-Ferdinand Céline. La historia parece inverosímil porque la hemos escuchado otras tantas veces, sean verdad o mentira. Autores de literatura, música o plástica pierden o sufren robos de maletas repletas de obras; luego de mucho tiempo, alguien las encuentra y las da a conocer. O, simplemente, las obras aparecen colgadas en una sala, sin que su dueño tenga idea de que se trata de un retrato hecho por un joven Picasso solo porque no se parece a lo que lo volvió famoso.

Esta es la historia de lo que ocurrió con *Guerra*, la novela corta de Céline que recientemente ha visto la luz, tras haber sido encontrada en 2021 y comprobarse su veracidad. Fue escrita en 1934, veinte años después de los acontecimientos que narra: la participación del autor francés en la Primera Guerra Mundial; sin embargo, el manuscrito desapareció en 1944 cuando Céline migró a Alemania. Además de esta novela, Gallimard publicó *Londres*, la continuación de las vicisitudes de su protagonista —sin lugar a dudas, el propio Ferdinand—, que forma parte del archivo rescatado, un compendio de más de mil hojas escritas a mano. Si bien el manuscrito de *Guerra* tiene varios detalles de los cuales editor (Pascal Fouché), traductor (Emilio Manzano) y prologuista (François Gibault) hablan en la edición hecha por Anagrama en 2023, estos no son tan graves como para que los expertos en su obra no pudieran obtener un contenido coherente y literario apegado al estilo de Céline.

Viaje al final de la noche (1932), su primera novela y quizá la de mayor éxito, y *Guerra* comparten temas. No podría ser distinto, porque ¿a quién que haya vivido los horrores de estar en el frente de la Primera Guerra Mundial no le quedaría otro discurso para toda la vida?; como dice el propio Céline: "Tengo mil páginas de pesadillas en reserva, la [parte] de la guerra, naturalmente, es la más importante". En la primera novela, el protagonista se enlista en el ejército y poco después se da cuenta de que está luchando en un enfrentamiento inútil, pero

ya no puede salir de ahí como quisiera; en el transcurso conoce a varios personajes con los que se relaciona de forma distinta, desde las aventuras sentimentales hasta la traición, el desprecio y la locura. En *Guerra* ocurren episodios similares, y aunque esta novela es breve y se nota que el autor quizá tenía la intención de trabajar mucho más en ella para darle la profundidad de *Viaje al fin de la noche*, no deja de ser interesante todo lo que tiene este borrador terminado.

“Atrapé la guerra en la cabeza. La tengo encerrada en la cabeza”, dice Ferdinand al finalizar el primer párrafo de la novela, que abre con un ruido que le reventaba el interior del cuerpo. No podía oír ni sentir nada que no fuera ese horrible barullo que más bien parecía un tren metido dentro; desde ese primer instante sabe que el ruido producido por una herida de bala no lo abandonará jamás. El protagonista está confundido, toda su cuadrilla ha muerto o tiene heridas graves, producto de una lluvia de proyectiles que convirtió el campo en un cementerio lleno de cadáveres de compañeros y caballos, donde cae un aguacero que lo mezcla todo y convierte el suelo en charcos de lodo con sangre.

La tortura que sufre el cuerpo lastimado del joven Ferdinand, apenas mayor de edad, se convierte en el motor para luchar por su propia vida: siente que hay dos fuerzas en él, y la del dolor es igual de intensa que su deseo por salvarse. En la caminata trata de darse ánimos, pensar en un torrente de cosas que pudieron haber sucedido, callar el ruido de la cabeza aunque es consciente de que nunca más estará en silencio. A cada paso que da se le suman los intentos por describir el dolor, quiere ponerle nombre a la masacre, se esfuerza en reunir recuerdos que tengan coherencia o, si le queda un poco de energía, planea cómo hurtar comida y bebida, carne seca o cualquier cosa que le ayude a avanzar algo más; pero el infierno interno lo tiene entumecido y a punto de la paranoia. No tarda en encontrarse con un soldado inglés, con quien intenta llegar a la ciudad de Ypres; sin embargo, al no tener fuerza, solo alcanza a llegar a un hospital ambulatorio donde le brindan primeros auxilios; ahí son atacados y deben ser trasladados en tren al hospital militar en Peurdu-sur-la-Lys, sitio donde transcurre la mayor parte de la novela.

Ferdinand es intervenido para salvarlo del riesgo que corre y aliviarle un poco el dolor. En medio de sus delirios, confunde auscultaciones con insinuaciones sexuales, lo cual marcará mucho su carácter durante el resto de la novela, como si el instinto sexual también fuera algo que lo mantuviera vivo. Se siente fascinado por la enfermera



Gallimard, París, 2022



Carlos Manzano (trad.),
Edhasa, Barcelona, 2011

L'Espinasse, menor que él y de quien no sabemos mucho. Poco a poco, se convierten en una especie de amantes, quizá por compasión de parte de ella, que deduce que ceder a sus toqueteos resulta de ayuda.

A lo largo de la historia conocemos a Bébert, un compañero de convalecencia —más adelante se llamará Gontran Cascade—, que fue parte de un regimiento incierto y está ahí por una herida en el pie, que al final hace que la suerte juegue en su contra y no precisamente por la gravedad de la lesión. Ferdinand describe el ambiente de la habitación: la muerte los rodea a todos pero se lleva a los que tuvieron los peores cuidados, casi siempre de dos en dos, como una ley implícita de la guerra; con la muerte también aparece, de vez en cuando, un sacerdote hambriento por escuchar las confesiones que ellos tengan, ya sea para la salvación de sus almas o para incriminarlos en vida.

La tensión crece cuando el consejo de guerra visita a Ferdinand. Hay mucho interés en su versión de los hechos del día que todo el escuadrón fue aniquilado y él quedó como único sobreviviente; cualquier declaración errónea podría incriminarlo y es un riesgo latente, ya que fusilan a los mentirosos y desertores muy cerca del hospital, sin importar que la guerra siga su curso. Ferdinand conoce sus cartas, pero sabe que ha vivido en un delirio constante y cada día que pasa teme que otra realidad salga a flote y no sea una que lo mantenga a salvo. Las mañanas son de suposiciones y malas noticias; las noches totalmente oscuras van acompañadas del tacto de L'Espinasse, las quejas de otros heridos y el ruido implacable que nunca abandonará al protagonista. Con el paso del tiempo también suceden acontecimientos extraordinarios, como el supuesto descubrimiento hecho por el consejo de guerra que dará un giro interesante a su suerte, a tal grado que sus padres lo visitarán pese al rechazo de Ferdinand. Un hijo como él es algo de lo que tiene que hablarse (coinciden madre y padre), pero no de otros temas. Dice Ferdinand:

De mi oído no se hablaba nunca, era como la atrocidad alemana, algo no aceptable, sin solución, dudoso, en fin, poco decoroso, que impedía la concepción de remediabilidad de todas las cosas de este mundo.

Mientras deciden qué hacer con él, cuánto tiempo más debe estar internado o si pronto podrá ser libre y en qué condiciones, Ferdinand y Cascade empiezan a tener salidas ocasionales del hospital, en las que se encuentran con otro personaje importante, Angèle, la esposa de Cascade. A partir de ese momento comprendemos que cada quien hace lo



William H. Johnson, *Killed in Action*, ca. 1942. Smithsonian American Art Museum ©

que puede para sobrevivir en las condiciones que se le presentan, ya sea mentir, aprovecharse del otro a través del cuerpo, la persuasión o el dinero. El narrador cuenta unos encuentros sexuales que, si bien buscan despertar deseo en el lector por lo explícito que son, probablemente produzcan un poco de compasión hacia cada uno de sus actores. ¿Qué le queda a alguien como Ferdinand, un veinteañero desesperado que ha perdido todo a pesar de salvar su vida? Le queda huir, pero con el martirio inagotable de no ser dueño de lo que tanto anhela: escuchar sus propios pensamientos.

La novela —que tiene mucho de los temas de Céline porque es tan autobiográfica como el resto de sus textos— está unida a otros manuscritos inéditos que poco a poco van saliendo a la luz. No existe el héroe al que le va bien, sino el que tiene la cara en el lodo y, cuando logra levantarse en medio de la mugre y la sangre, carga con todos sus muertos como un zumbido de abejas en el cerebro:

Tenía en mi propio interior todos los vértigos de un barco. La guerra también me había dado un mar para mí solo, un mar gruñidor, bien ruidoso, en mi propia cabeza.

Un antihéroe que ni con toda la suerte del mundo podrá volver a estar en silencio. **U**

NUESTROS AUTORES



**Gemma
Argüello
Manresa**

ha publicado en distintas revistas, catálogos y libros en varios países. Ha realizado curadurías para diversos museos y espacios culturales. Actualmente es curadora en la Galería Abierta para la Colección FEMSA. Es miembro del SNI Nivel 1 y codirige la Oficina de Proyectos Editoriales.



**Articulación
Centro-
americanista
O Istmo**

es un grupo de trabajo (compuesto por Aleksander Aguilar-Antunes, Amaral Arévalo, Carmen Elena Villacorta y Denia Román Solano) que surgió en Recife, Brasil, para plantear un nuevo acercamiento a Centroamérica, el cual ha logrado mantenerse y crecer.



**Frank
Báez**

(Santo Domingo, 1978) es un poeta, narrador y cronista que fue incluido en la lista Bogotá 39 (2017). Autor de libros como *La Marilyn Monroe de Santo Domingo* y *Este es el futuro que estabas esperando* (ambos de 2017), *Llegó el fin del mundo a mi barrio* (2019), entre otros.



**Laura
Baeza**

publicó su libro de cuentos *Margaritas en la boca* en 2012. En 2017 ganó el Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri con *Ensayo de orquesta* y el Premio Nacional de Narrativa Gerardo Cornejo con *Época de cerezos*. Su primera novela es *Niebla ardiente* (2021) y su libro más reciente es *Una grieta en la noche* (2022).



**Balam
Rodrigo**

(Villa de Comaltitlán, Soconusco, Chiapas-Centroamérica, 1974) es exfutbolista, biólogo por la UNAM y autor de más de cuarenta libros de poesía. Autor de *Marabunta* (2017), *Libro centroamericano de los muertos* (2018) y *El tañedor de cadáveres* (2021). Es miembro del SNCA.



**Gioconda
Belli**

(Managua, 1948) es una escritora nicaragüense. Su novela *El país de las mujeres* obtuvo el Premio Hispanoamericano de Novela La Otra Orilla en 2010. En 2023 obtuvo el Premio Reina Sofía de Poesía.



**Guido
Bilbao**

se dedica al periodismo ambiental y narra los conflictos que surgen del extractivismo en territorios indígenas de América Latina. Publica en *Mongabay*, *National Geographic* y la cadena *Al Jazeera*, donde dirige documentales para la serie *People and Power*. Pero sobre todo, pasa su tiempo cocinando para sus hijas.



**Marilyn
Boror
Bor**

es una artista indígena maya-Kaqchiquel cuya investigación explora el concepto de identidad relacionado y normado por el contexto. Gran parte de su trabajo opera en la identificación de ciertas estructuras racistas, patriarcales y coloniales arraigadas en las formas culturales contemporáneas.



**Sara
Casanovas**

nació en Barcelona y estudió comunicaciones. Durante varios años trabajó en agencias globales de publicidad, hasta que decidió apostar por un camino literario de tiempo completo. Actualmente vive en Nueva York, donde trabaja como escritora, editora y traductora independiente.



**Diana
Coronado**

(CDMX, 1976) ha publicado narrativa para jóvenes y niños, así como artículos de divulgación científica. También ha colaborado en guiones de cine. *El beso* (2017) fue elegida por *Leer+* en el “Top 10 novelas inspiradas por el arte”. Su secuela, *Sueño de una tarde dominical*, se publicó recientemente.



**Elisa
Díaz
Castelo**

es poeta y traductora. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Alonso Vidal 2017. Su obra ha sido antologada en *Fuego de dos fraguas* y *Voces Nuevas 2017*. En inglés, sus poemas han sido premiados por *Poetry International*, *Literal Latté* y *Tupelo Quarterly*. Ha sido becaria Fulbright, del FONCA y de la FLM.



**Claudina
Domingo**

nació en la CDMX, el 8 de septiembre de 1982. Es poeta y narradora. Ha sido becaria del FONCA en tres ocasiones. Es autora de la novela *Dominio* (2023).



**Gabriela
Mariana
Fenner
Sánchez**

es chiapaneca, geógrafa y cartógrafa crítica, interesada en temas urbanos, ambientales y de justicia espacial, así como en metodologías participativas y miradas feministas desde la geografía colectiva.



**Claudia
Hernández**

(San Salvador, 1975) es autora de los libros de cuentos *Olvida uno* (2005), *De fronteras* (2007), y *Causas naturales* (2013). *Roza tumba quema* (2017) es su primera novela.



**Lev
Jardón
Barbolla**

cursó el doctorado en ciencias en el Instituto de Ecología de la UNAM. Trabaja como investigador asociado en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Su campo de estudio comprende la biología evolutiva y la genética de las poblaciones, entre otros temas.



**Carmina
de la Luz**

es divulgadora y periodista de ciencia con formación en biología. Ha publicado en *El Universal*, *Pie de Página*, *SciDev.Net*, entre otros. Nominada en 2020 al Fetisov Journalism Award for Best Investigative Reporting. Integrante de la Red Mexicana de Periodistas de Ciencia desde 2018.



**Juan
José
Martínez**

es un antropólogo salvadoreño. Ha dedicado la última década al estudio de la violencia en el Triángulo Norte de Centroamérica. Es autor del libro de crónica *Ver, oír y callar. Un año con la Mara Salvatrucha 13* (2015) y coautor de *Crónicas Negras* (2013), *El Niño de Hollywood* (2018, junto a Óscar Martínez), entre otros.



**Óscar
Martínez**

es un periodista salvadoreño. Es jefe de redacción de *El Faro* y autor de libros como *Los migrantes que no importan* (2010) y *Los muertos y el periodista* (2021). Ha recibido el Premio Internacional a la Libertad de Prensa, el Premio Anagrama / UANL de Crónica y el Premio a la Libertad de Expresión del Foro Mundial de Medios, entre otros.



**Wilfredo
Miranda
Aburto**

es cofundador de *Divergentes* y colaborador de *El País* y *The Guardian*. Ha cubierto temas políticos pero, sobre todo, violaciones de derechos humanos. Obtuvo el Premio Iberoamericano de Periodismo Rey de España y el Ortega y Gasset.



**Susana
Gabriela Nuevo
Silva**

(Caracas, 1989) es licenciada en letras por la Universidad Central de Venezuela. Máster en edición por la Cámara Venezolana del Libro. Actualmente, se desempeña como English Coach y Assistant to the Regional Office Administrator en Wall Street English, Valencia, España.



**Lucía
Pi
Cholula**

(CDMX, 1987) es ensayista con vocación de narradora. Es licenciada, maestra y doctora en letras por la UNAM. Estudia las representaciones urbanas en la literatura latinoamericana.



**Paula
Piedra**

(Costa Rica, 1976) ha publicado varios libros y ha sido incluida en antologías de poesía en varios países. Actualmente se dedica a la gestión de proyectos de arte contemporáneo en la Fundación Teorética, donde es una de las co-directoras.



**Sergio
Ramírez**

(Masatepe, 1942) es un escritor, periodista y abogado. Estudió leyes y desempeñó altos cargos en el gobierno. Fue candidato a la presidencia. Posteriormente, se abocó a la literatura. Autor de más de una veintena de novelas, libros de cuento y ensayos. Primer centroamericano en obtener el Premio Cervantes (2017).



**Aïda
Ramirez
Romero**

es doctora en sociología por Université Côte d'Azur en Francia e investigadora, estudia temas de identidad y discriminaciones en Belice y Costa Rica. Está asociada al laboratorio URMIS Migrations et Sociétés y al LMI-MESO "Movilidades, gobernanza y recursos en la cuenca centroamericana".



**Rodrigo
Rey
Rosa**

(Guatemala, 1958) ha escrito *Cárcel de árboles* (1991), *La orilla africana* (1999), *El material humano* (2009), *La cola del dragón, no ficciones* (2014), *El país de Toó* (2018) y *Carta de un ateo guatemalteco al Santo Padre* (2020), entre otras obras.



**Mir
Rodríguez
Lombardo**

(Ciudad de Panamá, 1974) es biólogo, cartógrafo, traductor y programador de computadoras. Coeditor de *Almanaque Azul* (2017), una guía de viajes alternativa de Panamá. Trabaja como oficial de radio en los barcos de Greenpeace.



**Ernesto
Saade**

(El Salvador) finalizó la carrera de arquitectura en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas y obtuvo un máster de ilustración y cómic en la Escuela Universitaria de Diseño e Ingeniería de Barcelona. Comenzó su carrera como autor de historietas en 2018.



**Carlos
Salinas
Maldonado**

es redactor de la edición América del diario *El País*. Durante once años se encargó de la cobertura de Nicaragua, desde Managua. Ahora, en la redacción de la CDMX, cubre la actualidad de Centroamérica, así como temas de educación y medio ambiente.



**Ximena
Santaolalla**

(Hidalgo, 1984) es escritora, licenciada en derecho por el CIDE, y psicoterapeuta para sobrevivientes de violencia temprana; cuenta con una maestría en creación literaria por la Universidad de Nueva York. Su primera novela, *A veces despierto temblando*, obtuvo el Premio Mauricio Achar Random House 2021.



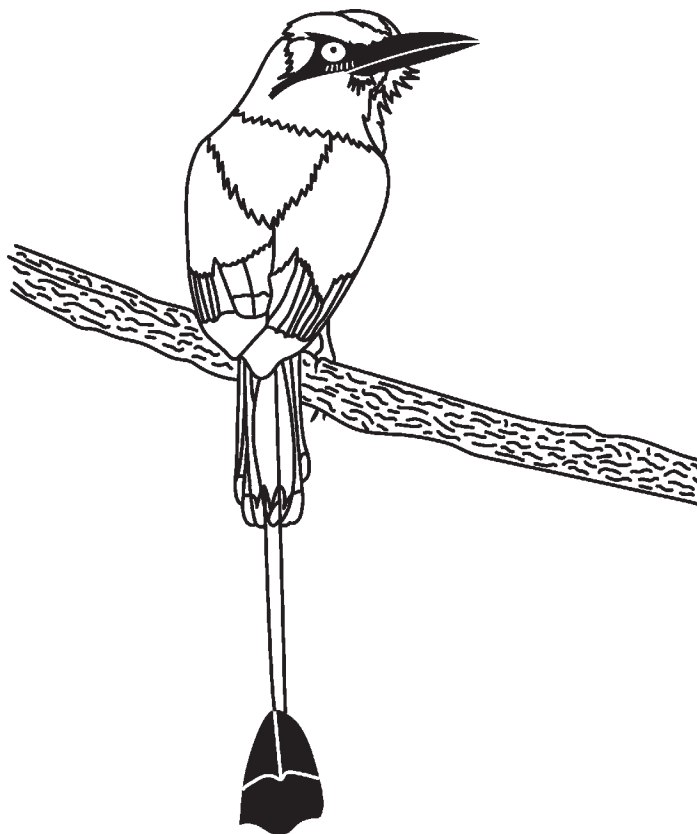
**Alhelí
de Vicente
García**

es egresada de filosofía por la UNAM. Trabaja temas relacionados con injusticia epistémica e injusticia testimonial, así como la experiencia de migrantes latinoamericanos en EE.UU. En la facultad de Filosofía y Letras apoyó a implementar programas para la prevención y atención a la violencia de género.



**Carlos
Wynter
Melo**

(Ciudad de Panamá, 1971) ha recibido reconocimiento en su país y fuera de él por su labor como narrador. Suele develar las historias secretas que esconden escenarios ficticios y comunes.



Laboratorio de Iniciativas Culturales UNAM

Convocatoria

al 30 de
septiembre
de 2023

Encontrar escenarios de sostenibilidad

Creación artística,
comunicación y gestión cultural

Bases
piso16.cultura.unam.mx

